

ROMANCE CON COCAÍNA

UNA NOVELA



BY DAVID JAMES

ROMANCE CON COCAÍNA: UNA NOVELA

POR

DAVID JAMES

OceanofPDF.com

ABSTRACTO

Romance con Cocaína es una historia contada por un joven que vivió en Moscú en los años antes y después de la revolución sobre su desarrollo: de colegial a drogadicto. Esta "confesión" psicológicamente detallada, que a menudo hace alarde de las fuerzas malignas internas de manera masoquista, culmina en las observaciones del héroe sobre sí mismo en varias etapas del consumo de drogas. Temas como el amor carnal y espiritual, el desprecio por el género humano, naturalmente vil y miserable, el odio a un estado cruel y sin escrúpulos, enriquecen también este libro, que también se destaca en cuanto a la técnica narrativa.

OceanofPDF.com

CONTENIDO

PARTE 1 GYMNASIM BURKEVITS RECHAZADA

CAPÍTULO 1

CAPITULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

PARTE 2 SONIA

CAPÍTULO 1

CAPITULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

PARTE 3 COCAINA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

PARTE 4 PENSAMIENTOS

CAPÍTULO 1

[CAPITULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

NIKITA STRUVE MISTERIO ROMANO

[EMPECEMOS CON LA TRAMA](#)

[TRUCOS](#)

OceanofPDF.com

OceanofPDF.com

PARTE 1 GYMNASIM BURKEVITS

RECHAZADA

CAPÍTULO 1

O Un día a principios de octubre, yo, Vadim Maslennikov (entonces tenía dieciséis años), temprano en la mañana, saliendo para el gimnasio, olvidé por la noche que mi madre había puesto en el sobre del comedor con dinero que había a pagar por la primera mitad del año. Recordé este sobre, ya parado en el tranvía, cuando, debido a la aceleración de la velocidad, las acacias y los picos de la cerca del bulevar de los destellos de agujas entraron en una corriente continua, y el peso que colgaba de mis hombros presionaba mi espalda cada vez más. más cerca del niqueladobar. Mi olvido, sin embargo, no me molestó en lo más mínimo. Se podía depositar dinero en el gimnasio mañana, pero no había nadie en la casa para robarlo; además de mi madre, sólo mi anciana niñera Stepanida, que llevaba más de veinte años en la casa, vivía en el apartamento como sirvienta, y cuya única debilidad, y tal vez hasta pasión, eran sus incesantes llamadas, como el chasquido de los girasoles. , susurrando, con la ayuda de la cual, en ausencia de interlocutores, llevó a que tuviera largas conversaciones consigo misma y, a veces, incluso discusiones, interrumpiéndose ocasionalmente con exclamaciones fuertes y fuertes, como: "¡Bueno, sí!" o "¡todavía!" o "¡abre más tu bolsillo!" En el gimnasio, me olvidé por completo de este sobre. En este día, que de ninguna manera sucedió a menudo, las lecciones no se aprendieron, había que prepararlos en parte durante los descansos, en parte incluso cuando el profesor estaba en el aula, y ese estado caliente de tensión de atención, en el que todo se asimilaba con tanta facilidad (aunque se olvidaba con la misma facilidad un día después) , contribuyó en gran medida a sacudir todo lo extraño de la memoria. Luego, cuando comenzó la gran oportunidad, cuando a todos nosotros, con motivo del clima frío, pero seco y soleado, nos dejaron salir al patio y en el rellano inferior de las escaleras, vi a mi madre, solo entonces me acordé de el sobre y sobre lo que ella no podía soportar y lo trajo contigo. La madre, sin embargo, se hizo a un lado con su abrigo de piel

calvo, con un sombrero divertido, debajo del cual colgaban sus cabellos grises (entonces ya tenía cincuenta y siete años), y con una emoción notable, intensificando de alguna manera aún más su aspecto miserable, Miró impotente a la horda que pasaba corriendo. colegiales, algunos de los cuales, riéndose, la miraron y se dijeron algo. Al acercarme, quería pasar desapercibido, pero mi madre, al verme e inmediatamente se iluminó con una sonrisa cariñosa, pero no alegre, me llamó, y yo, aunque estaba horrorizado y avergonzado frente a mis camaradas, me acerqué a ella. - Vadichka, muchacho - habló con voz apagada de anciano, tendiéndome un sobre, y con su manita amarilla tímidamente, como si ardiera, tocando el botón de mi abrigo; - Olvidaste el dinero, muchacho, pero creo que se asustará, así que - lo trajo. Dicho esto, me miró como si me pidiera limosna, pero yo, furioso por la vergüenza que me causaba, objeté en un susurro de odio que estas ternuras de terneros no son para nosotros en la corte, y que si no aguantaba y traía dinero, que la pagara sola. La madre se quedó en silencio, escuchando en silencio, bajando sus viejos ojos amables con culpa y tristeza, pero yo, después de haber bajado corriendo las escaleras ya desiertas y abierto la puerta hermética y ruidosa que aspiraba el aire, aunque miré hacia atrás y miré a mi madre, sin embargo. , no lo hice porque en absoluto, sintiera algo de lástima por ella, sino solo por miedo a que rompiera a llorar en un lugar tan inapropiado. Mi madre seguía de pie en la plataforma superior y, tristemente inclinando su fea cabeza, me miró. Al notar que la estaba mirando, me hizo un gesto con la mano y el sobre como hacen en la estación, y ese movimiento, tan joven y jovial, sólo demostraba lo vieja, andrajosa y lamentable que estaba aún más. La madre se quedó en silencio, escuchando en silencio, bajando sus viejos ojos amables con culpa y tristeza, pero yo, después de haber bajado corriendo las escaleras ya desiertas y abierto la puerta hermética y ruidosa que aspiraba el aire, aunque miré hacia atrás y miré a mi madre, sin embargo. , no lo hice porque en absoluto, sintiera algo de lástima por ella, sino solo por miedo a que rompiera a llorar en un lugar tan inapropiado. Mi madre seguía de pie en la plataforma superior y, tristemente inclinando su fea cabeza, me miró. Al notar que la estaba mirando, me hizo un gesto con la mano y el sobre como hacen en la estación, y ese movimiento, tan joven y jovial, sólo demostraba lo vieja, andrajosa y lamentable que estaba aún más. La madre se quedó en silencio, escuchando en silencio, bajando sus viejos ojos amables con culpa y tristeza, pero yo, después de haber bajado corriendo las escaleras ya

desiertas y abierto la puerta hermética y ruidosa que aspiraba el aire, aunque miré hacia atrás y miré a mi madre, sin embargo. , no lo hice porque en absoluto, sintiera algo de lástima por ella, sino solo por miedo a que rompiera a llorar en un lugar tan inapropiado. Mi madre seguía de pie en la plataforma superior y, tristemente inclinando su fea cabeza, me miró. Al notar que la estaba mirando, me hizo un gesto con la mano y el sobre como hacen en la estación, y ese movimiento, tan joven y jovial, sólo demostraba lo vieja, andrajosa y lamentable que estaba aún más. puerta ruidosa que aspiraba aire, aunque miré hacia atrás y miré a mi madre, sin embargo, no lo hice porque, en absoluto, sintiera algo de lástima por ella, pero solo por miedo a que rompiera a llorar en tal lugar inapropiado. Mi madre seguía de pie en la plataforma superior y, tristemente inclinando su fea cabeza, me miró. Al notar que la estaba mirando, me hizo un gesto con la mano y el sobre como hacen en la estación, y ese movimiento, tan joven y jovial, sólo demostraba lo vieja, andrajosa y lamentable que estaba aún más. puerta ruidosa que aspiraba aire, aunque miré hacia atrás y miré a mi madre, sin embargo, no lo hice porque, en absoluto, sintiera algo de lástima por ella, pero solo por miedo a que rompiera a llorar en tal lugar inapropiado. Mi madre seguía de pie en la plataforma superior y, tristemente inclinando su fea cabeza, me miró. Al notar que la estaba mirando, me hizo un gesto con la mano y el sobre como hacen en la estación, y ese movimiento, tan joven y jovial, sólo demostraba lo vieja, andrajosa y lamentable que estaba aún más.

En el patio, donde se me acercaron varios compañeros y uno me preguntó - qué clase de bufón con falda era ese con el que acababa de hablar - yo, riendo alegremente, respondí que esa era una institutriz empobrecida, que había venido a mí con recomendaciones escritas , y, si lo desea, se la presentaré: podrán cuidarla, no sin éxito. Habiendo dicho todo esto, yo, no tanto por las palabras que dije, sino por la risa recíproca que suscitaron, sentí que esto era demasiado incluso para mí y que no era necesario decir esto. Cuando, habiendo pagado el dinero, mi madre salió y, sin mirar a nadie, se encorvó, como si quisiera hacerse aún más pequeña, lo más rápido que pudiera, golpeando sus desgastados tacones completamente torcidos, caminó por el camino asfaltado hacia la puerta - Sentí que me dolía el corazón por ella.

Este dolor, que me quemaba tanto en el primer instante, no duró mucho, sin embargo, y su clara disminución, lo que significa que mi curación completa de este dolor se produjo en dos pasos, por así decirlo, cuando, al regresar a casa de la gimnasio, entré en el pasillo y caminé por el estrecho pasillo de nuestro pobre departamento, donde había un fuerte olor a cocina, a su habitación; este dolor, aunque había dejado de doler, todavía me recordaba de alguna manera cómo ella había estado enfermo hace una hora; y además, cuando, habiendo llegado al comedor, me senté a la mesa y mi madre se sentó frente a mí, sirviendo sopa, este dolor no solo ya no me molestaba, sino que incluso me era difícil incluso imagina que ella alguna vez podría molestarme.

Pero tan pronto como me sentí aliviado, como muchos males Las consideraciones comenzaron a preocuparme. Y el hecho de que una anciana tan vieja necesita entender que solo me avergonzará con su ropa, y que no era necesario que entrara al gimnasio con un sobre, y que me obligó a mentir, que me privó me dio la oportunidad de invitar a mis camaradas a ella. Observé cómo comía la sopa, cómo, levantando la cuchara con mano temblorosa, vertía un poco en el plato, miraba sus mejillas amarillas, su nariz de zanahoria por la sopa caliente, veía cómo después de cada sorbo lamía la gorda con una lengua blanquecina, y la odiaba aguda y apasionadamente. Sintiendo que la estaba mirando, mi madre, como siempre con ternura, me miró con sus ojos marrones desvaídos, dejó la cuchara y, como obligada por esta mirada suya a decir al menos algo, preguntó: ¿Está sabroso? Lo dijo como si estuviera jugando con un niño al mismo tiempo, con una declaración inquisitiva, él sacudió su cabeza gris hacia mí. “Fkyusne,” dije, sin confirmar ni negar, pero imitándola. Dije esto fkyusne con una mueca repugnante, como si estuviera a punto de vomitar, y nuestros ojos, los míos fríos y llenos de odio, el de ella, cálido, abierto por dentro y amoroso, se encontraron y se fusionaron. Esto se prolongó durante mucho tiempo, vi claramente cómo la mirada de sus ojos amables se oscurecía, se volvía perpleja, luego triste, pero cuanto más obvia se hacía mi victoria para mí, menos tangible y comprensible me parecía ese sentimiento de odio por ella. amoroso y anciano, por el poder del cual este se reunió y unió. Esto continuó durante mucho tiempo, vi claramente cómo la mirada de sus amables ojos se oscureció, se volvió perpleja, luego triste, pero cuanto más obvia se volvió mi victoria para mí, cuanto menos tangible

y comprensible parecía ese sentimiento de odio por este amante y anciano, por el poder del cual este se reunía y unía. Esto se prolongó durante mucho tiempo, vi claramente cómo la mirada de sus ojos amables se oscurecía, se volvía perpleja, luego triste, pero cuanto más obvia se hacía mi victoria para mí, menos tangible y comprensible me parecía ese sentimiento de odio por ella. amoroso y anciano, por el poder del cual se logró esta victoria. Probablemente por eso no lo soporté, primero bajé los ojos y tomé una cuchara y comencé a comer. Pero cuando, interiormente reconciliado, queriendo decir algo sin sentido, volví a levantar la cabeza, no dije nada y sin querer me levanté de un salto. Una mano de la madre con una cuchara de sopa yacía directamente sobre el mantel. En la palma de la otra, apoyada con el codo en la mesa, apoyó la cabeza. Sus labios estrechos, torciendo su rostro, treparon por su mejilla. Las lágrimas fluían de los huecos marrones de los ojos cerrados, que tiraban de las arrugas como abanicos. Y había tanta indefensión en aquella cabeza amarilla y vieja, tanta pena amarga leve, y tanta desesperanza de esta fea vejez que ya nadie necesita, que yo, mirándola de soslayo, ya dije con voz sospechosamente grosera: bueno, no hace falta, - Bueno, vamos, no se trata de nada, - y estuve a punto de agregar - mamá - y tal vez incluso acercarme y besarla, como en ese mismo momento desde afuera, desde el pasillo, la niñera, balanceándose sobre una bota de fieltro, pateó la otra en la puerta y trajo un plato. No sé para quién es realmente y por qué, pero en ese momento golpeé el plato con el puño, y con el dolor de una mano herida y los pantalones empapados en sopa, finalmente convencido de que tenía razón,

Poco después, la madre se vistió, fue a algún lado y regresó a casa solo por la noche. Al escuchar cómo llamó por el pasillo hasta mi puerta directamente desde el pasillo, llamó y preguntó: ¿puedo? Corrí hacia el escritorio, abrí apresuradamente el libro y, sentándome de espaldas a la puerta, dije aburridamente: entra. Pasando la habitación y acercándose vacilante a mí desde un lado, y, como si estuviera profundizando en un libro, vi que todavía estaba en un abrigo de piel y en su divertido gorro negro, madre, sacando la mano de su pecho, puso dos arrugados sobre la mesa, como si desearan disminuir tímidamente, billetes de cinco rublos. Luego, acariciando mi mano con su mano torcida, dijo suavemente: “Perdóname, hijo mío. Estas bien. Lo sé. Y, acariciando mi cabello y un

poco pensativa, como si quisiera decir algo más, pero sin decir nada, mamá
salió de puntillas,

OceanofPDF.com

CAPITULO 2

Poco tiempo después, me enfermé. Sin embargo, mi primer gran susto fue inmediatamente aliviado por la jovialidad profesional del médico, cuya dirección encontré al azar entre los anuncios de venereólogos, que ocupaban casi una página entera en el periódico. Al presenciarme, él, al igual que nuestro filólogo, cuando recibió una respuesta inesperadamente buena de un mal estudiante, abrió los ojos con respetuosa sorpresa. Luego me dio una palmada en el hombro, no en tono de consuelo —eso me hubiera disgustado—, sino en una tranquila confianza en sus fuerzas, agregó: — No se preocupe, joven, todo lo arreglaremos en un mes. .

Después de lavarme las manos, escribir recetas, darme las instrucciones necesarias y mirar el rublo, que coloqué torpemente en un ángulo y, por lo tanto, sonaba cada vez más y ya se convertía directamente en fracciones, mientras estaba sobre la mesa de cristal. , el doctor, deliciosamente besado en la nariz, me despidió, advirtiéndome al mismo tiempo con una lúgubre preocupación que no le pasó a él - que la rapidez de mi recuperación, como mi recuperación en general, dependía enteramente de la precisión de mi visitas, y que lo mejor sería que viniera todos los días.

A pesar de que ya en los días siguientes estaba convencido de que estas visitas diarias no eran necesarias, y que este era un método común por parte del médico para hacer que mi rublo sonara más rápido en su oficina, todavía fui a él todos los días, iba simplemente porque eso me daba placer. Estaba en este hombrecillo gordo y de piernas cortas, en su jugoso peplum, como si hubiera comido algo sabroso, en los pliegues de su cuello gordo, que recordaba a los neumáticos de bicicleta apilados uno encima del otro, en sus ojos alegres y astutos. , en general, en todo su trato hacia mí, algo de jactancia en broma, de aprobación, y algo más difícil de captar, pero tal que me sentí gratamente halagado. Fue el primero en años y por lo tanto una “gran” persona que me vio y me entendió exactamente desde el lado desde el cual yo entonces quería mostrarme. Y yo iba a él todos los días, no por él,

Estos días en que queriendo establecer mi reputación de prodigio erótico, le decía a la clase qué tipo de enfermedad tenía (dije que la enfermedad había pasado, cuando apenas comenzaba), estos días en que no

dudaba en absoluto que, habiendo dicho tal cosa, gano mucho a los ojos de los que me rodean, en estos días cometí esta terrible ofensa, cuyo resultado fue una vida humana lisiada y, tal vez, incluso la muerte.

Unas dos semanas después, cuando remitieron los signos externos de la enfermedad, pero sabiendo muy bien que seguía enferma, salí a la calle pensando en dar un paseo o ir al cine. Era de noche, era mediados de noviembre, era una época increíble. La primera nieve esponjosa, como fragmentos de mármol en agua azul, cayó lentamente sobre Moscú. Los techos de las casas y los lechos de los bulevares estaban hinchados de velas azules. Los cascos no resonaban, las ruedas no traqueteaban, y en la ciudad silenciosa el repiqueteo de los tranvías se agitaba como la primavera. En el callejón por donde caminaba, adelanté a una chica que caminaba frente a mí. La alcancé no porque quisiera, sino simplemente porque era más rápido que ella. Pero cuando, después de haberla alcanzado y pasado por alto, caí en la nieve profunda, ella miró hacia atrás, nuestros ojos se encontraron y sus ojos sonrieron.

Le pregunté su nombre y adónde iba. Su nombre era Zinochka y no fue "adónde", sino "más o menos". En la esquina por donde nos acercábamos, estaba parado un trotón; el trineo alto era como un vaso, el enorme caballo estaba cubierto con una manta blanca. Me ofrecí a dar un paseo, y Zinochka, centelleándome con los ojos, los labios como un botón, asintió con la cabeza como un niño. El imprudente conductor se sentó de lado con respecto a nosotros y se zambulló en la parte delantera del trineo, curvado con un signo de interrogación. Pero cuando nos acercamos, cobró un poco de vida, y guiándonos con la mirada, como si apuntara a un blanco en movimiento, disparó con voz ronca: - Pag, pag, te estoy rodando. Y viendo que había acertado y que era necesario tirar, se bajó del trineo y sin piernas, verde y enormemente majestuoso, con guantes blancos del tamaño de la cabeza de un niño,

Ahora el dolor ha comenzado. Pidió diez rublos para el parque Petrovsky y de regreso a la ciudad, y aunque "su nobleza" tenía solo cinco y medio en el bolsillo, me habría sentado sin dudarlo, creyendo en esos años que cualquier fraude era una vergüenza menor que la necesidad de negociar con un cochero en presencia de una dama. Pero Zinochka salvó la situación. Haciendo ojos indignados, declaró resueltamente que este precio era

inaudito y que no me atrevería a darle más verde. Y al mismo tiempo, tomando mi mano, me arrastró. Ella me arrastró, - Me voy un pocoresistió, con esta obstinación, por así decirlo, quitándose de sí mismo y transfiriendo a Zinochka toda la vergüenza de la situación. Parecía como si yo no tuviera nada que ver con eso, y ciertamente estaba dispuesto a pagar cualquier precio.

Después de caminar unos veinte pasos, Zinochka miró por encima de mi hombro con sigilosa cautela, y al ver que la manta se quitó apresuradamente del caballo, ella, casi chillando de alegría, vino hacia mí y se puso de puntillas, susurró con entusiasmo: - él está de acuerdo, él estoy de acuerdo (ella aplaudió en silencio) — ahora está sirviendo. Ahora ves lo inteligente que soy (siguió tratando de mirarme a los ojos), ya ves, de verdad, ¡ajá!

Ese “sí” me sonó muy bien. Resultó que yo, un juerguista elegante, un hombre rico y un derrochador, y ella, una niña pobre y empobrecida, me restringe en mis gastos, y no, por supuesto, porque estos gastos están fuera de mi alcance, sino solo porque en los estrechos horizontes de mi mendicidad, ella, pobrecita, no puede comprender la admisibilidad de tal gasto.

En el siguiente cruce, el conductor imprudente nos adelantó, nos adelantó y, reteniendo el trotón desgarrador, tirando de las riendas como un volante de derecha a izquierda y acostado sobre el trineo con la espalda, desató la cavidad. Sentando a Zinochka y lentamente, aunque quería darme prisa, cruzando al otro lado, me subí al alto y estrecho asiento y, colocando un apretado lazo de terciopelo detrás de mi dedo de metal, abracé a Zinochka y con fuerza, como si fuera a pelear, tirando de la visera, dijo con orgullo: - toque.

Hubo un sonido de beso perezoso, el caballo se movió un poco, el trineo se arrastró lentamente, y ya sentía cómo todo en mí temblaba por esta burla de la camarilla. Pero cuando, después de dos vueltas, condujimos a Tverskaya-Yamskaya, el abrasador de repente tomó las riendas y gritó - eep - donde la "e" afilada y de acero se elevó penetrantemente hasta que golpeó una barrera blanda que no dejó que la "p " ir más allá. El trineo se sacudió terriblemente, fuimos arrojados hacia atrás con las rodillas levantadas e inmediatamente hacia adelante boca abajo contra una espalda

algodonosa. Y toda la calle ya corría hacia nosotros, las cuerdas de nieve mojadas azotaban dolorosamente las mejillas, los ojos, por un momento solo llamaron los tranvías que se aproximaban, y nuevamente ep, ep, pero de manera aguda y abrupta, como un látigo, y luego con un balido alegremente malicioso - mimar, y los destellos negros de los trineos que se aproximaban, con agonizante anticipación, se rompieron en el hocico, y se ahogaron, ahogaron, ahogaron, la nieve se precipitó de los cascos contra la estructura de metal, y el trineo tembló, y nuestros corazones temblaron. “Ah, qué bien”, susurró una voz infantil y entusiasta a mi lado bajo la lluvia húmeda y azotadora. “Oh, qué maravilloso, qué maravilloso. Y me sentí “maravilloso” también. Sólo que, como siempre, resistí con todas mis fuerzas y resistí este éxtasis que rugía en mí.

Cuando perdimos el Yar y la torre de la estación de tranvía y la cabina de confitería tapiada se hicieron visibles, en el paso al círculo, el conductor imprudente se acostó sobre nosotros de espaldas y, frenando con fuerza al caballo, cantó abruptamente en un manso voz de mujer - pr..., pr..., pr... Con un paso entramos en el pasaje, la nieve se detuvo de inmediato, y solo alrededor de la solitaria linterna amarilla voló lánguidamente y no cayó, como si estuvieran temblando fuera una cama de plumas allí. Detrás de la linterna en el aire negro había un letrero en los postes, y junto a él había un puño con el dedo índice extendido, en un puño y con un trozo de manga, clavado oblicuamente a un árbol. Un cuervo caminó sobre el dedo, derramando nieve.

Le pregunté a Zinotchka si tenía frío. “Es maravilloso para mí”, dijo, “es realmente maravilloso, ¿no? Toma, caliéntame las manos. Despegué su mano, que le dolía mucho en el hombro, de su cintura. Fluyó del visor a nuestras mejillas y detrás de nuestros cuellos, nuestras caras estaban mojadas, nuestra barbilla y mejillas estaban tan escarchadas que teníamos que hablar con la cara inmóvil, las cejas y las pestañas estaban pegadas en carámbanos de hielo, hombros, mangas, pecho y la cavidad estaban cubiertas con una costra crujiente de hielo, vapor de nosotros y el caballo se venía, como si estuviéramos hirviendo, y las mejillas de Zinotchka ya se habían vuelto tales, como si le hubieran pegado una cáscara de manzana roja. En el círculo desierto todo era blanco y azul, y en este blanco y azul, en su brillo de naftalina, en este inmóvil, como el silencio de una habitación, vi mi anhelo.

Fue extraño en mi vida. Experimentando la felicidad, fue suficiente pensar que la felicidad no es por mucho tiempo, ya que terminó en el mismo instante. El sentimiento de felicidad terminó no porque las condiciones externas que crearon esta felicidad fueran interrumpidas, sino solo por la comprensión de que estas condiciones externas serían interrumpidas muy pronto y ciertamente. Y tan pronto como me apareció esta conciencia, en el mismo momento ya no había felicidad, y las condiciones externas que crearon esta felicidad, que aún no se detenían, aún continuaban existiendo, solo me irritaban. Cuando salimos de la rotonda de vuelta a la autopista, ya sólo quería una cosa: estar en la ciudad lo antes posible, bajarme del trineo y pagar.

El viaje de regreso fue frío y aburrido. Pero cuando, habiendo conducido hasta Strastnoy, el abrasador, dándose la vuelta, preguntó: "¿Deberíamos ir más allá y adónde?", Luego, mirando inquisitivamente a Zinochka, inmediatamente sentí cómo mi corazón se detuvo, como de costumbre y con dulzura. Zinochka no me miró a los ojos, sino a mis labios con esa mirada ferozmente insensata, cuyo significado yo conocía muy bien. De pie sobre rodillas felizmente temblorosas, la oreja le dijo al abrasador que lo llevara a Vinogradov.

Sería completamente falso decir que durante los pocos minutos que tardé en llegar a la casa de visitas, no me preocupé en absoluto de estar enfermo y de que iba a infectar a Zinochka. Presionándola contra mí, incluso pensaba constantemente en ello, pero al pensar en ello, no tenía miedo de la responsabilidad hacia mí, sino solo de los problemas que otros podrían causar por tal fechoría. Y, como ocurre casi siempre en tales casos, tal temor no disuadía en lo más mínimo a cometer una falta, sino que sólo incitaba a cometerla de tal manera que nadie supiera quién era el culpable.

Cuando el trineo se detuvo en esta casa pelirroja con ventanas selladas, le pedí al abrasador que entrara. Para cruzar la puerta, era necesario llevar el trineo de regreso a la cerca del bulevar, pero cuando ya estábamos en la puerta, los corredores, silbando, se estrellaron contra el asfalto, el trineo se detuvo en la acera, y estos pocos segundos, mientras el caballo ataba y nos tiraba hacia el patio. Los transeúntes que casualmente estaban aquí caminaban alrededor del trineo y nos miraban con curiosidad. Dos incluso

se detuvieron y esto afectó notablemente a Zinochka. De alguna manera, se alejó de inmediato, se convirtió en una extraña y resentidamente inquieta.

Mientras Zinochka, bajándose del trineo, se dirigía a un rincón oscuro del patio, yo, pagando al imprudente conductor que exigió urgentemente un aumento, recordé con disgusto que solo me quedaban dos rublos y medio, y que, tal vez, si las habitaciones baratas estaban ocupadas, no tengo cincuenta kopeks. Habiendo pagado al conductor imprudente y acercándome a Zinochka, ya solo por la forma en que jugueteó con su bolso y movió el hombro con indignación; sentí que ahora, desde el lugar, no iría. El temerario conductor ya se había marchado y dejado un círculo planchado fuera del trineo en fuerte giro. Esas dos personas curiosas que se detuvieron en nuestra entrada ahora entraron al patio, se quedaron a distancia y observaron. De pie, de espaldas a ellos para que Zinochka no pudiera verlos, abrazándola por los hombros y llamándola bebé, y pequeña, y una niña, le dije palabras que carecerían de sentido si no fueran pronunciadas con una voz untuosa, cuyo sonido, de alguna manera por sí mismo, se volvió dulce como la melaza. Sintiendo que se rendía, que se convertía en la vieja Zinochka, aunque no la que me miraba tan terriblemente (como me parecía) en Apasionada, sino la que en el parque decía

"maravilloso, oh, qué maravilloso", torpe y confusamente comencé a decirle que tenía cien rublos en el bolsillo, que no se cambiarían aquí, que necesitaba cincuenta kopeks, que los devolvería en unos pocos minutos, eso... Pero Zinochka, no dejándome terminar con tímida prisa, rápidamente Abrí mi vieja bolsa de hule de cocodrilo, saqué un monedero diminuto y lo volteeé sobre mi palma. Vi un puñado de diminutas monedas de cinco centavos de plata, que parecían algo raras, y miré inquisitivamente a Zinochka. "Solo hay diez de ellos", dijo con dulzura, y luego, encogiéndose lastimosamente, como si se disculpara, agregó vergonzosamente: "Me tomó mucho tiempo reunirlos a todos; dicen que tienen suerte. —Pero, cariño —objeté con noble indignación—, así es, entonces es una lástima. Tómalos, yo me moveré. Pero Zinochka, ya muy enojada, hizo una mueca por el esfuerzo de cerrar mi palma con sus manos. "Debes tomarlo", dijo ella. - Usted debe. Me ofendes.

Ir o no ir, ir o negarse. - Eso era lo único que excitaba mis pensamientos, mis sentimientos, todo mi ser, mientras yo, como por

casualidad, llevaba a Zinochka a la entrada del hotel. Habiendo subido el primer escalón, ella, como si despertara, se detuvo. Con angustia miró hacia las puertas abiertas, donde aún estaban esos dos, como si fueran guardias; luego, como antes de partir, me miró, sonrió lastimosamente y, bajando la cabeza, algo encorvada, se cubrió la cara con las manos. Alto, a la altura de la axila, tomándola firmemente por el brazo, la arrastré escaleras arriba y empujé la puerta que amablemente abrió el portero.

Cuando después de una hora, o cuánto, volvimos a salir, le pregunté a Zinochka en el patio qué camino debía tomar para marcar su casa en la dirección opuesta, e inmediatamente en la puerta para despedirme de ella para siempre. Esto siempre se hacía al salir de Vinogradov.

Pero si por lo general me impulsaba a tales despedidas para siempre el aburrimiento bien alimentado y, a veces, el asco, sentimientos que (aunque sabía que me arrepentiría en un día) me impedían creer que mañana esta chica podría volver a ser deseable, ahora, enviar lejos a Zinochka, solo sentí molestia.

Me sentí molesto, porque en la habitación, detrás del tabique, Zinochka, contagiada por mí, no estuvo a la altura de las expectativas, siguió siendo la misma entusiasta y por lo tanto asexuada, como cuando dijo - oh, qué maravilla. Desnuda, me acarició las mejillas, diciendo - oh, eres mi amor, eres mi amada, - con una voz que resonaba en una ternura infantil, infantil, - y esta ternura, no coqueta, no, sino sincera, me tomó conciencia, no permitiéndome que me exprese plenamente en lo que habitualmente se llama desvergüenza, aunque esto sea erróneo, pues el encanto principal y candente de la depravación humana es la superación de la vergüenza, y no su ausencia. Sin saberlo, Zinochka impidió que el ganado venciera al hombre, y por lo tanto ahora, sintiéndome insatisfecho y molesto, denoté todo el incidente en una palabra: en vano. No debí haber contagiado a la niña, pensé y sentí, pero lo entendí en vano y lo sentí como si hubiera hecho un acto no solo no terrible, sino todo lo contrario, como si hubiera hecho algún tipo de sacrificio. esperando recibir placer a cambio, que no recibí.

Y solo cuando ya estaba en la puerta, Zinochka, para no perderlo, escondió cuidadosamente un papel en el que supuestamente escribí mi nombre y el primer número de teléfono que se me ocurrió, solo cuando,

después de despedirme. y me dio las gracias, Zinochka comenzó a dejarme, sí, solo entonces hubo una voz interior, no esa voz segura de sí misma e insolente con la que, en mi imaginación, mientras estaba acostado en el sofá, me dirigí mentalmente al mundo exterior, pero el voz tranquila y gentil que hablaba y se dirigía solo a mí mismo—hablaba en mí. “Oh, tú”, dijo amargamente esa voz, “destruiste a la chica. Mira, ahí va, este bebé. ¿Recuerdas cómo dijo - oh, eres mi amor? ¿Y por qué lo perdiste? ¿Qué te hizo ella? ¡Oh tu!

Esto es algo asombroso: el retroceso de una persona injustamente ofendida y que se va para siempre. Hay en ella una especie de impotencia humana, una debilidad lastimosa que pide compasión, que llama: que tira tras de sí. Hay algo en la espalda de una persona que se va que recuerda injusticias e insultos que hay que decir y volver a despedir, y esto hay que hacerlo antes, ahora, porque una persona se va para siempre, y deja mucho dolor. que durará mucho tiempo. todavía lo atormentará, y tal vez en la vejez no le permitirá conciliar el sueño por la noche. Volvía a nevar, pero ya seco y frío, el viento enrollaba el farol, y en el bulevar las sombras de los árboles se agitaban como colas. Zinochka ya había dado la vuelta a la esquina durante mucho tiempo, Zinochka no se había visto en mucho tiempo, pero una y otra vez con mi imaginación la traje de vuelta a mí, la dejé ir a la esquina, la miré retroceder, y nuevamente, por alguna razón con su espalda, ella voló hacia mí. Y cuando, finalmente, perdí accidentalmente mi bolsillo, tintineé en él con sus diez monedas de cinco centavos de plata sin usar, e inmediatamente recordé sus labios y su voz cuando dijo: los coleccioné durante mucho tiempo, dicen, afortunadamente, entonces fue , como un látigo en mi vil corazón, un látigo que me hizo correr, correr tras Zinochka, correr por la nieve profunda en ese llanto relajado cuando corres tras el movimiento y último tren, corres y sabes que no podrás para adelantarlos.

Esa noche deambulé mucho tiempo por los bulevares, esa noche me entregué la palabra es quedarse con los parches de plata de Zinochka de por vida, de por vida. Nunca volví a ver a Zinochka. Moscú es genial y hay mucha gente en ella.

CAPÍTULO 3

El líder de nuestra clase era Stein, Egorov y, como quería pensar entonces, yo mismo.

Era amigo de Stein, sintiendo con ansiedad constante que tan pronto como dejara de forzar esta amistad por él en mí mismo, inmediatamente lo odiaría. Rubio, sin cejas, con una calva ya incipiente, Stein era hijo de un rico peletero judío y el mejor alumno de la clase. Los maestros lo llamaron muy raramente, a lo largo de los años, asegurándose de que su conocimiento es impecable. Pero cuando el maestro, mirando la revista, dijo - Shshshtein - toda la clase de alguna manera se calmó de una manera especial. Stein, después de haber arrancado el escritorio con tal ruido, como si alguien lo estuviera sujetando allí, rápidamente abandonó la fila de escritorios y, casi volcándose sobre sus piernas delgadas y largas, lejos del púlpito se volvió tan oblicuo con respecto al piso que si un Si se trazara una línea recta desde los calcetines hacia arriba, saldría de la punta de su hombro estrecho y delgado, en el que cruzó en actitud de oración sus enormes manos blancas. De pie oblicuamente, con todo su peso sobre una pierna, la otra solo con la punta de la bota (como si esta pierna fuera más corta) tocando el suelo: una mujer, torpemente rota, pero nada divertida, que representa con una voz. - en respuesta - arrastrándolo hacia adelante, como por un exceso de conocimiento, prisa, - y al escuchar las preguntas que se le hicieron - condescendencia descuidada, él, después de haber tocado brillantemente su respuesta, en previsión de un "sentarse" favorable, siempre trató de mirar más allá de la clase - por la ventana, mientras masticaba algo o susurrando con sus labios. Cuando, también extraviado, caminó rápidamente por el parquet resbaladizo hacia su lugar, se sentó ruidosamente y, sin mirar a nadie, inmediatamente comenzó a escribir algo o a tocar el escritorio hasta que la atención de todos se distrajo con la siguiente llamada.

Cuando se decía algo divertido en los descansos, y cuando un momento de risa general encontró a Stein sentado en su escritorio, entonces, echando la cabeza hacia atrás, cerraba los ojos, arrugaba la cara, representando su sufrimiento por la risa, y al mismo tiempo Rápidamente golpeó rápidamente el borde de su puño sobre el escritorio, golpeando con este como si tratara de distraer de sí mismo la risa que lo ahogaba. Pero la

risa solo lo ahogó: sus labios estaban comprimidos y no emitían sonido alguno. Luego, después de esperar a que los demás se rieran, abrió los ojos, se los secó con un pañuelo y dijo - uff.

Sus pasatiempos, de los que nos habló, eran el ballet y la "casa" de Marya Ivanovna en el Callejón Diagon. Su dicho favorito era expresión: - tienes que ser europeo. Por cierto, él usaba esta expresión todo el tiempo. "Hay que ser europeo", dijo, apareciendo e indicando en su reloj que había llegado exactamente un minuto antes de la lectura de la oración. "Tienes que ser europeo", dijo, hablando de cómo había estado en el ballet la noche anterior y estaba sentado en el buzón. "Tienes que ser europeo", agregó, insinuando el hecho de que después del ballet fue a Marya Ivanovna. Solo más tarde, cuando Egorov comenzó a balbucear con fuerza, Stein se acostumbró a su expresión favorita.

Egorov también era rico. Era hijo de un maderero de Kazan, muy lustroso, perfumado, con un diente blanco partido hasta el cuello, con el pelo amarillo pegado y brillante como madera pulida, que, si se arrancaba, sería una capa entera. Habría sido guapo si no fuera por sus ojos, llorosos y redondos, ojos vidriosos de pájaro, que se asombraron terriblemente, tan pronto como su rostro se puso serio: Yegorushka, alguien lo abrevió como Yag, y este apodo se quedó con él. .

Yaga fue llevado a Moscú cuando tenía catorce años y, por lo tanto, fue asignado al gimnasio inmediatamente en el cuarto grado. El supervisor de la clase nos lo trajo por la mañana, incluso antes de las clases, y de inmediato lo invitó a leer una oración, mientras veinticinco pares de ojos alertas miraban constantemente, buscando intensamente todo lo que en él pudiera ser motivo de risa.

Por lo general, la oración se leía en un parloteo monótono, respondiendo en nosotros con la necesidad habitual de levantarnos, estar de pie durante medio minuto y, golpeando nuestros escritorios, sentarnos. Yag, por otro lado, comenzó a leer la oración de manera clara y antinaturalmente penetrante, al mismo tiempo que no fue bautizado como todos los demás, quitándose una mosca de la nariz, sino con seriedad, cerrando los ojos, al mismo tiempo. reverencias, y nuevamente echando la cabeza hacia atrás, con los ojos nublados, buscó un ícono genial colgado en lo alto. E inmediatamente hubo risas, todos sospecharon que se trataba de una broma,

y esta sospecha se convirtió en confianza, y las risas dispersas se convirtieron en buenas risas, tan pronto como Yag, interrumpiendo las palabras de su oración, nos miró a todos con su pollo. -Mirada asombrada y asustada. El mentor de la clase se emocionó mucho y le gritó a Yag ya todos nosotros que si esto vuelve a suceder y en el futuro, llevará el asunto al consejo. Y solo una semana después, cuando todos ya sabían, se acercó a Yag y, tomándolo de la mano y mirando hacia un lado, dijo secamente: "Tú, Yegorov, por favor, perdóname". Y, sin decir nada más, apartó bruscamente la mano y, todo encorvado, ya alejándose por el pasillo, hizo tales movimientos con las manos como si estuviera agarrando algo del techo y tirándolo bruscamente al suelo. Y Yag se acercó a la ventana y, de pie, de espaldas a nosotros, se sonó la nariz durante mucho tiempo. tomándolo de la mano y mirando hacia un lado, dijo secamente: "Tú, Yegorov, por favor, perdóname". Y, sin decir nada más, apartó bruscamente la mano y, todo encorvado, ya alejándose por el pasillo, hizo tales movimientos con las manos como si estuviera agarrando algo del techo y tirándolo bruscamente al suelo. Y Yag se acercó a la ventana y, de pie, de espaldas a nosotros, se sonó la nariz durante mucho tiempo. tomándolo de la mano y mirando hacia un lado, dijo secamente: "Tú, Yegorov, por favor, perdóname". Y, sin decir nada más, apartó bruscamente la mano y, todo encorvado, ya alejándose por el pasillo, hizo tales movimientos con las manos como si estuviera agarrando algo del techo y tirándolo bruscamente al suelo. Y Yag se acercó a la ventana y, de pie, de espaldas a nosotros, se sonó la nariz durante mucho tiempo.

Pero eso fue sólo al principio. En las clases superiores, Yag, según las palabras de sus superiores, se deterioró mucho y comenzó a beber a menudo y mucho. Al llegar a clase por la mañana, hizo un círculo a propósito, se acercó al escritorio donde estaba sentado Stein y, eructando amenazadoramente, lo llevó todo, como el humo de un cigarro caro, a la nariz de Stein. "Hay que ser europeo", explicó a los que le rodeaban. Aunque Yag vivía en Moscú completamente solo, alquilaba habitaciones caras en una mansión, aparentemente recibía mucho dinero de su casa y a menudo aparecía en taxis con mujeres, todavía estudiaba sin problemas y muy bien, era considerado uno de los mejores estudiantes y solo algunos sabían que él, casi en todas las materias, utiliza la ayuda de tutoría.

Se podría decir que el resto de la clase se unió a nosotros tres - Stein, Yag y yo, esto, como decían de nosotros, una cabeza fría - el resto de la clase se unió como un casco unido a una barra imantada se une con dos extremos. En un extremo la pezuña se unía a nosotros con su mejor alumno y, alejándose de nosotros en un círculo de cascos, según las marcas descendentes de los alumnos, volviendo nuevamente, entró en contacto con nosotros en su otro extremo, en el que estaba el el peor estudiante y un holgazán. Nosotros, el jefe, parecíamos combinar las características principales de ambos: teniendo notas de los mejores, estábamos entre las autoridades por cuenta de los peores.

Eisenberg nos acompañó de parte de los mejores alumnos. Del lado de los mocasines Takajiev.

Eisenberg, o como se le llamaba "el más callado", era un niño judío modesto, muy estudioso y muy tímido. Tenía un hábito extraño: antes de decir algo o responder una pregunta, tragaba saliva, empujándola con una inclinación de cabeza y, después de tragarla, decía: mte. Todos consideraban necesario burlarse de su abstinencia sexual (aunque la verdad de esta abstinencia no podía ser verificada por nadie y menos aprobada por él), y muchas veces durante el descanso la multitud lo rodeaba, exigiendo - bueno, Eisenberg, muéstranos a tu última amante - ella examinó cuidadosamente las palmas de sus manos.

Cuando Eisenberg hablaba con uno de nosotros, ciertamente inclinaba la cabeza hacia abajo y hacia los lados, entrecerraba los ojos color ortiga y se tapaba la boca con la mano.

Takajiev era el mayor y el más alto de la clase. Este armenio disfrutó del amor universal por su asombrosa habilidad para transferir completamente el objeto de burla de sí mismo a la mala nota que recibió, mientras que, a diferencia de otros, nunca se enojó con el maestro y él mismo se divirtió más que nadie. Él también, como Stein, tenía su expresión favorita, que surgió en las siguientes circunstancias. Una vez, al repartir cuadernos revisados, el profesor de literatura, el bondadoso e inteligente Semyonov, le dio el cuaderno a Takadzhiev y le disparó astutamente los ojos, le dijo que, a pesar de que el ensayo estaba escrito de manera hermosa y que solo había uno error menor en el ensayo: una coma colocada incorrectamente, él, Semyonov, se vio obligado precisamente por

este error insignificante a apostar a Takadzhiev. La razón es tan injusta a primera vista, las marcas deben verse en el hecho de que la composición de Takajiev coincide palabra por palabra con la composición de Eisenberg, así como también en ellas -y esto es especialmente misterioso- comas mal colocadas. Y agregando su favorito, puedes ver el halcón en vuelo y el joven con mocos, Semenov le dio a Takadzhiev un cuaderno. Pero Takadzhiev, habiendo recibido un cuaderno, continuó de pie en el púlpito. Le preguntó una vez más a Semyonov si era posible, si lo había entendido así y cómo es concebible que estas comas colocadas incorrectamente coincidan tan completamente. Habiendo recibido el cuaderno de Eisenberg para comparar, lo hojeó durante mucho tiempo, con asombro creciendo en su rostro para verificar y encontrar algo, y, finalmente, ya en completo desconcierto, mirándonos primero a nosotros, que se disponían a estallar en carcajadas, lentamente volvió sus ojos saltones asombrados directamente a Semenov. — Qué zarpazo, susurró trágicamente, alzando los hombros y bajando las comisuras de los labios. La apuesta estaba puesta, el precio parecía haber sido pagado, y Takadzhiev, que en realidad hablaba perfectamente el ruso, simplemente aprovechó la oportunidad para divertir a sus amigos, a él mismo y, por cierto, al filólogo, quien, a pesar de la dura severidad de la marcas, le encantaba reír.

Tales eran las puntas de nuestra clase contigua pezuña con las puntas, en la que todos los demás alumnos parecían tanto más distantes y por tanto descoloridos cuanto más cerca estaban de la mitad de la pezuña, debido a la eterna lucha entre dos y tres. Fue en este ambiente distante y extraño en el que se encontraba Vasily Burkevits, un tipo bajo, de rostro negro y peludo, cuando le sucedió un incidente, muy inusual en la vida tranquila y firmemente establecida de nuestro antiguo gimnasio.

CAPÍTULO 4

Estábamos en quinto grado y había una lección de alemán impartida por von Volkmann, un hombre completamente calvo con la cara roja y un bigote blanco y herrumbroso de Mazepa. Al principio, le preguntó a Burkevits desde su asiento (lo llamó Burkevits, poniendo el énfasis en "y"), pero como alguien obsesivamente y en voz alta lo incitó, Volkman se enojó, su tez de zanahoria inmediatamente se convirtió en remolacha y, ordenando a Burkevits que se alejara de el escritorio y se puso de pie en la pizarra, refunfuñando - Verdammt bummer! - ya se tiraba amorosamente por el freno de su ira - su bigote blanco y rojo. De pie frente a la pizarra, Burkevits estaba a punto de responder, cuando de repente le sucedió algo extremadamente desagradable. Estornudó, pero estornudó tan tristemente que el rocío salió volando de su nariz y colgó balanceándose casi hasta su cintura. Todos se rieron.

“Was ist denn wieder los”, preguntó Volkmann, y dándose la vuelta y viendo, agregó: “Na, ich danke”.

Burkevits, inyectado en sangre por la vergüenza y luego palideciendo de inmediato a verde, rebuscó en sus bolsillos con manos temblorosas. Pero él no tenía un pañuelo. - Y tú, querida, cortarías tus ostras allí, notó Yag, - Dios es misericordioso, pero todavía tenemos que cenar hoy. "Tal saffall", Takadzhiev estaba asombrado. Toda la clase ya se reía a carcajadas y Burkevits, desconcertado y terriblemente patético, salió corriendo al pasillo. Volkmann, dando golpecitos en la mesa con un lápiz, seguía gritando - Rrruhe- pero en el estruendo general solo se escuchaba el gruñido de la primera letra -un sonido que ilustraba asombrosamente la expresión de sus ojos, que ya se le salían de las órbitas para que sintiéramos miedo no tanto para nosotros como para el propio Volkmann.

Al día siguiente, sin embargo, cuando hubo nuevamente una lección de alemán, Volkmann, esta vez, aparentemente de buen humor y decidido a reírse, volvió a llamar a Burkewitz. —¡Barkewitz! Übersetzen Sie weiter, ordenó, y añadió con fingido horror: aber selbstverständlich nur im Falle, wenn Sie heut'n Taschentuch besitzen.

Lo notable de Volkmann era que sólo por el significado de los hechos anteriores podía uno adivinar si estaba tosiendo o riendo. Y, notando ahora cómo, después de las palabras que había dicho, con la boca abierta de par en par, soltaba de allí un chorro hirviente, sibilante y gorgoteante, cómo se erizaban las puntas oxidadas de sus bigotes, como si un viento terrible saliera de su boca. , y cómo en el suyo, que se había vuelto carmesí, calvouna vena lila estaba hinchada, tan gruesa como un lápiz, - toda la clase se rió salvaje e histéricamente. Shtein, echando la cabeza hacia atrás, con los ojos doloridos cerrados, golpeó vigorosamente el borde de su puño blanco sobre el escritorio, y solo después de que todos se calmaron, se secó los ojos e hizo una UVF.

Solo unos meses después nos dimos cuenta de lo cruel, injusta e inapropiada que era esta risa.

El caso es que cuando pasó este lío con Burkevits, no volvió a clase, sino que al día siguiente apareció con un desconocido, con cara de palo. A partir de ese día, la clase dejó de vivir para él, parecía habernos enterrado y, probablemente, después de un corto tiempo, nos hubiéramos olvidado de él si nosotros y los maestros no hubiéramos notado algo extremadamente extraño en un semana o dos.

Esta rareza consistió en el hecho de que Burkevits, el estudiante de tres y uno de Burkevits, de repente comenzó a moverse de repente y con fuerza desde el medio del elegante casco y, al principio muy lentamente, y luego cada vez más rápido, se movió a lo largo de este casco. en la dirección de Eisenberg y Stein.

Al principio este progreso fue muy lento y lento. No hace falta decir que, incluso con un sistema de calificación, el maestro generalmente se guía no tanto por el conocimiento del estudiante que descubre en el momento del desafío, sino por la reputación de conocimiento que el estudiante ha creado para sí mismo a lo largo de los años. Ocurrió, aunque muy raramente, que las respuestas simples de Stein o Eisenberg fueran tan débiles que si Takadzhiev hubiera estado en su lugar, seguramente habría recibido un tres. Pero como se trataba de Eisenberg y Stein, cinco puntos recomendados durante años, el profesor, incluso para tales respuestas, aunque quizás a regañadientes, les dio cinco. Acusar a los maestros de injusticia por esto sería tan justo como acusar de injusticia al mundo entero. Después de todo,

ha sucedido muy a menudo que las celebridades establecidas, estos cinco de las bellas artes, recibió críticas muy favorables de sus críticos incluso por cosas tan débiles y descuidadas que si fueron creadas por otra persona, sin nombre, entonces, en el mejor de los casos, podría contar con la troika Takajiev. La principal dificultad de Burkevits no era su anonimato, sino lo que es mucho peor, la reputación que se había labrado durante años como un estudiante mediocre, y fue esta reputación de mediocridad la que obstaculizó especialmente su progreso y se levantó ante él como un muro indestructible.

Pero, por supuesto, todo esto fue solo la primera vez. Tal es la psicología del sistema de cinco puntos en general, que de tres a cuatro es un océano para cruzar a nado, y de cuatro a cinco está al alcance de la mano. Mientras tanto, Burkevits todo por Lenta y obstinadamente, sin retroceder ni un centímetro, avanzó por la curva, cada vez más cerca de Eisenberg, más y más cerca de Stein. Para el final del año escolar (la historia del estornudo sucedió en enero), ya estaba cerca de Eisenberg, aunque no podía compararse con él por falta de tiempo. Pero cuando, del último examen, Burkevits, todavía con la misma cara de madera y sin despedirse de nadie, se fue al vestuario, todavía no imaginábamos que seríamos testigos de una lucha difícil, una lucha por la superioridad, que comenzaría desde los primeros días del próximo año académico.

CAPÍTULO 5

La lucha comenzó desde los primeros días. Por un lado, Vasily Burkevits, por otro, Eisenberg y Stein. A primera vista, esta lucha puede parecer inútil: Burkevits, Eisenberg y Stein no tenían otras marcas excepto cinco. Y, sin embargo, hubo una lucha, tensa y acalorada, y además, esta lucha fue por ese cargo extra invisible para los cinco, por esa consecuencia suprema de esta marca, que, aunque no pudo ser representada en la revista de la clase, pero que fue profundamente sentido tanto por la clase como por los profesores, y que por lo tanto servía de cola, cuya longitud determinaba la primacía.

El profesor de historia estuvo especialmente atento a esta competencia, e incluso sucedió que durante una lección llamó a los tres seguidos: Eisenberg, Stein y Burkevits. Nunca olvidaré ese silencio eléctrico en el aula, esos ojos húmedos, golosos y calientes de todos, esa excitación oculta y por tanto más violenta, y me parece que viviríamos una corrida exactamente de la misma manera si fuéramos privados de la oportunidad de expresar nuestros gritos. Nuestros sentimientos.

Eisenberg salió primero. Este pequeño trabajador honesto lo sabía todo. Sabía todo lo que se necesitaba, sabía incluso más que eso, incluso más de lo que se requería de él. Pero al mismo tiempo, así como el conocimiento que la lección actual requería de él se expresó, aunque de manera irreprochable, aunque precisa, aunque infalible, pero aún no más que en una lista seca de eventos históricos, así también el conocimiento eso que no se le exigía en absoluto, y con lo que quería brillar, se expresaba sólo en correr adelante en la distancia cronológica de las lecciones que aún no habían sido pasadas.

Entonces Stein salió rápidamente, como siempre, retorciendo toda la habitación con su figura inclinada. De nuevo la misma pregunta que a Eisenberg, y Stein empezó a tocar magistralmente el tambor. Ya no era Eisenberg, con su traga saliva y el torpe "mte" con el que comenzaba sus líneas rojas. En cierto sentido, lo que dio Stein fue incluso brillante. Crepitaba como un potente motor, saltaban abundantes chispas de extranjerismos, sin ralentizar el habla, como puentes bien afinados, se traían

citas latinas, y su acuñada pronunciación lo transmitía todo a nuestros oídos, permitiéndonos un descanso placentero, sin forzarnos. escuchar o esforzarnos, y al mismo tiempo, no dejar que ninguno se derrame al vacío caída de sonido Para colmo, ya terminando, Stein, en un brillante resumen de su historia, nos deja entender transparentemente que él, Stein, es un hombre del presente siglo, aunque cuenta todo esto, sin embargo, en realidad, sólo se condesciende. y trata a las personas de eras pasadas con condescendencia. Que él, que ahora tiene automóviles, y aviones, y calefacción central, y la Sociedad Internacional de Coches Cama, a su servicio, se considera con pleno derecho a menospreciar a la gente de la era tirada por caballos, y que si estudia a esta gente, es realmente para convencernos una vez más de la grandeza de nuestra época inventiva.

Y, finalmente, Vasily Burkevits, y nuevamente la misma pregunta que los dos primeros. Desde las primeras palabras Burkevits decepcionado. Ya de alguna manera, muy secamente, delineó el camino de su historia, y nuestros oídos se echaron a perder y esperaron el tambor cincelado de Stein. Pero ya después de varias vueltas, Burkevits, como por casualidad, mencionó un pequeño detalle de la vida de esa época, de la que estaba hablando, como si de repente levantara la mano, arrojara una rosa exuberante sobre las jorobas de las tumbas históricas. Después del primer rasgo cotidiano, siguió tan solo como una gota antes de una tormenta, el segundo, y luego el tercero, y luego mucho, y, finalmente, toda una lluvia, de modo que en el desarrollo de los hechos avanzó más y más. más despacio y con más dificultad. Y las viejas tumbas, como si estuvieran decoradas con flores que yacían sobre ellas, ya parecían bastante recientes, aún no olvidado, recién excavado, ayer. Fue el comienzo.

Pero tan pronto como en virtud de este comienzo, las casas viejas, las personas viejas y las actividades de épocas antiguas se nos acercaron, se acercaron a nosotros, como el punto de vista de Stein, que exaltaba la era presente sobre la pasada, era inmediatamente refutado, porque para la distancia superada hoy *luxus express* a las veinte, se habría necesitado más de una semana de caballos a esa lejana hora. Con un hábil acordonamiento de la vida de hoy y de entonces, que apenas recuerda a la premeditación, Burkevits, sin afirmarlo, nos hizo comprender que Stein estaba equivocado. Que la diferencia entre las personas que vivían en la era de los caballos tirados por caballos y ahora viven en una era de mejora técnica, una

diferencia que Stein cree que le da a un hombre de esta época, el derecho a exaltarse sobre las personas de épocas pasadas -realmente no existe en absoluto-, que no hay diferencia entre el hombre del presente y el de la era pasada, que, por el contrario, no hay diferencia entre ellos, y que es precisamente la ausencia de diferencia lo que explica la llamativa similitud de las relaciones humanas tanto cuando la distancia se superaba en una semana, como ahora, cuando se recorre a las veinte. como es ahoragente muy rica, vestida con ropa costosa, viaja en coches cama internacionales - así entonces, aunque de una manera diferente, pero también gente muy ricamente vestida viajaba en carruajes tapizados en seda y envueltos en sables; que así como ahora hay gente, aunque no muy rica, pero muy bien vestida, que viaja en segunda clase, cuyo objetivo en la vida es tener la oportunidad de viajar en un coche cama, así había gente entonces que viajaba en vagones menos costosos y envuelto en pieles de zorro, cuyo objetivo en la vida era adquirir un carruaje aún más caro, y cambiar los zorros por sables; que así como ahora hay gente que viaja en tercera clase, que no tiene nada para pagar un recargo por la velocidad, y está condenada a sufrir las tablas duras de la oficina de correos, así también había gente que no tenía ni dinero ni rango , por lo tanto, fueron picados por los insectos del sofá del conserje por más tiempo; que, en fin, como ahora hay gente, hambrienta, miserable y harapienta, paseando junto a los durmientes, así también había gente igual de hambrienta, igual de miserable, andrajosa, vagando por el camino postal. Hace tiempo que las sedas se pudrieron, los carruajes se desmoronaron, se secaron y la polilla devoró el sable, pero la gente parece haber permanecido igual, como si no hubiera muerto, y todavía, igual de mezquinamente orgullosa, envidiosa. y hostil, ascendió hasta nuestros días. Y ya no existía el pasado de juguete de Stein, menospreciado por la locomotora de vapor y la electricidad presentes, porque este pasado, empujado hacia nosotros por la fuerza de Burkevitsev, tomó los contornos claros de nuestro presente. Pero volviendo de nuevo a los acontecimientos, introduciendo nuevamente en ellos rasgos cotidianos, comparándolos con los personajes y las acciones de los individuos, Burkevits se inclinó obstinadamente y con confianza en la dirección que necesitaba. Esta curva de su relato, después de muchas y cortantes comparaciones, sin entrar en lo más mínimo en una aseveración y por tanto adquiriendo aún mayor persuasión, llegaba a la conclusión que él mismo no extrajo, dejándonos a nosotros, y que consistía en el hecho de que en el

pasado, en este pasado lejano -no se puede dejar de notar, no se puede dejar de ver la injusticia escandalosa y blasfema: la discrepancia entre los méritos y los deméritos de las personas, y los que les convienen, unos sables, otros andrajos . Está en el pasado. Ya no insinuaba el presente, como si supiera bien cuán bien, cuán a fondo conocemos esta escandalosa discrepancia en nuestro hoy. Pero la red ya está tejida. A lo largo de sus barras enredadas, de acero e irrompibles, a lo largo de las cuales todos caminamos con confianza, no pudimos evitar seguir a Burkevits: llegamos a una confianza inquebrantable de que, como antes, en los días de la tracción a caballo, mejor que el honesto, el codicioso más libremente, que lo amable, lo cruel más querido que lo débil, el lujo dominador, que lo humilde, lo engañoso más satisfactorio que lo justo, y lo voluptuoso más dulce que el ayuno. Que así fue, y así será siempre, mientras el hombre viva sobre la tierra. lo cruel más querido que lo débil, el lujo dominador, que lo humilde, lo engañoso más satisfactorio que lo justo, y lo voluptuoso más dulce que el ayuno. Que así fue, y así será siempre, mientras el hombre viva sobre la tierra. lo cruel más querido que lo débil, el lujo dominador, que lo humilde, lo engañoso más satisfactorio que lo justo, y lo voluptuoso más dulce que el ayuno. Que así fue, y así será siempre, mientras el hombre viva sobre la tierra.

La clase no respiraba. Había casi treinta personas en la habitación y escuché claramente el repiqueteo de un reloj prohibido por las autoridades en el bolsillo de mi vecino. El historiador estaba sentado en el púlpito, retorciendo sus pestañas rojas ante la revista, haciendo muecas de vez en cuando y rascándose la barba con toda la mano, como si dijera: “Esa es la gallina”.

Burkevits terminó su historia con un recordatorio de la enfermedad que, desarrollándose durante muchos siglos, envolvió gradualmente a la sociedad humana y que, finalmente, ahora, en la era actual de mejoras técnicas, ya ha infectado a personas en todas partes. Esta enfermedad es vulgar. Vulgaridad, que radica en la capacidad de una persona de tratar con desprecio todo lo que no comprende, y la profundidad de esta vulgaridad aumenta a medida que crece la inutilidad e insignificancia de aquellos objetos, cosas y fenómenos que causan admiración en esta persona.

Y entendimos. Fue una piedra certera en la boca de Stein, que justo en ese momento buscaba intensamente algo en el escritorio, sabiendo que

ahora todas las miradas estaban puestas en ella.

Pero entendiendo a quién se le arrojó la piedra, también entendimos algo más. Esta otra cosa consistía en el entendimiento de que esta injusticia de las relaciones humanas, aparentemente desesperada y centenaria, de la que Burkevits habló indirectamente, no lo sume en lo más mínimo ni en el desánimo ni en la furia, sino que es, por así decirlo, ese combustible, sustancia preparada a propósito para él, que, al verterse en sus entrañas, no produce una explosión destructiva, sino que arde en él con un fuego uniforme, tranquilo y rápido. Mirábamos sus pies en botas gastadas y sin pulir, sus pantalones gastados con las rodillas torpemente torcidas, sus pómulos llenos, sus ojos grises y diminutos y su frente huesuda bajo torbellinos de chocolate, y sentimos, sentimos irresistible y agudamente, cómo el terrible ruso deambula y corre a través de él. una fuerza que no tiene obstáculos, sin barreras, sin barreras, un solitario,

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 6

Esta lucha entre Burkewitz, Stein y Eisenberg, que Stein llamó cáusticamente la lucha de la rosa blanca y sucia, esta lucha, en que todos sintieron definitivamente la extraordinaria superioridad de Burkevits, terminó de inmediato, tan pronto como se expresó en voz alta la opinión unánime de la clase al respecto.

Sucedió bastante por accidente. Una mañana, a principios de noviembre, cuando todos estaban sentados en sus escritorios esperando al historiador, un estudiante de octavo grado entró rápidamente al salón de clases con tal determinación que toda la clase se puso de pie, confundiéndolo con un maestro. Se escucharon maldiciones florecísimas, y tan amistosas, que este estudiante, subiendo descaradamente al púlpito y abriendo los brazos, dijo: “Perdónenme, señores, pero no entiendo qué hay aquí, un calabozo para criminales, en el que un compañero quien entró fue confundido con el jefe de la prisión”. , - ¿o es este el sexto grado del gimnasio clásico de Moscú?

“Señores”, continuó con extrema seriedad, “solicito su atención por un momento. El Ministro de Educación Nacional llegó esta mañana a Moscú y hay razones para creer que mañana, durante el día, nos visitará. Me parece que no hace falta que le hable de esto, porque usted mismo sabe lo importante que es para nuestro gimnasio la impresión que el Ministro dejará en estas paredes. También es bastante obvio que la dirección del gimnasio, al no considerar posible ponerse de acuerdo con nosotros en el sentido de prepararse para tal visita, sin embargo, mirará con benevolencia, tan pronto como se emprenda algo similar. por nosotros mismos. Señores, les pediré ahora que nombren a su mejor estudiante, quien tendrá que asistir a una pequeña reunión esta noche, y mañana él, como su elegido,

Habiendo dicho esto, levantó el librito abierto hasta sus ojos aparentemente muy miopes y, afilando un lápiz en el papel y parpadeando, como hace un hombre en previsión de un sonido, añadió: "Entonces, ¿cuál es el ¿apellido?"

Y la clase, ululando con un rugido de voces, de modo que cientos de moscas enojadas graznaron en las ventanas, rugieron: “Burkevits. E incluso

detrás alguien cariñosamente agregó: Sal, Vaska, aunque no había adónde ir y absolutamente ninguna necesidad. El colegial anotó, me dio las gracias y se apresuró a salir. El juego se ha perdido. La pelea ha terminado. Burkevits fue el primero.

Y como si supiera que la competencia había llegado a su fin (aunque, quizás, también por otras razones), el historiador que entró en la clase, sentándose y luego arrastrando los pies con enojo en el púlpito, llamó de inmediato a Burkevits y, preguntando él para contar la lección actual, agregó: - Te pido que te mantengas dentro del marco del k-curso gi-imnasic. Y Burkevits entendió. Comenzó a dar la lección actual, y la dijo con el espíritu de un curso de gimnasia, con el espíritu del honor inmaculado de nuestro glorioso gimnasio y con el espíritu del Ministro de Educación Pública, que llegó a Moscú esa mañana.

- Si el moco no me hubiera hecho hombre, entonces en vez de hombre me hubiera convertido en moco. - Eso me dijo Burkevits durante los exámenes finales, después de que el escándalo con el cura del instituto nos acercara un poco más. Pero eso ya fue en nuestros días de despedida en el gimnasio. Antes de esto, Burkevits no me había dicho ni una palabra a mí ni a nadie en general, continuando considerándonos extraños, y todo el tiempo, por necesidad escolar, solo le había dicho unas pocas palabras a Stein en la siguiente ocasión. Un día, durante un gran receso, una multitud de estudiantes de secundaria reunidos alrededor de Stein comenzaron una conversación con él sobre los asesinatos rituales, y alguien con una sonrisa cruel le preguntó a Stein si él, Stein, creía en la posibilidad y existencia de los asesinatos rituales. Stein también sonrió, pero cuando vi esa sonrisa suya, mi corazón se hundió por él. “Nosotros los judíos”, respondió Stein, No nos gusta derramar sangre humana. Preferimos chuparlo. No hay nada que puedas hacer, tienes que ser europeo. “Fue en este mismo momento que Burkevits, que estaba allí de pie, de repente, inesperadamente para todos, se volvió hacia Stein por primera vez. “Y usted, al parecer, Sr. Stein”, dijo, ¿tenía miedo del antisemitismo aquí? Pero en vano. El antisemitismo no es terrible en absoluto, sino sólo repugnante, lastimoso y estúpido: repugnante porque va dirigido contra la sangre y no contra el individuo, lastimoso porque es envidioso, aunque quiera parecer despectivo, estúpido porque une incluso más fuertemente cuál es el propósito de su conjunto para destruir. Los judíos dejarán de ser judíos sólo cuando ser judío no se vuelva

improductivo en el sentido nacional, sino vergonzoso en el sentido moral. Será vergonzoso en el sentido moral ser judío cuando nuestros señores cristianos se conviertan finalmente en verdaderos cristianos, es decir, personas que, empeorando deliberadamente las condiciones de su vida para mejorar la vida de los demás, experimentarán placer y alegría de tal deterioro. Pero hasta ahora esto no ha sucedido, y dos mil años no fueron suficientes para esto. Por lo tanto, en vano dice, señor Stein, que está tratando de comprar su dudosa dignidad, humillando ante estos cerdos al pueblo al que usted mismo tiene el honor, oye, tiene el honor de pertenecer. Y que te avergüences de que soy ruso, te lo digo a ti, judío.

Me quedé en silencio, como todos los demás. Y, al parecer, como todos los demás, por primera vez, por primera vez en toda mi vida, experimenté un agudo y dulce orgullo al darme cuenta de que soy ruso, y que entre nosotros hay al menos uno como Burkevits. Por qué y de dónde vino este orgullo repentinamente en mí, no lo sabía muy bien. Solo sabía que Burkevits había dicho unas pocas palabras, y antes de que entendiera el significado de sus palabras, ya sentía cierta caballerosidad especial en sus palabras, la caballerosidad de la humillación personal en aras de proteger a un extranjero débil y desfavorecido, caballerosidad, tan característico de una persona rusa en asuntos nacionales. Y solo porque ninguno de nosotros regañó a Burkevits, la multitud que rodeaba a Stein comenzó a dispersarse rápidamente, como si no quisiera participar en su acto indigno, y que algunos dijeron - cierto, Vaska, - cierto, Vaska, bien hecho - me pareció, que otros experimentaron exactamente lo mismo que yo, y que elogian a Burkevits por el comprensivo sentimiento de orgullo nacional que les transmitió con estas palabras. Pero Stein mismo no experimentó, y por supuesto no pudo experimentar estos sentimientos. Volviéndose bruscamente, sonriendo maliciosamente, caminó hacia Eisenberg y, poniendo sus grandes dedos blancos detrás del cinturón de Eisenberg y atrayéndolo hacia él, le habló en voz baja sobre algo, o le preguntó algo. experimentar estos sentimientos. Volviéndose bruscamente, sonriendo maliciosamente, caminó hacia Eisenberg y, poniendo sus grandes dedos blancos detrás del cinturón de Eisenberg y atrayéndolo hacia él, le habló en voz baja sobre algo, o le preguntó algo. experimentar estos sentimientos. Volviéndose bruscamente, sonriendo maliciosamente, caminó hacia Eisenberg y, poniendo sus grandes dedos blancos detrás del cinturón de

Eisenberg y atrayéndolo hacia él, le habló en voz baja sobre algo, o le preguntó algo. Durante los primeros minutos sentí cierta aversión vaga por Stein. Sin embargo, esta hostilidad pasó rápidamente, porque me di cuenta de que si luego, durante el descanso, cuando mi madre viniera al gimnasio con un sobre, y yo, habiendo actuado exactamente de la misma manera que Stein, renunciaría a ella, creyendo que así salvaría mi dignidad- que si entonces los mismos Burkevits se nos acercaran y me dijeran que no es bueno que un hijo se avergüence y renuncie a su madre solo porque es vieja, fea y andrajosa, y que un hijo debe amar y honrar su madre, y cuanto más amar, y cuanto más respetar, más vieja, decrepita y andrajosa está - si algo similar hubiera pasado entonces durante el recreo, entonces es muy posible que los de los colegiales que me preguntaron por el guisante bufón acordó sería con Burkevits, y, tal vez, este hombre entrometido que está completamente fuera de su negocio. Y, movido por esta comunidad de sentimientos, me acerqué a Stein y, abrazándolo con fuerza y fuerza por la cintura, caminé con él en un abrazo por el pasillo.

CAPÍTULO 7

Dos semanas antes del comienzo de los exámenes finales, en abril, cuando la guerra con Alemania había estado en su apogeo durante más de un año y medio, todos los estudiantes de secundaria que estaban cerca de mí, incluido yo mismo, perdimos por completo todo interés en ella. .

Todavía recuerdo bien cómo en los primeros días de la declaración de guerra estaba muy excitado, y que esta excitación era extremadamente agradable, juvenil y, tal vez, incluso simplemente alegre. Durante todo el día caminé por las calles, mezclándome inseparablemente, como en los días de Pascua, con una multitud ociosa, y junto con esta multitud grité mucho y maldije a los alemanes en voz muy alta. Pero regañé a los alemanes no porque los odiara, sino sólo porque mis juramentos y regaños eran ese clavo que, cuanto más lo apretaba, más profundamente me hacía sentir esta comunión tan agradable con la multitud que me rodeaba. Si a esa hora me hubieran mostrado una palanca y, ofreciéndome a tirar de ella, me hubieran dicho que cuando se girara esta palanca, toda Alemania explotaría, explotarían lisiados, que cuando se girara esta palanca, ni un solo German seguiría vivo, No dudaría en tirar de esta palanca y retorciéndose, con mucho gusto iría a inclinarse. Estaba demasiado seguro de que si fuera practicable y realizado, entonces esta multitud se regocijaría frenética y salvajemente. Probablemente fue precisamente este contacto espiritual, esta dulce comunión con tal multitud, lo que impidió que mi imaginación saltara sobre la imagen que me surgió unos días después, cuando, recostado en el sofá de mi cuartito oscuro, me pareció que en una plataforma en medio de una gran plaza llena de gente, me traen a un niño alemán blanco, a quien debo matar a machetazos. “Córtalo”, dicen, no, me ordenan, “córtalo, córtale la cabeza, córtalo, porque de eso depende tu vida, la vida de tus seres queridos, la felicidad, el florecimiento de tu patria. Si no matas, serás severamente castigado. - Y yo, mirando la coronilla rubia de este muchacho alemán y sus ojos llorosos e implorantes, tiro el hacha y digo: - Es tu elección, me niego. Y al oír mi respuesta a este sacrificial rechazo mío, la multitud, enloquecidamente regocijada, aplaude. Ese era mi sueño después de unos días.

Pero como en mi primera idea, donde, con solo girar una palanca, destruía a sesenta millones de personas, no me guiaba nada por la hostilidad hacia estas personas, sino solo por el supuesto éxito que me tocaría en suerte si hacía algo así. así como en mi negativa a sacrificar a este niño que estaba ante mis ojos, me guiaba no tanto el miedo de derramar la sangre de otro, no tanto el respeto a la vida humana, cuanto el deseo de darle a mi personalidad esa exclusividad. , que cuanto más subía, mayor era el castigo que me esperaba por mi negativa.

Un mes después, me enfrié hasta la guerra, y si, con acalorada admiración, leía en el periódico que los rusos habían vencido a los alemanes en algún lugar, decía: entonces lo necesitan, los bastardos, ¿por qué subieron a Rusia? - otro mes después, leyendo sobre alguna victoria de los alemanes sobre los rusos, dijo lo mismo: eso es lo que necesitan, los bastardos, no se subirían a los alemanes. Y un mes después, un forúnculo que saltó sobre mi nariz me enfureció, me preocupó y me preocupó, si no más, al menos sinceramente, que toda la guerra mundial. En todas estas palabras, como - guerra, victoria, derrota, muertos, capturados, heridos - en estas palabras terribles, que en los primeros días estaban tan trémulamente vivas, como carpas crucianas en las palmas, en estas palabras la sangre con la que estaban escrito se secó para mí, y después de secarse, se convirtió en tinta de imprenta. Estas palabras se volvieron como una bombilla rota: el enchufe hizo clic, pero no parpadeó, las palabras fueron pronunciadas, pero la imagen no surgió. Desde luego, no podía imaginar que la guerra todavía pudiera entusiasmar sinceramente a las personas a las que no afectaba directamente, y dado que Burkevits no se había comunicado en absoluto conmigo ni con nadie en nuestra clase durante tres años, nosotros, como resultado de esto y podíamos No, por supuesto, conocer sus opiniones sobre la guerra, estando, sin embargo, seguro de que no podría ser diferente a la nuestra. El hecho de que Burkevits no estuvo presente en el salón de actos durante la oración por el envío de la victoria no se notó en absoluto, y esto se recordó solo después del choque que había tenido lugar, con respecto a su constante descuido de las lecciones sobre el estudio de el sistema militar, introducido en el gimnasio desde hace varios años. meses, entonces esto se interpretó por su mala salud, o por su falta de voluntad para renunciar a su primacía, incluso si físicamente, el mediocre Takadzhiev, quien resultó ser un tipo notablemente diestro y fuerte. Y estando presente en esta terrible

colisión, yo, en mi ignorancia, ni siquiera sabía que las palabras pronunciadas por Burkevits eran solo ese trueno de ese relámpago que se había elevado hace muchas décadas desde el noble nido de Yasnaya Polyana.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 8

Había una clase vacía en nuestra clase de último año. El filólogo se enfermó y no apareció, y nuestra clase, tratando de no hacer ruido, para no molestar a las clases de sexto y séptimo grado, las puertas exteriores que se abrían al mismo departamento, deambulaban en silencio por el pasillo. No había liderazgo. El profesor de la clase, confiando en nosotros, a quien ahora llamó -cinco minutos para cinco alumnos- se ausentó al aula de los pisos inferiores. El estado de ánimo de la mayoría estaba eufórico: diez días después comenzaron los exámenes finales, la última etapa del gimnasio.

Un pequeño grupo de estudiantes de secundaria se reunió en la gran ventana de tres hojas, que estaba justo al lado de la puerta, con Yag en el medio, quien estaba hablando de algo en voz baja pero animada. Algunos de los que estaban alrededor, objetando, interrumpieron a Yag, pero Yag, aparentemente enojado, olvidándose de la necesidad de hablar en un medio susurro, maldijo obscenamente con un fuerte grito.

En ese mismo momento, la mayoría ya notó lo que estaba pasando, y todo el grupo comenzó a reorganizarse desde el círculo frente a Yag, - en un semicírculo frente al sacerdote del gimnasio. Nadie, sin embargo, escuchó cuándo o cómo entró por la puerta.

— Qué vergüenza, niños —dijo, esperando a que todos advirtieran su presencia, y dirigiéndose a nadie, y por tanto a todos, con su voz senil, dulzona y de reproche—. “Piénsenlo”, continuó, “que dentro de unos años ya entrarán como ciudadanos de pleno derecho en la vida pública de la gran Rusia. Considere que las palabras humillantes que he tenido la desgracia de escuchar aquí son terribles en su significado. Piensa en el hecho de que si el significado de tal maldición no llega a tu conciencia, entonces esto no te justifica, sino que te condena aún más, porque prueba que estas terribles palabras son utilizadas por ti cada hora, cada minuto, que son estas palabras, dejando de ser para vosotros una maldición, se han convertido en un medio pictórico de vuestro discurso. Piénsalo

Mientras hablaba, los ojos de los colegiales que estaban frente a él se volvieron algo apagados, impasibles: uno pensaría que en todos estos ojos no había absolutamente ninguna expresión, si uno no supiera que es

precisamente esta ausencia de expresión la que debe expresar el hecho de que no juraron, y todas estas palabras de reproche no se aplican a ellos en absoluto. Pero al mismo tiempo que los ojos y los rostros de todo el grupo se aburrían cada vez más con indiferencia, los ojos de Burkevits, que ahora solo se acercaba en silencio, se volvían cada vez más vivaces y traviesos, sus labios se entreabrieron sutilmente en una sonrisa malvada, y las palabras del sacerdote, como agujas lanzadas en un semicírculo de aquellos ojos y rostros de piedra, ya independientemente de la voluntad de quien las arroja, las manos entrelazadas y pegadas al punto imantado de la sonrisa de Burkevitsev. Resultó que Burkevits estaba maldiciendo, y las últimas palabras sobre Pushkin y Lermontov se aplicaban por completo a él. Usted, padre, - objetó Burkevits en voz baja y terrible, - aparentemente está familiarizado con los Sres. Pushkin y Lermontov solo de antologías oficiales y considera superfluo conocerlos más de cerca, ya que refuta su opinión. Sí, replicó el sacerdote con firmeza, considero superfluo para usted un mayor conocimiento de estos escritores, como lo considero necesario, antes de dar a un niño una rosa, cortando sus espinas. Así es cómo. Y ahora permítanme recordarles a todos una vez más que las palabras abusivas que he escuchado aquí son inaceptables e indignas de un cristiano. - Aparentemente, están familiarizados con los Sres. Pushkin y Lermontov solo a partir de antologías oficiales y consideran que un conocimiento más cercano de ellos, ya que refuta su opinión, es superfluo. Sí, replicó el sacerdote con firmeza, considero superfluo para usted un mayor conocimiento de estos escritores, como lo considero necesario, antes de dar a un niño una rosa, cortando sus espinas. Así es cómo. Y ahora permítanme recordarles a todos una vez más que las palabras abusivas que he escuchado aquí son inaceptables e indignas de un cristiano. - Aparentemente, están familiarizados con los Sres. Pushkin y Lermontov solo a partir de antologías oficiales y consideran que un conocimiento más cercano de ellos, ya que refuta su opinión, es superfluo. Sí, replicó el sacerdote con firmeza, considero superfluo para usted un mayor conocimiento de estos escritores, como lo considero necesario, antes de dar a un niño una rosa, cortando sus espinas. Así es cómo. Y ahora permítanme recordarles a todos una vez más que las palabras abusivas que he escuchado aquí son inaceptables e indignas de un cristiano. antes de darle una rosa a un niño, cortándole las espinas. Así es cómo. Y ahora permítanme recordarles a todos una vez más que las palabras abusivas que he escuchado aquí son inaceptables e indignas de un

cristiano. antes de darle una rosa a un niño, cortándole las espinas. Así es cómo. Y ahora permítanme recordarles a todos una vez más que las palabras abusivas que he escuchado aquí son inaceptables e indignas de un cristiano.

Dijo las últimas palabras bruscamente, ajustando la cruz en su sotana púrpura con su mano vieja y ligeramente temblorosa. Por qué sigue de pie, por qué no se va, pensé, pero miré a Burkevits y comprendí. El rostro de Burkevits de alguna manera perdió peso repentinamente, se humedeció y se contrajo, sus ojos miraron con odio penetrante directamente al rostro del sacerdote. “Ahora le pegaré”, pensé. Burkevits levantó convulsivamente las manos hacia atrás, como si hubiera atrapado a alguien detrás de él, dio un paso adelante y habló con una sonoridad inesperada y emprendedora. Las maldiciones, como te dignaste notar, son indignas de un cristiano. Bueno, nadie se opone a esto. Pero si tú, siervo de Dios, te encargaste de instruirnos en el camino verdadero, entonces no me preguntes si te pregunto dónde, en qué, cuándo y cómo mostraste tú mismo estas virtudes desconocidas para nosotros de un cristiano, la inevitabilidad de cumplir lo que decidiste para nosotros inspira aquí. ¿Dónde estabas, por cierto, con tus virtudes cristianas, cuando hace diez meses multitudes sedientas de sangre con trapos de colores desfilaron por las calles de Moscú, multitudes de personas llamadas, en su sed de sangre y estupidez indignas de comparación con una manada de ganado salvaje? - ¿Dónde estabas, siervo de Dios, en este día terrible para nosotros? ¿Por qué tú, campeón de la cristiandad, no nos reuniste a los niños, como nos llamas, aquí, entre estos muros, en esta casa, en la que te encargaste de enseñarnos los mandamientos de Cristo, dónde estabas, te pregunto? tú, y por qué callaste entonces, el día de la declaración de guerra, el día de la promulgación de la ley para fomentar el fratricidio, y ahora de repente comenzaste a hablar, escuchando la maldición pronunciada aquí? ¿Es porque el fratricidio no es tan contrario a, no tanto contrario a su comprensión de la dignidad cristiana, como dice el juramento aquí? Admito que no está permitido que un cristiano jure como juran aquí, y tienes razón, razón, en que protestaste contra el juramento que escuchaste. Pero, ¿dónde estabas tú, siervo de Cristo, dónde estabas todos estos diez meses, cuando cada día y cada minuto arrancaban a la fuerza a sus padres de los niños, a las madres de sus niños, para llevárselos, enviarlos a la fuerza a el fuego, el asesinato, la muerte, ¿dónde has estado todo este tiempo, y por qué no

protestaste contra todos estos crímenes en tus sermones, al menos de la misma manera que lo hicieron aquí con motivo del abuso que escucharon? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Será porque todos estos horrores tampoco contradicen en lo más mínimo la dignidad cristiana? ¿Por qué tú, digno guardián de la cristiandad, encontraste la audacia de sonreír y asentir con tu sagrada cabeza hacia nosotros alentadoramente, cuando un día, caminando por el patio del gimnasio, viste cómo a nosotros, tus hijos, ahora se nos enseñan técnicas diarias con armas, cómo se nos enseña el arte del fratricidio? ¿Por qué sonreíste tan alentadoramente, mirándonos, y por qué permaneciste en silencio? ¿No es porque enseñar a los niños a usar armas tampoco aborrece su dignidad cristiana? ¿Y cómo te atreves, escondiéndote detrás del nombre de Cristo, a despreciar deliberadamente los mandamientos de Aquel cuyo nombre brillante deseas justificar tu vida miserable? ¿Cómo te atreves a orar, oyes? orar para que el hermano venza al hermano, que el hermano someta al hermano, que el hermano mate al enemigo? ¿De qué enemigo estás hablando ahora? ¿No se trata de aquel del que hace un año hablabas con voz dulce que debes perdonarlo y amarlo? O, tal vez, tal oración por la conquista, por la violencia, por el asesinato y la destrucción de una persona por otra, ¿no contradice su comprensión de la dignidad cristiana? Vuelva en sí, miserable funcionario de la iglesia, estupefacto y engordado con comidas populares; entra en razón y no te justifiques por el hecho de que tus compañeros religiosos, arriesgando la vida allí, en los campos del horror, dan la comunión a los moribundos y pacifican a los que sangran. No se justifique con esto, pues tanto usted como ellos saben muy bien que su tarea, que vuestro deber cristiano es apaciguar a los que no están enfermos, a los que ya están sangrando, pero a los que están sanos, acaban yendo a matar. Así que no seas como un médico que trata las úlceras sifilíticas con crema de oro, y no trates de justificarte por el hecho de que te entregas a este terrible acto, por devoción al monarca o al gobierno, por amor a la patria o al pueblo. -llamadas armas rusas. No os escuséis, porque sabéis que vuestro monarca es Cristo, vuestra patria conciencia, vuestro gobierno es el evangelio, vuestra arma es el amor. Así que recuerda y actúa. Actúa, porque cada camino y no intentes justificarte por el hecho de que te entregas a este terrible acto, por devoción al monarca o al gobierno, por amor a la patria o por las llamadas armas rusas. No os escuséis, porque sabéis que vuestro monarca es Cristo, vuestra patria conciencia, vuestro gobierno es el evangelio, vuestra arma es el amor. Así

que recuerda y actúa. Actúa, porque cada camino y no intentes justificarte por el hecho de que te entregas a este terrible acto, por devoción al monarca o al gobierno, por amor a la patria o por las llamadas armas rusas. No os escuséis, porque sabéis que vuestro monarca es Cristo, vuestra patria conciencia, vuestro gobierno es el evangelio, vuestra arma es el amor. Así que recuerda y actúa. Actúa, porque cada caminominuto, porque cada minuto, cada segundo, la gente dispara, la gente mata, la gente cae. Recapaciten y actúen, pues las personas y las madres, y los padres, y los hijos, y los hermanos, y todo, y todo, están esperando de ustedes, de ustedes, que ustedes, los siervos de Cristo, sacrificando sin miedo sus vidas, intervendrían en esta desgracia, y, de pie entre los locos, gritaba muy fuerte, muy fuerte porque sois muchos, sois tantos que podéis gritar al mundo entero: ¡pueblo, paren, pueblo, paren de matar! Aquí, aquí, aquí está tu deber.

Mirando cómo Burkevits, con un extraño movimiento de su mano, con la cabeza inclinada, terriblemente temblando y tambaleándose, pasó junto a nosotros y salió por la puerta hacia las escaleras, solo tuve un pensamiento: - perdido, oh, perdido, pobre Vaska .

Solo un momento después, mirando hacia atrás en dirección opuesta, vi cómo la sotana púrpura desaparecía por la puerta después de acariciar la jamba en una hermosa curva.

Y en ese mismo momento, cuando todos corrieron uno hacia el otro, hablando con entusiasmo y agitando las manos, un estruendo sordo comenzó en algún lugar de abajo, intensificándose amenazadoramente, como si el agua del mar irrumpiera en la casa, subió, las ventanas y las paredes temblaron y el piso, y finalmente, en nuestro corredor, este estruendo estalló con un rugido ensordecedor a través de las puertas abiertas de golpe de sexto y séptimo grado. La lección ha terminado.

CAPÍTULO 9

Para no contar los detalles de esta emergencia a las dos clases de junior, que llenaron el pasillo a la hora del recreo, todos entramos al salón de clases. Este es un idiota, después de todo, este es un idiota uniformado”, dijo Stein, poniendo su mano blanca sobre el hombro de Yag, que parecía una mancha de crema derramada sobre la tela negra.

— No, Stein, eres un hermano, no te metas en medio, - Yag se apartó de él. - Usted, se podría decir, es europeo, pero aquí, hermano, es un asunto asiático. Entiende: la interpretación del Talmud no se viola y, por lo tanto, no debe preocuparse.

Y después de esperar a que Stein caminara ofendido hacia su escritorio, Yag habló en voz baja al grupo emocionado que se había reunido en la ventana.

— Después de todo, uno debe maravillarse de esto, dijo Yag, cuánto adoran nuestros judíos al clero: no toques al sacerdote, Dios, no lo toques, todos los judíos se rebelarán.

— Tal caída, - Takadzhiev negó con la cabeza, pero nadie se rió. Hubo un acalorado intercambio de opiniones en el grupo. Sin embargo, a nadie se le dio hablar, interrumpir con entusiasmo, desafiar, rechazar. Algunos decían que Burkevits tenía razón, que nadie necesitaba la guerra, que era destructiva y provechosa sólo para generales y comisarios. Otros decían que la guerra era una cosa gloriosa, que si no hubiera guerras, no habría Rusia, que no había por qué babear, pero había que luchar. Todavía otros dijeron que aunque la guerra es una cosa terrible, sin embargo, en este momento es forzada, y que si el cirujano se desilusionó con la medicina durante la operación, esto todavía no le da derecho a no completar la operación, a dejar y abandonar al paciente. Todavía otros decían que aunque se nos impuso la guerra, y que el título de gran estado no permitía hablar de paz, la idea de Burkevits era correcta, y que el clero de todo el mundo, basado en los principios uniformes del cristianismo, estaría obligado, incluso sin considerar el peligro de persecución por la ley militar, a protestar y luchar contra la continuación de la guerra. Yag se opuso a esta última opinión. Oh chico, dijo. ¿De qué tipo de principios cristianos estás

hablando? Sí, si estos mismos principios cristianos son tan queridos para Burkevits, entonces, déjame preguntarte, ¿por qué no nos dijo una sola palabra durante tres años? Tres años, solo piensa. ¿Qué mal le hicimos que nos reímos de él? Si viendo semejante moco, entonces los caballos se habrían reído. Sí, nunca he visto mocos así, Dios me perdone, en toda mi vida. Entonces, ¿por qué parece un lobo? Todo se está ajustando para morder. No, cariño, eso es diferente. Él guerra, se puede decir cómo se necesita el aire. No necesita el cristianismo, pero sus violaciones, es por eso que concibió una rebelión inmunda. Eso es lo que es.

Me mantuve a distancia y decidí por mí mismo: ¿cómo pudo suceder todo esto, que Burkevits, el mejor estudiante, el orgullo del gimnasio, el ganador indudable de la medalla de oro, cómo pudo suceder que este Burkevits muriera? Que había perecido era obvio, porque abajo, hoy, quizás ya ahora, se convocaba un consejo pedagógico que, por supuesto, lo echaría por unanimidad con pasaporte de lobo. Entonces adiós universidad. Y cómo debe ofenderse, sobre todo cuando todo esto es diez días antes de los exámenes finales. (Constantemente sentí que una persona experimenta su desesperación tanto más agudamente cuanto más se acercaba a la meta final que de repente se le escapaba, aunque entendía perfectamente bien que la proximidad de la meta no significa en lo más mínimo que sea más seguro de lograrlo que con cualquiera,

Pero, ¿cómo pudo pasarle algo así a Burkevits? ¿Y qué es: prudencia premeditada o locura instantánea? Recordé la sonrisa desafiante con que Burkevits atrajo las palabras del padre y decidí: un cálculo premeditado. Recordé el movimiento de cabeza de Burkevits y su paso de borracho, y repensé: locura instantánea.

Sentía una fuerte atracción por mirarlo, y esta atracción por Burkevits estaba sutilmente entretejida por tres sentimientos: el primer sentimiento era una cruel curiosidad por mirar al hombre con quien había acontecido una gran desgracia; en segundo lugar, había un sentimiento de juventud por la singularidad de mi acto, pues a nadie en la clase se le ocurrió siquiera acudir a alguien que ya se consideraba apestado; el tercero fue un sentimiento que dio fuerza al primero y al segundo: la confianza de que mi acercamiento o incluso una conversación con Burkevits no amenazaba con causar problemas por parte de las autoridades. Quedaban dos minutos en el

reloj antes del final del recreo. Saliendo del aula, abriéndome camino a empujones por el pasillo, lleno de ruidos discordantes de pies, repiqueteo de voces y gritos, salí al rellano de la escalera. pretendiendouna puerta, razón por la cual los gritos y el ruido de los pies, engañando al oído, se calmaron, y solo un momento después llegaron en un estruendo sordo y espeso: miré a mi alrededor.

Al pie de las escaleras, cerca de la puerta de la celda de castigo, que no se había utilizado durante los últimos diez años y de la que colgaba un candado rojo oxidado, estaba sentado Burkevits. Se sentó en los escalones de espaldas a mí. Estaba tumbado, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Silenciosamente de puntillas y muy lentamente por las escaleras, comencé a descender hacia él, todo el tiempo mirando su espalda. Su espalda estaba arqueada en una joroba, como dos objetos afilados metidos debajo de una tela muy estirada: sus omóplatos se veían, y en esta espalda torcida y en estos omóplatos sobresalientes había impotencia, humildad y desesperación. Acercándome en silencio por detrás, todo para que no me viera, puse mi mano en su hombro. No se inmutó ni mostró su rostro. Sólo su espalda se encorvó aún más. Todavía mirando su espalda, Con cuidado moví mi mano de su hombro a su cabello. Pero tan pronto como toqué su cabello tibio, sentí que algo se tocaba en mí, de lo cual, si alguien lo viera, me avergonzaría. Miré a mi alrededor para que ni siquiera pareciera mirar atrás, asegurándome de que las escaleras estuvieran vacías, suavemente pasé mi mano por los remolinos de chocolate duro. Fue agradable. Inmediatamente se volvió tan fácil y tierno para mí que lo pasé por su cabello una y otra vez. Sin apartar las manos del rostro hundido en ellas, y por tanto sin ver a quien se le acercaba y le acariciaba el pelo. - Burkevits de repente pronunció con un sonido sordo a través de sus palmas: - ¿Vadim? Con un cofre de cristal, inmediatamente me hundi y me senté a su lado. Burkevits le dijo a Vadim, me llamó por mi nombre, y el hecho de que hiciera esto sin ver al que venía a él significó por primera vez para mí destacar no por la crueldad de la juventud, sino por la receptividad y la ternura de mi corazón. Mis dedos se apretaron, agarraron los tiesos remolinos de cabello caliente en las raíces, y tirando con fuerza y arrancando el rostro de Burkevits del caparazón de las palmas que lo cubrían, volví este rostro hacia mí, ojo con ojo. Cerca, cerca, ahora vi frente a mí esos pequeños ojos grises, extrañamente cambiados desde la piel hacia

atrás hasta la parte posterior de la cabeza, donde mi mano sostenía su cabello. Por un segundo, estos ojos me miraron en su lúgubre sufrimiento, pero finalmente, incapaces de vencer las apretadas lágrimas masculinas, poniendo una feroz arruga entre las cejas, desaparecieron bajo los párpados. E inmediatamente, tan pronto como mis ojos estuvieron cerrados, Se escuchó una voz ladrando desconocida para mí. —Vadim. - Tú. - Lindo. - Uno. — Stvenny. ¿Crees? Cerca, cerca, ahora vi frente a mí esos pequeños ojos grises, extrañamente cambiados desde la piel hacia atrás hasta la parte posterior de la cabeza, donde mi mano sostenía su cabello. Por un segundo, estos ojos me miraron en su lúgubre sufrimiento, pero finalmente, incapaces de vencer las apretadas lágrimas masculinas, poniendo una feroz arruga entre las cejas, desaparecieron bajo los párpados. E inmediatamente, tan pronto como cerré los ojos, se escuchó una voz que ladraba y que no me era familiar. —Vadim. - Tú. - Lindo. - Uno. — Stvenny. ¿Crees? Cerca, cerca, ahora vi frente a mí esos pequeños ojos grises, extrañamente cambiados desde la piel hacia atrás hasta la parte posterior de la cabeza, donde mi mano sostenía su cabello. Por un segundo, estos ojos me miraron en su sombrío sufrimiento, pero finalmente, incapaces de superar las apretadas lágrimas masculinas, éstas, dejando un feroz pliegue entre las cejas, desaparecían bajo los párpados. E inmediatamente, tan pronto como cerré los ojos, se escuchó una voz que ladraba y que no me era familiar. —Vadim. - Tú. - Lindo. - Uno. — Stvenny. ¿Crees que escuché una voz ladrando que no conocía? —Vadim. - Tú. - Lindo. - Uno. — Stvenny. ¿Crees que escuché una voz ladrando que no conocía? —Vadim. - Tú. - Lindo. - Uno. — Stvenny. tu crees ¿Crees que escuché una voz ladrando que no conocía? — Vadim. - Tú. - Lindo. - Uno. — Stvenny. tu crees ¿Crees que escuché una voz ladrando que no conocía? —Vadim. - Tú. - Lindo. - Uno. — Stvenny. tu crees

- Muy difícil. - I. - De todo. - Desde el corazón. - Tu crees. - Y por primera vez

sintiendo cómo las manos masculinas fuertes abrazan y aprietan mi espalda, por primera vez presionando mi mejilla contra la mejilla masculina - soy grosero, maldiciendohabló con una voz. - Vasya ... yo ... tuyo ... tuyo ... "Amigo" Quería agregar todo, pero aún podría decir "dr", pero tenía miedo de estallar en lágrimas en "u". Y apartando cruelmente a Burkevitz, balanceando su rostro, que con los ojos cerrados y la palidez y la nariz corta

parecía una máscara de Beethoven de yeso, yo, con horror indiferente, comprendiendo lo terrible que estaba a punto de hacer ahora, corrió escaleras abajo. Corrí escaleras arriba como se corre detrás de un médico para un amigo moribundo, corrido no porque el médico pueda salvar, sino porque en este movimiento, en esta búsqueda, ese anhelo de uno mismo de experimentar esos sufrimientos, cuya vista lo despertaba por completo. , debe debilitarse. insoportable sentimiento de piedad.

Las escaleras han pasado. En el comedor del sótano, los pies se ajustan para deslizarse sobre los azulejos azules y blancos. La última ventana toca los ojos con un trozo de sol, e inmediatamente la oscura humedad del vestuario, sobre su suelo de asfalto, las suelas se pegan con jodida confianza. Y otra vez las escaleras arriba. Ya sé el comienzo - "como un verdadero cristiano les traigo la atención" - y luego no importa, luego irá como un reloj, un reloj, un reloj, - al mismo tiempo llevé mi pie a través de tres pasos y graznido cuando se presiona sobre el aceite.

Pasar por tres escalones, e incluso tan altos como en nuestro gimnasio, me obligó a subir, por así decirlo, aplastándome a lo largo de las escaleras con una baja inclinación de mi cabeza. Por eso no me di cuenta de que en la plataforma superior el director del gimnasio, Richard Sebastyanovich Kaiman, me observaba y esperaba desde hacía mucho tiempo con ojos de serpiente en su levita fúnebre. Solo unos pocos escalones más abajo vi los crecientes pilares de sus piernas justo frente a mis ojos, que me tiraron hacia atrás como si me hubieran disparado, pero no acertado.

En silencio, me miró durante algún tiempo con el rostro carmesí y una barba negra. "¿Qué te pasa?" preguntó finalmente. Su odio despectivo al "chu" en lugar del "qué", en el que sus labios besaban por debajo de su bigote, fue el botón que detuvo nuestros corazones durante ocho años.

Yo estaba vergonzosamente en silencio. El problema contigo, - de un barítono desdeñoso, elevando su voz a un tenor agitado y ansioso, repitió Kaman.

Me temblaban los brazos y las piernas. Había un trozo de hielo familiar en mi estómago. Yo estaba en silencio. Quiero saber, así es contigo, - con una fístula punzante y, para no soltarse, cambiando todas las vocales a

"a", gritó Kaman. Sus gritos chirriantes, reverberando contra los techos de piedra, subieron por la escalera frontal de mármol.

Pero mientras, en los intervalos entre los gritos del director, traté infructuosamente de despertar en mí, ahora cada vez menos comprensible y completamente seco, un sentimiento de lástima por Burkevits, qué amargura contra el Kaman rojo, que me gritaba aquí. Y ya comprendiendo con alegría que esta malicia me daría la embriaguez necesaria para no deshonrarme y decir las mismas palabras que antes había querido decir, sin embargo comprendí vagamente que aunque las palabras seguirían siendo las mismas, sin embargo, bajo la influencia de un cambio de sentimientos, la razón por la que digo esas mismas palabras ha cambiado, porque antes quería decirlas por un deseo de lastimarme, ahora es únicamente para lastimar y ofender a Kaman. Y por la expresión de mi rostro y el sonido de mi voz, dando a cada palabra el significado de una colérica palmada en el hocico rojo del director, pero en ese momento, cuando ya me ahogaba de un odio feroz, fui interrumpido por el peso caliente de una mano que yacía en la parte posterior de mi cabeza. Y luego, con mi ojo desviado, vi un cofre púrpura y sobre él un martillo dorado de la cruz que descendía y subía rápidamente.

— Tú, Richard Sebastianovich, perdóname mi interferencia”, dijo el sacerdote, cuya nariz chata y cara vieja, porque lo miré con un ojo fuertemente entrecerrado, se dobló y nadó. - Caminaba hacia mí.

Habiendo dicho esto, él, abrazándome con un brazo por los hombros, moviendo sus ojos en mi dirección, luego miró al director y cerró los ojos significativamente. - Tenemos un pequeño negocio aquí, para nada un gimnasio. Caminó hacia mí.

Keyman de repente se convirtió en un zhuir de un jefe. Pero, por el amor de Dios, padre, yo no sabía nada de eso. Por favor, perdóname. - Y haciendo en mi dirección un amplio gesto de invitación, con el que en el escenario la gente hospitalaria llama a la mesa cargada de platos, Kaman, dándonos la espalda, se desabrochó el abrigo y, metiendo las manos en los bolsillos y balanceándose y arrastrando los pies como si se acercara a la dama con la que ahora bailará el vals, - se dirigió a las escaleras de mármol y, haciendo una gran reverencia, comenzó a subir.

Mientras tanto, el sacerdote me volvió hacia él y, poniendo sus manos sobre mis hombros, con este movimiento me unió a él, como por barras paralelas, de las que colgaban como banderas plegadas las anchas mangas de su sotana. Ahora estaba de pie de espaldas a Kleiman que se elevaba, pero, al ver que los ojos del padre se volvían más allá de mí hacia las escaleras, vi claramente que estaba esperando a que Kleiman subiera y se escondiera detrás de la curva de la escalera.

— Dime, - transfiriendo finalmente su mirada de la escalera a mis ojos, el padre se volvió hacia mí, - dime ahora, hijo mío. ¿Por qué querías hacerlo? - Y sus manos sobre la palabra "eso" apretaron ligeramente mis hombros. Pero, ya reconciliado y por lo tanto confundido, permanecí en silencio.

— Estás en silencio, mi niño. Bien. Permítame entonces responder por usted y decir que no lo considero aceptable para usted, mientras que su amigo, como usted piensa, se está destruyendo a sí mismo por la verdad de Cristo, para permanecer ileso, porque esta verdad es más querida para usted que la mejora de tu vida. Después de todo, ¿sí, sí?

Aunque en ese momento pensé que no era así en absoluto, y que tal suposición incluso me avergüenza, sin embargo, una mezcla compleja de cortesía y respeto por este anciano me impulsó a confirmar sus palabras con un movimiento de cabeza.

— Pero como decidiste dar ese paso —continuó—, entonces probablemente no dudaste que lo primero que haría sería quejarme, denunciar todo lo que pasó arriba. ¿No es así, hijo mío?

Aunque esta suposición estaba mucho más en línea con la verdad que la primera, la misma mezcla de cortesía y respeto me impidió hacer exactamente lo que me incitó en la primera pregunta. Y sin confirmar la corrección de sus propuestas ni con un movimiento de cabeza, ni con una expresión en mi rostro, lo miré expectante a los ojos.

— En ese caso, - dijo el sacerdote, mirándome con una especie de ojos muy abiertos como platos especiales, - en ese caso, te equivocaste, muchacho. Por lo tanto, ve con tu amigo y dile que aquí soy un cura (me apretó los hombros), pero no soy un delator, no. - Y el padre, de alguna

manera inmediatamente decrepito y envejecido, como si hubiera perdido toda decisión, la voz cada vez más apagada todavía decía: - Y a él ... que Dios sea el juez que ofendió al anciano; después de todo, tengo un hijo ... (muy en voz baja, como en secreto) - en esta guerra ... (y ya sin voz, labios susurrantes) ... asesinado ...

Ya desde el principio, cuando el sacerdote empezó a hablar, aquella cercanía a su rostro barbudo, a la que le obligaban sus manos puestas sobre mis hombros, me resultaba desagradable, y por eso me parecía que sus manos me atraían. Ahora, sin embargo, sentí como si esas manos me estuvieran alejando, tan terriblemente deseaba acercarme a él. Pero el sacerdote de repente quitó las manos de mis hombros y, enojado, apartó los ojos llenos de lágrimas y pasó rápidamente las escaleras por el pasillo.

Dos sentimientos, dos deseos estaban ahora en mí: el primero es aferrarse a la cara del padre, besarlo y suavemente romper a llorar; la segunda es correr hacia Burkevits, contarle todo y reírse con crueldad. Estos dos deseos eran como el perfume y el hedor: no se destruían el uno al otro, se enfatizaban el uno al otro. Su única diferencia era que el deseo de acurrucarme en el rostro del padre se debilitaba a medida que se alejaba de mí por el pasillo, y el deseo atormentador de soltar la buena noticia y jugar un papel heroico se intensificaba mientras subía las escaleras hasta el lugar donde dejó Burkevitsa. Y aunque sabía perfectamente que la excesiva prisa entusiasta dañaría mucho mi dignidad heroica, no pude contenerme y, tan pronto como me acerqué a Burkevits, lo vertió todo de golpe en tres palabras. Pero Burkevits evidentemente no entendió y, mirándome con una mirada distante, cansado de sufrir, como por decencia, preguntó de nuevo. Luego, con más calma y hasta con más profundidad, comencé a contarle cómo había sido. Y justo en ese momento, mientras yo estaba hablando, comenzó a suceder exactamente lo mismo con Burkevits, que ya había visto una vez, viendo el juego de dos jugadores de ajedrez. Mientras estaba en el tablero de ajedrez, uno hizo una lluvia de ideas e hizo un movimiento, el otro, sin mirar el tablero, aparentemente molesto o indignado por algo, hablaba con las personas sentadas a su lado y agitaba los brazos. Fue interrumpido diciendo que el oponente había hecho un movimiento, y se quedó en silencio y comenzó a mirar el tablero. Al principio, sus ojos aún brillaban con esa cola de pensamientos que no había terminado. Pero cuanto más miraba la pizarra, más intensos se volvían sus ojos y la atención, como el

agua en un papel secante, capturaba su rostro. Sin apartar la vista del tablero, hizo una mueca, se rascó la cabeza, luego se agarró la nariz, ahora sacando el labio inferior, levantó las cejas con sorpresa, luego mordiéndose el labio, frunció el ceño. Su rostro seguía cambiando, cambiando, flotando en algún lugar, nadando, nadando, y finalmente se calmó, puso fin a ello con su esfuerzo y sonrió con una sonrisa de socarrona animo. Y aunque no entendía nada de ajedrez, sin embargo, mirando a este hombre, supe que con su sonrisa estaba rindiendo homenaje al oponente, y que algo inesperado había sucedido en el juego, y lo más importante, algo que irresistiblemente lo impedía. de ganar cambiando, flotando en alguna parte, nadando, nadando, y por fin se calmó, puso fin a ello con su esfuerzo y sonrió con una sonrisa de socarrona animo. Y aunque no entendía nada de ajedrez, sin embargo, mirando a este hombre, supe que con su sonrisa estaba rindiendo homenaje al oponente, y que algo inesperado había sucedido en el juego, y lo más importante, algo que irresistiblemente lo impedía. de ganar cambiando, flotando en alguna parte, nadando, nadando, y por fin se calmó, puso fin a ello con su esfuerzo y sonrió con una sonrisa de socarrona animo. Y aunque no entendía nada de ajedrez, sin embargo, mirando a este hombre, supe que con su sonrisa estaba rindiendo homenaje al oponente, y que algo inesperado había sucedido en el juego, y lo más importante, algo que irresistiblemente lo impedía. de ganar

PARTE 2 SONIA

CAPÍTULO 1

Los bulevares eran como las personas: en su juventud, probablemente similares: cambiaron gradualmente según lo que deambulaba por ellos.

Había bulevares donde un estanque estaba cercado con una red de largos palos rojos cruzados, con manchas tan grasientas a lo largo de las orillas, como si hubieran echado agua en un recipiente grasiento, en cuya superficie verde flotaban nubes como el vapor de una locomotora, arrugadas. cuando alguien montaba en un bote - y allí mismo, cerca, en una caja grande pero muy baja, sin tapa ni fondo, y llena de arena roja, los niños estaban picoteando, - y las niñeras se sentaban en los bancos y tejían medias y bonnes, las madres leen libros, y la brisa -empapelado meciéndose- se mueve sobre sus rostros, sobre las rodillas y sobre los dibujos de sombras de arena del follaje.

Había bulevares ruidosos, donde sonaba música militar, y en tubos de cobre pulido, un tranvía que pasaba nadaba hacia el cielo como un lagarto rojo, donde, al son de una marcha formidable, uno se sentía un poco avergonzado cuando, contra su voluntad, como en un pozo vergonzoso, cayeron en un ritmo bélico: donde no había suficientes sillas corredizas con patas de hierro verde y con asientos hechos de placas de color amarillo brillante, los agujeros en los que dejaban pliegues pisados en el abrigo, se colocaron cerca de los bancos y cerca de la música; y donde por la noche, cuando las trompetas cantaban sobre Fausto, en la iglesia cercana las campanas comenzaban a sonar aguda y finamente tilibin, como si advirtieran que un golpe de bronce ahora estallaría con un trueno aterciopelado, desde el cual el vals de los trompetistas saldría repentinamente. ser oído insoportablemente falso.

Y había bulevares a primera vista aburridos - no siendo ellos. Allí la arena, gris como el polvo, estaba ya tan mezclada con la cáscara de la semilla que era imposible barrerla; allí, el urinario en forma de bulto elevado sobre el suelo, bajo abierto despedía un lejano y visual- olor

punzante, despilfarraron el amor con votos de dos kopeks —allí de día, ignorando el aro roto y la belleza saltando de él en mallas, en cuyo muslo de melocotón un clavo clavado sostenía esta tentación circense— la gente pasaba, no caminaba , pero rápido, como si caminara por la calle - y si alguien se sentaba en un banco polvoriento y vacío, era solo para descansar con una pesada carga, o para emborracharse con los fósforos de Lapshin, o - después de tomar un sorbo de un poco de ácido de un frasco de boticario - el dolor que comenzó a detener la vida e inmediatamente cae retorciéndose sobre tu espalda, sobre tu espalda, para que una vez más, por última vez, veas este cielo líquido de Moscú sobre ti.

Ya era verano, los exámenes finales habían terminado hace mucho tiempo, pero cada vez me costaba más hervir dentro de mí la ilusión porque por fin era un estudiante, y notablemente comencé a agobiarme aún más por la ociosidad que por la inquietud de que era una recompensa. Y sólo una o dos veces a la semana, cuando tenía unos cuantos rublos, más o menos lo suficiente para pagar el taxi y el número, salía.

Estos pocos rublos, que ascendían a cuarenta al mes, fueron muy duros para la vida de mi madre. Durante muchos años, sin sentido, anduvo con un vestido maloliente, constantemente zurcido, que se caía a pedazos, y con botas con tacones torcidos y torcidos, por lo que sus piernas hinchadas probablemente le dolían aún más, pero cuando las tuvo, me dio con alegría, yo, por el contrario, los tomé con el aire de una persona que recoge una bagatela insignificante en la caja de un banco, cuya negligencia condescendiente debería al mismo tiempo testimoniar el tamaño de su cuenta corriente. Nunca salíamos juntos. Especialmente, ni siquiera oculté el hecho de que me avergonzaba de su ropa rota (mientras ocultaba que me avergonzaba de su fea vejez), ella lo sabía, y me encontró una o dos veces en la calle, sonriendo con su amable sonrisa, como si me disculpara,

Los días que tenía dinero, pero siempre por la noche, cuando las farolas ardían aquí y allá, las tiendas estaban cerradas y los tranvías vacíos, me bajaba. Con pantalones diagonales ajustados con rayas finas que habían estado fuera de uso durante mucho tiempo, pero que se ajustaban demasiado bien a las piernas para rechazarlas, con una gorra de visera con alas caídas del ancho de los sombreros de señora, con un uniforme con un alto, doble papada golpeando, cuello de tela, empolvado como un payaso y

con los ojos vaselizados, - así caminé por los bulevares, captando la mirada de todas las mujeres que caminaban hacia mí con una rama. Nunca, como dicen, he desnudado a ninguno de ellos con mis ojos, así como nunca he experimentado la sensualidad corporalmente. Caminando en ese estado febril en que otro podría escribir poesía, yo, mirando intensamente los ojos femeninos que se acercaban, seguí esperando el mismo recíproco, mirada extendida y aterradora. Nunca me he acercado a mujeres que me respondan con una sonrisa, sabiendo que ante una mirada como la mía, sólo prostituta o virgen. En estas horas de la tarde, ni una sola exposición corporal imaginaria podría secar tan inmediatamente la garganta, hacerla temblar, como la espeluznante y enojada de esta mujer, perforando la mirada de azotes del verdugo hasta el fondo, una mirada como un toque de los genitales. Y cuando sucedió tal mirada, y tarde o temprano sucedió sin falta, inmediatamente me di la vuelta en el lugar, alcancé a la mujer que me miraba y, subiendo, apliqué el guante blanco a la visera negra.

Parecería que con la mirada con la que esta mujer y yo nos miramos a los ojos, como si hubiésemos matado a un niño juntos hace una hora, parecería que ya todo está dicho con esa mirada, todo se entiende y ahí No hay absolutamente nada más que decir. En realidad todo era mucho más complicado, y acercándome a esta mujer y diciéndole una frase cuyo sentido consistía siempre, por así decirlo, en continuar una conversación que acababa de ser interrumpida, me vi obligado a seguir hablando y hablando en silencio. para crecer y llevar el alma de nuestra relación al nivel de las palabras habladas. conectándolo con la sensualidad de nuestro primer look señal. Así, en la oscuridad del bulevar, caminábamos uno al lado del otro, hostilmente cautelosos y de alguna manera necesarios el uno para el otro, y pronuncié palabras cuyo amor parecía tanto más plausible cuanto menos verdadero era. Y cuando al fin, guiados por esa extraña certeza,

A veces sucedía que mientras alcanzaba a una mujer que acababa de atraparme y me llamaba con su mirada terrible, otra mujer, entre la multitud que venía hacia mí, también me lanzaba la misma mirada francamente tentadora y terrible. Impresionado por la indecisión y la indispensabilidad de una elección rápida, entonces me detuve, pero notando que el segundo miraba hacia atrás, se dio la vuelta y la siguió, mientras miraba hacia atrás al primero, que iba más y más en la dirección opuesta. , y de repente,

notando que ella también miró hacia atrás , comparó ambos nuevamente, sin alcanzar al segundo, nuevamente corrió en la dirección opuesta después del primero, a menudo no la encontró, que había logrado ir lejos, empujó al que se aproximaba unos, las personas que me retenían corrían en busca, y cuanto más corría, más buscaba, más sinceramente creía que ella, era ella quien me llamaba, miraba alrededor y desaparecía en esta multitud maldita - hay ese sueño y perfección, que, como todo sueño, no alcanzaré y nunca encontraré. La velada, que comenzó con un fracaso, presagiaba toda una serie de ellos. Después de un paseo de tres horas por los bulevares, después de toda una serie de fracasos, donde un fracaso provocaba otro, porque con cada nuevo rechazo perdía más y más mi astucia fogosa y paciente y me volvía grosero, con esta grosería desquitándome con cada nueva mujer. todo el insulto de mis fracasos de sus antecesoras, - yo, cansada, agotada de caminar, con las botas blancas de polvo, con la garganta reseca de rencor, no sólo no experimentaba necesidades sensuales, pero sintiéndome tan sin género, Sin embargo, - de todos modos, seguí deambulando por los bulevares, como si una amarga terquedad me mordiera, una especie de dolor caliente de un marginado injusto me retuviera, no me dejara ir a casa. Este sentimiento pesado me ha sido familiar desde la infancia. Una vez, cuando yo era todavía un niño, entró en nuestra clase de primaria un recién llegado, que era muy querido por él, pero con quien yo, que ya sufría de vergüenza por mostrar mis lados espirituales, no sabía cómo acercarme a él y cómo entablar amistad con él. a él. Y de alguna manera, durante el desayuno, cuando este chico sacó las bolsas y desenvolvió su bollo, yo, queriendo comenzar nuestra relación con una broma, me acerqué a él e hice un movimiento como si quisiera arrebatarse el desayuno. Sin embargo, para mi sorpresa, el recién llegado esquivó asustado, se sonrojó enojado y me regañó. Entonces, obligándome a seguir sonriendo, sonrojándome por esta sonrisa mía, y como salvando la dignidad de esta ya patética sonrisa, volví a hacer un movimiento, como si todavía quisiera arrebatarse su desayuno. El novato se dio la vuelta y me golpeó. Era mayor y más fuerte que yo, y me pegaba, pero más tarde, cuando me senté en un rincón lejano y resoplé y lloré, mis lágrimas eran especialmente amargas, no porque me doliera en alguna parte, sino porque me pegaron desde -por tres -rollo de kopeks, al que me acerqué no para quitármelo, sino para, con el pretexto de quitármelo, regalar mi amistad, regalar una partícula de mi alma. Como este golpeado, a menudo deambulé por estas largas noches de Moscú, y cuando

él muere como todos los demás, los bulevares se vuelven más desiertos, y en consecuencia disminuyó las exigencias que hice sobre la apariencia de la mujer que buscaba, finalmente encontré una puta lamentable que estuvo de acuerdo con todo, entonces a esta hora fría, rosada y matutina, acercándome a la puerta del hotel, ya reconciliado, no quería nada de ella, y si, sin embargo, me quedé y alquilé una habitación, entonces lo hice más por sentimientos de una especie de obligación en relación con esta mujer, que por placer para sí mismo. Sin embargo, esto puede no ser del todo cierto, porque justo en esos momentos, por fin, surgió en mí esa sensación de evidente sensualidad que, según supuse, me había guiado toda la velada. Me quedé y tomé una habitación, luego lo hice más por sentimientos de una especie de obligación en relación con esta mujer, más que por placer para sí mismo. Sin embargo, esto puede no ser del todo cierto, porque justo en esos momentos, por fin, surgió en mí esa sensación de evidente sensualidad que, según supuse, me había guiado toda la velada. Me quedé y tomé una habitación, luego lo hice más por sentimientos de una especie de obligación en relación con esta mujer, más que por placer para sí mismo. Sin embargo, esto puede no ser del todo cierto, porque justo en esos momentos, por fin, surgió en mí esa sensación de evidente sensualidad que, según supuse, me había guiado toda la velada.

CAPITULO 2

Sucedió en agosto, cuando Yag, que había regresado de Kazán, vino directamente de la estación a recogerme, me despertó, me agitó, me obligó a vestirme y me arrastró con él. Abajo lo esperaba un abrasador, pero al parecer sacado de la estación, no era el mejor. El caballo estaba cabizbajo y pequeño para un carruaje tan alto, con neumáticos de automóvil, y el carruaje mismo rodaba fuerte hacia mí, sus alas barnizadas estaban agrietadas y sus costuras reventadas de podredumbre roja. Yag vestía un traje gris claro con pliegues arrugados en las mangas - probablemente de una maleta, en un panamá blanco con una cinta tricolor - y su rostro era amarillo - con manchas rojas, como ortigas, debajo de los ojos, y en el rubio pelo de las cejas y en las comisuras de los ojos - suciedad de carreta. Seguí mirando las migas negras y húmedas de ardor en las comisuras de sus ojos, experimentando una dolorosa tentación de sacármelas con un dedo envuelto en un pañuelo. Pero Yag entendió mi punto de vista de manera diferente. Y todavía levantando la mano con el garfio de un palo puesto en la manga y deslizándose hacia abajo, e inclinando la parte delantera de su panamá, que ondulaba al viento, me sonrió con los labios inflamados. “Sigue siendo el mismo guapo”, me gritó a través del viento, “pero mientras tanto veo”, luego volvió a doblar su panamá, “veo en tus ojos”, gritó, el anhelo inmortal de la falta de dinero. Y murmurando algo al viento, al parecer, no lo exijas, o algo así, Yag, arrugando la cara y deslizándose sobre su espalda para que sea más fácil meterse en su bolsillo, sacó un tubo de cien... billetes de rublo, y, arrancando uno de ellos, arrúguelo y métalo en mi mano. “Tómalo, tómalo”, gritó enojado, impidiendo con su ira mi negativa, “tú tomas el té de un ruso, tonto, no de un europeo”. E inmediatamente comenzó a hablar de Kazan y de su padre, a quien llamaba papá, y de repente se hizo más fácil hablar,

Sin embargo, no me sentía bien. Estos cien rublos, que fueron inesperados y alegres para mí, me hicieron, sin importar cuánto me resistiera internamente a esto, humillantemente dócil en relación con Yagu. Con exagerada atención escuché la historia poco interesante de mi padre, cuidadosamente le di un lugar a Yag desde el cual, debido a un giro, siguió avanzando hacia mí, y resistiendo interiormente y al mismo tiempo

sometiéndome cada vez más a esta vil necesidad, no sólo viniendo de mi voluntad, pero sóloincluso al contrario de ella, sentí con una claridad humillante cómo perdía cada vez más esa burla independiente de Yag, ese mismo rostro mío, a quien en realidad le dio este dinero. También sentí que mi verdadero rostro estaba terriblemente cerca de mí y que me lo devolvería inmediatamente, tan pronto como me deshiciera de él, no por dinero, lo necesitaba, sino por la presencia de Yag. Pero era imposible salir, y, aprovechando alguna broma plana de Yagina, y riéndome de ella tan asquerosamente que me hubiera dado una bofetada de placer, yo, como si acabara de robarlos, puse el dinero en Mi bolsillo.

Bebieron vodka en algunosun restaurante de estilo taberna, cuyo nombre puramente ruso es Orel, estaba estampado en el letrero con letras blancas sobre un fondo amarillo que brillaba en verde. El encargado del piso sirvió el vodka en una tetera blanca, y cada vez miraba con envidia cómo Yag lo bebía de una taza de té. Se echó vodka en la boca, su garganta no tragó nada, y después de eso su rostro no solo no se arrugó, sino que siempre se volvió como si algo brillante hubiera entrado en él.

No pude hacer eso. Una quemadura de vodka húmedo, sobre todo después de un sorbo, cuando la primera bocanada, refrescando la boca y la garganta en llamas, adquiría un repugnante olor a alcohol, me resultaba sumamente repugnante. Bebí vodka porque la embriaguez era reverenciada como uno de los elementos de la carrera, y también porque le demostraba mi fuerza a alguien por alguna razón: beber más que los demás y estar más sobrio que los demás. Y aunque yo mismo ya estaba terriblemente enfermo, y tenía que ordenar cada movimiento por mí mismo, y solo entonces hacerlo con extrema concentración, sentí como una victoria agradable cuando Yag, después de muchas teteras, después de beber de una taza, de repente cerró. sus ojos comenzaron a ponerse blancos y, apoyando la cabeza en la palma de la mano, respiró de manera que se tambaleó por completo. La electricidad ya ardía en la habitación, las moscas volaban alrededor de la lámpara, cerrando el círculo,

Ya era tarde, poco antes de cerrar, acabamos todavía en un café de moda, y allí, mirándonos en los espejos nuestros rostros adormilados, caminábamos por el parquet, como sobre una plataforma oscilante: con una inclinación hacia adelante y con rapidez, cuando se elevó debajo de

nosotros, y se inclinó hacia atrás y disminuyó la velocidad cuando cayó debajo de nosotros. Y en el mismo lugar en el portero, quien, por el cambio de majestad y servilismo, parecía un noble caído en desgracia, Yag compró alcohol ilegal, y también acordó con dos camareros ir a dar un paseo primero, y luego a su casa.

Abajo, en el pasillo oscuro y sonoro, donde debíamos esperarlos, nos conocimos. Sus nombres eran Nellie y Kitty, pero Yag, cambiándolos inmediatamente a Nastyukha y Katyukha, abofeteando paternalmente a todos en la parte trasera, instándolos a entrar e irse lo antes posible. En casa de Kitty, solo pude ver su figura pequeña y delgada y, como colas de caballo de ratón, rizos de cabello pegados a sus mejillas. Tuve que viajar con Nelly, y el viaje fue agradable y ventoso. Los escasos transeúntes y las filas de farolas estaban igualmente inmóviles, y solo a cierta aproximación se apartaban de la fila común y pasaban volando. Nellie estaba sentada a su lado. Su cuello estaba notablemente torcido, pero con una sonrisa y ojos constantemente entrecerrados, a veces lograba transformar esta fealdad en coquetería. Y probablemente porque el vodka me temblaba en la cabeza, yo, libre de la necesidad de imaginar todo lo que los transeúntes pensarían de mí, la besé. Ella tenía una manera muy desagradable:

Después de los oscuros portones, sobre los cuales, a través de una linterna invisible, brillaba con un amarillento queroseno un ocho formado por dos círculos coquetamente abiertos y no contiguos, y donde los temerarios conductores saltaban y con ofendidos amenazadores pedían un aumento, Nellie y Kitty, tomados de nuestras manos, nos arrastraron por las escaleras oscuras y, después de un largo alboroto con la cerradura, lo condujeron al pasillo oscuro del apartamento de otra persona. Entonces se abrió otra puerta, y en la habitación oscura apareció una ventana que iluminaba antes de la mañana, a través de la cual caía la noche cuando se encendía la lámpara. —Solo silencio, por el amor de Dios, caballeros —suplicó Nellie, presionando su mano trabajadora con las uñas cuidadas en su garganta, mientras Kitty, empujando con cuidado el sofá a un lado y colocándose detrás de él, arrojó un pañuelo de seda rojo con flecos sobre una lámpara de pie. . “Cariño, no lo dudes, Yag gritó con toda su voz, razón por la cual las chicas, como si fueran una orden, sacaron la cabeza hacia adentro, como si estuvieran a punto de ser golpeadas. - Si la luz y los muelles del sofá están en buen estado, no habrá ruido. - Y Yag se puso de

pie y sonrió, y echando la cabeza hacia atrás, abrió los brazos a todos. Sólo cuando, finalmente, se sentaron en el sofá a la mesa, y Yag fue el primero en beber alcohol ilegal, fangoso como el agua de un pantano, se sintió mal. Inmediatamente su rostro blanco se mojó mucho, olió ruidosamente por la nariz, luego se levantó, abriendo mucho la boca, se acercó a la ventana, se acostó con el pecho en el alféizar y sacudió la espalda y comenzó a vomitar. También me sentí enfermo, tragué todo, tragué, pero nuevamente mi boca llena fluyó de inmediato. Kitty se sentó tímidamente cubriendo su rostro con sus manos, pero su ojo negro risueño me miró a través de sus dedos. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén, - Si tu luz y los resortes del sofá están en buenas condiciones, no habrá ruido. - Y Yag se puso de pie y sonrió, y echando la cabeza hacia atrás, abrió los brazos a todos. Sólo cuando, finalmente, se sentaron en el sofá a la mesa, y Yag fue el primero en beber alcohol ilegal, fangoso como el agua de un pantano, se sintió mal. Inmediatamente su rostro blanco se mojó mucho, olió ruidosamente por la nariz, luego se levantó, abriendo mucho la boca, se acercó a la ventana, se acostó con el pecho en el alféizar y sacudió la espalda y comenzó a vomitar. También me sentí enfermo, tragué todo, tragué, pero nuevamente mi boca llena fluyó de inmediato. Kitty se sentó tímidamente cubriendo su rostro con sus manos, pero su ojo negro risueño me miró a través de sus dedos. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén, - Si tu luz y los resortes del sofá están en buenas condiciones, no habrá ruido. - Y Yag se puso de pie y sonrió, y echando la cabeza hacia atrás, abrió los brazos a todos. Sólo cuando, finalmente, se sentaron en el sofá a la mesa, y Yag fue el primero en beber alcohol ilegal, fangoso como el agua de un pantano, se sintió mal. Inmediatamente su rostro blanco se mojó mucho, olió ruidosamente por la nariz, luego se levantó, abriendo mucho la boca, se acercó a la ventana, se acostó con el pecho en el alféizar y sacudió la

espalda y comenzó a vomitar. También me sentí enfermo, tragué todo, tragué, pero nuevamente mi boca llena fluyó de inmediato. Kitty se sentó tímidamente tapándose la cara con las manos, pero su ojo negro risueño me miró a través de sus dedos. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios se bajaron con desprecio, y Yag fue el primero en beber alcohol ilegal, fangoso como el agua de un pantano, se enfermó. Su cara blanca inmediatamente se mojó mucho, resopló ruidosamente por la nariz, luego se levantó, abrió mucho la boca, se acercó a la ventana y, acostándose con el pecho en el alféizar y sacudiendo la espalda, comenzó a vomitar. También me sentí enfermo, tragué todo, tragué, pero nuevamente mi boca llena fluyó de inmediato. Kitty se sentó tímidamente tapándose la cara con las manos, pero su ojo negro risueño me miró a través de sus dedos. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén, cubriendo tímidamente su rostro con sus manos, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miraba. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén, cubriendo tímidamente su rostro con sus manos, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miraba. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios se bajaron con desdén, abriendo mucho la boca, se acercó a la ventana, y acostándose con el pecho en el alféizar y sacudiendo la espalda, empezó a vomitar. También me sentí enfermo, tragué todo, tragué, pero nuevamente mi boca llena fluyó de inmediato. Kitty se sentó tímidamente tapándose la cara con las manos, pero su ojo negro risueño me miró a través de sus dedos. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén, cubriendo tímidamente su rostro con sus manos, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miraba. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén, cubriendo tímidamente su rostro con sus manos, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miraba. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios se bajaron con desdén, abriendo mucho la boca, se acercó a la ventana, y acostándose con el pecho en el alféizar y sacudiendo la espalda, empezó a vomitar. También me sentí enfermo, tragué todo, tragué, pero nuevamente mi boca llena fluyó de inmediato. Kitty se sentó tímidamente tapándose la cara con las manos, pero su ojo negro risueño me miró a través de sus dedos. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén, cubriendo tímidamente su rostro con sus manos, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miraba. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios

estaban bajadas con desdén, cubriendo tímidamente su rostro con sus manos, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miraba. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios se bajaron con desdén, y recostado con el pecho en el alféizar y sacudiendo la espalda, comenzó a vomitar. También me sentí enfermo, tragué todo, tragué, pero nuevamente mi boca llena fluyó de inmediato. Kitty se sentó tímidamente tapándose la cara con las manos, pero su ojo negro risueño me miró a través de sus dedos. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén, cubriendo tímidamente su rostro con sus manos, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miraba. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén, cubriendo tímidamente su rostro con sus manos, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miraba. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios se bajaron con desdén, y recostado con el pecho en el alféizar y sacudiendo la espalda, comenzó a vomitar. También me sentí enfermo, tragué todo, tragué, pero nuevamente mi boca llena fluyó de inmediato. Kitty se sentó tímidamente tapándose la cara con las manos, pero su ojo negro risueño me miró a través de sus dedos. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén, cubriendo tímidamente su rostro con sus manos, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miraba. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén, cubriendo tímidamente su rostro con sus manos, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miraba. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios se bajaron con desdén, pero de nuevo mi boca llena inmediatamente fluyó. Kitty se sentó tímidamente tapándose la cara con las manos, pero su ojo negro risueño me miró a través de sus dedos. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén, cubriendo tímidamente su rostro con sus manos, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miraba. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén, cubriendo tímidamente su rostro con sus manos, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miraba. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios se bajaron con desdén, pero de nuevo mi boca llena inmediatamente fluyó. Kitty se sentó tímidamente tapándose la cara con las manos, pero su ojo negro risueño me miró a través de sus dedos. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén, cubriendo tímidamente su rostro con sus manos, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miraba. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén,

cubriendo tímidamente su rostro con sus manos, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miraba. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios se bajaron con desdén, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miró. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén, cubriendo tímidamente su rostro con sus manos, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miraba. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios se bajaron con desdén, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miró. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios estaban bajadas con desdén, cubriendo tímidamente su rostro con sus manos, pero a través de sus dedos su ojo negro risueño me miraba. Nelli miró a Yag, las comisuras de sus labios se bajaron con desdén, mientras sacudía la cabeza como si sus premoniciones sobre nosotros se confirmaran por completo.

Desde la ventana, Yag regresó muy complacido y, limpiándose las lágrimas y la boca, de una manera nueva y emprendedora, se dejó caer en el sofá con nosotros. “Bueno, ahora por favor aféitate”, dijo. Y abrazando a Nellie, comenzó a estrecharla contra él. Cada vez que apartaba la cara de él con la palma de la mano, Yag, sin soltarla, volvía la cabeza y me miraba, y yo, como animándolo en algún asunto muy divertido, le sonreía alentadoramente. Para finalmente jalar a Nellie hacia él, Yag cayó cada vez más hacia ella, y finalmente, levantando en alto su pierna, que caminaba en el aire en busca de apoyo, la apoyó sobre la mesa y la empujó con fuerza.

Unos segundos después de esto, que nos pareció tan extraño, un estruendo, nos sentamos, como encadenados, escuchando y respirando fuerte. En la ventana iluminada, se podía ver cómo los gorriones se posaban en los alambres, y parecía alambre de púas. Con terribles precauciones, tratando de no hacer un solo sonido, comencé a levantar la mesa caída como si el silencio en el que la levantaría pudierareducir de alguna manera el estruendo producido por su caída. "Bueno, tal vez", comenzó Yag, pero con ojos furiosos, Nellie hizo un shhh, y Kitty le tendió la mano a modo de advertencia y continuó sosteniéndola así. Y de hecho, justo en ese momento, en algún lugar del pasillo se escuchó un golpe suave, luego un arrastrar de pies, luego se acercó y finalmente se apagó en nuestra misma puerta, cuya manija comenzó a caer lenta y amenazadoramente. Y al principio un ojo asustado me miró a través de la rendija entreabierta de la puerta, y luego la puerta se abrió de par en par e insolentemente y un pijama

de hombre con un cuello subido alrededor de la cabeza de una hermosa mujer entró en la habitación con una determinación escandalosa. Los tacones altos de sus zapatos rojos y sin talón arrastraban y repiqueteaban sobre el parquet. “Nnu”, dijo, mirando a Nellie y Kitty, como si ni Yag ni yo estuviéramos en la habitación. - Tú, veo viviendas encantadoras. Y eso es lo que tienes cada noche y será, mm? Nellie y Kitty se sentaron juntas en el sofá. Nellie, con su cuello torcido, miró con los ojos muy abiertos a la cara del orador, parpadeando y abriendo la boca. Kitty bajó la cabeza, dibujó círculos en las rodillas con el dedo, frunció el ceño y frunció los labios como si quisiera un silbido. Yag rescató a todos, y no porque ya estuviera muy borracho, sino porque, fingiendo estar muy borracho, él, por así decirlo, se excluyó de las filas de los culpables. Abriendo los brazos con tanta tensión que las rodillas le doblaron las piernas, se movió pesadamente con el estómago hacia adelante para encontrarse con el que venía y, arrastrando una canción con balidos de borracho, se interrumpió de inmediato y Kitty bajó la cabeza con alegría, dibujó círculos en sus rodillas con su dedo, frunciendo el ceño, y frunció los labios como si quisiera un silbato. Yag rescató a todos, y no porque ya estuviera muy borracho, sino porque, fingiendo estar muy borracho, él, por así decirlo, se excluyó de las filas de los culpables. Abriendo los brazos con tanta tensión que las rodillas le doblaron las piernas, se movió pesadamente con el estómago hacia adelante para encontrarse con el que venía y, arrastrando una canción con balidos de borracho, se interrumpió de inmediato y Kitty bajó la cabeza con alegría, dibujó círculos en sus rodillas con el dedo, frunciendo el ceño, y frunció los labios como si quisiera un silbato. Yag rescató a todos, y no porque ya estuviera muy borracho, sino porque, fingiendo estar muy borracho, él, por así decirlo, se excluyó de las filas de los culpables. Abriendo los brazos con tanta tensión que las rodillas le doblaron las piernas, se movió pesadamente con el estómago hacia adelante para encontrarse con el que venía y, arrastrando alguna canción con balidos de borrachos, se interrumpió de inmediato y se detuvo con alegría. Y luego tuvo lugar la siguiente conversación entre la linda dueña del apartamento y yo:

Ella. Tu amigo canta muy bien. ¿Por qué cierra los ojos?

Ah, pero sí: para no ver cómo cierro los oídos. I. Wit le da a la imagen de una mujer lo mismo que un hombre le da a su figura: enfatiza los encantos y

defectos que ella tiene.

Ella. Me temo que solo por mi disfraz aprecias mi ingenio.

I. Es por cortesía. Sería una pena juzgar tu figura por tu ingenio.

Ella. Su cortesía podría haber sido preferida a la galantería.

I. Gracias.

Ella. ¿Para qué?

I. La cortesía es inútil. La galantería es sexy. Ella. En ese caso, me apresuro a asegurarle que no es mi intención esperar de usted galantería. Sí, sin embargo, y dónde a usted. Para alguien galante, una mujer huele a rosa, pero para gente como tú, hasta una rosa huele a mujer. Y te pregunto, ni siquiera sabes realmente lo que es una mujer. I. ¿Qué es una mujer? No, por qué no, lo sé. Mujer, es como el champán: embriaga más cuando está frío, y en envase francés cuesta más. Agitando los pantalones y aplastando los tacones, se acercó a mí. “Si su definición es correcta”, dijo en voz baja, mirando a Nellie y Kitty expresivamente, “entonces tengo derecho a decir que su bodega deja mucho que desear”. Sintiendo el tímido deleite del ganador, bajé la cabeza y me quedé en silencio. “Sin embargo, —añadió apresuradamente y casi en un susurro—, tal vez algún día podamos continuar con esta espinosa conversación. Mi nombre es Sonya Mentas. - Y bajando la cabeza, como si me mirara a la cara, mientras yo me inclinaba, besaba respetuosamente la mano que me daba, dijo con sorpresa animándose oo. - e hizo un hocico de zorro, lo que hizo que sus ojos terriblemente azules parecieran chinos oblicuos. E inmediatamente, solo ella, esta vez dirigiéndose completamente a mí y a Yag, como si ni Nellie ni Kitty estuvieran en la habitación, nos dijo que no tiene nada en contra de que nos quedemos aquí, y solo pide estar más tranquila, tan pronto como dijo todo. esto, ella salió y cerró la puerta detrás de ella, como de inmediato, como por acuerdo tácito, o en la mismidad de nuestros sentimientos, - Yag encontró su panamá y un palo, tomé mi gorra y comenzamos a despedirnos. Y fue así: mientras Nellie y Kitty nos escoltaban por el pasillo, una especie de disgusto, una especie de temor de que allí, en el departamento, escucharan una palabra íntima dicha entre nosotras y que me conectara con estas chicas - me empujó a alejarme de ellas como cuanto antes, sin

tocarlos, sin hablarles. , sepárate de ellos; pero cuando, habiendo bajado las escaleras, salí al patio, de repente sentí lástima por estas Nellie y Kitty, de alguna manera sentí una buena lástima por estas niñas, como si alguien, incluido yo mismo, las hubiera ofendido amarga e inmerecidamente. separarse de ellos; pero cuando, habiendo bajado las escaleras, salí al patio, de repente sentí lástima por estas Nellie y Kitty, de alguna manera sentí una buena lástima por estas niñas, como si alguien, incluido yo mismo, las hubiera ofendido amarga e inmerecidamente. separarse de ellos; pero cuando, habiendo bajado las escaleras, salí al patio, de repente sentí lástima por estas Nellie y Kitty, de alguna manera sentí una buena lástima por estas niñas, como si alguien, incluido yo mismo, las hubiera ofendido amarga e inmerecidamente.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 3

A la mañana siguiente me desperté, o más bien me acababan de despertar. una sensación de angustia cortante, cuya alegría intensa era muy inusual para mí en el caparazón de un fuerte dolor de cabeza, una pequeña sequedad en la boca y la habitual serie de pinchazos en el corazón después del vodka, como si una aguja hubiera sido cosida allí. Todavía era temprano. La niñera pisaba fuerte por el pasillo y susurraba psch, psch, psch, psch, y que atribuía a la persona con quien discutía - al parecer estaba tan indignada que deteniéndose en mi misma puerta exclamó: - mira, tú, como si no fuera así. Me acosté de costado, me acurruqué y suspiré -dicen que me cuesta- mientras estaba tan glorioso y tan gozoso- y fingí que quería dormirme, sabiendo perfectamente que en tan gozosa inquietud no sólo caería dormido, pero también acostado es absolutamente imposible. Desde la cocina se hizo audible cómo un chorro chirriaba secamente desde el suministro de agua abierto, que, desde la sartén colocada debajo, se convirtió en un estruendo resonante y tonalmente creciente. Y había algo tan excitante en estos sonidos que, en la necesidad de liberar mi exceso de alegrías, me levanté y, moviendo la aguja cosida en mi corazón y vertiendo un dolor sordo venenoso por la coronilla, grité a los enfermera con todas mis fuerzas. Las cañerías se detuvieron de inmediato, pero el golpeteo de los zapatos no se oía en absoluto, por lo que de repente y sin hacer ruido, como por el aire, la enfermera entró por la puerta. Sin embargo, incluso sin mirar, sabía sin lugar a dudas qué causaba este silencio de sus pasos. pero el golpeteo de los zapatos no se oía en absoluto, por lo que de repente y sin hacer ruido, como por el aire, la enfermera entró por la puerta. Sin embargo, incluso sin mirar, sabía sin lugar a dudas lo que causaba este silencio de sus pasos. pero el golpeteo de los zapatos no se oía en absoluto, por lo que de repente y sin hacer ruido, como por el aire, la enfermera entró por la puerta. Sin embargo, incluso sin mirar, sabía sin lugar a dudas qué causaba este silencio de sus pasos. Qué pasa, Vadichka, - dijo, - ni la luz ni el amanecer, gritas así. Sólo despierta a la dama. Su carita de sesenta años, diminuta, del color de una hoja otoñal, estaba nublada y preocupada. Eres una maldita muñequita, ahora andas con botas de fieltro en verano —le pregunté, y sin levantar la cabeza escuché el dolor sordo estremecerse entre la nuca y la

almohada. "Me duelen mucho las piernas, Vadichka", dijo suplicante, y luego, inmediatamente, con seriedad: "¿Es por eso que me llamaste?" y la enfermera, moviendo la cabeza con reproche y tapándose la boca con la mano, me miró con ojos risueños y amorosos. —Sí, sí —dije, tratando de engañarla con la soñolienta calma de mi voz—, sólo después, y entonces y allí, saltó furiosamente de la cama y, encorvado, como un asesino antes de un salto, tirando hacia atrás sus brazos, como si fueran puñales, y con los pies descalzos pisando fuerte, imitando la persecución de la niñera que corría, ya asustada, gritó salvajemente: - anda, ey, te alcanzo, buf, sal de aquí.

Esto, sin embargo, no puso fin en lo más mínimo a la actuación que hice esta mañana frente a los ojos azules de Sonya Mintz, que imaginé. Todo lo que hice esa mañana, no lo hice como lo hago habitualmente, sino exactamente como si esta Sonya realmente me mirara y me siguiera con admiración. (Atribuí su admiración precisamente al cambio que distinguía mis acciones de hoy de las habituales.) Así que, sacando del armario mi única y limpia camisa de seda, la examiné, la tiré al suelo sólo porque la costura del hombro ligeramente separados, y luego caminé sobre él con mis pies, como si tuviera una docena entera de ellos. Afeitándose y cortándose, continuó raspando el lugar del corte, como si no me doliera en absoluto. Cambiándose y quitándose la ropa interior, sacó el pecho lo máximo posible y metió el estómago, como si realmente tuviera una figura tan maravillosa. Habiendo probado el café lo dejé a un lado con mimos caprichosos, aunque estaba delicioso y tenía ganas de beberlo. Involuntariamente esta mañana, y por primera vez, me encontré con esta asombrosa e invencible confianza de que tal como soy realmente, no puedo enamorarme de la persona que amo.

Cuando, palpando cuidadosamente el billete de cien rublos de Yahov en mi bolsillo, salí a la calle, eran alrededor de las once. No había sol, el cielo estaba bajo y de un blanco quebradizo, pero era imposible mirar hacia arriba: los ojos estaban llorosos. Estaba cargado y lleno de vapor. Mi ansiedad se intensificó. Poseía todos mis sentidos e incluso se sentía dolorosamente en la parte superior del estómago, como si se estuviera deteriorando. De camino a la floristería, pasando por un hotel de moda y caro, por alguna razón decidí pasar por allí. Empujando el carrusel de cuatro hojas de la puerta, en el espejo del que temblaba la casa vecina, entré y crucé el vestíbulo. Pero el café estaba tan desierto, estos olores a humo de

cigarro, manteles de almidón, miel, cuero de silla y café olían a tal ansiedad de viaje que, sintiendo que no podría sentarme aquí ni por un minuto, Fingí buscar a alguien, salí de nuevo a la calle. .

No sabía exactamente cuándo había surgido en mí la decisión de enviarle flores a Sonia. Solo sentí que el volumen de esta decisión aumentó a medida que me acercaba a la floristería: al principio imaginé que le enviaría una canasta por diez rublos, luego por veinte rublos, luego por cuarenta, y desde entonces, a medida que aumentaba el número de flores , el asombro alegre de Sonya creció; luego, ya cerca de la tienda, me sentí fortalecido por la necesidad de gastar todos los cien rublos que tenía en flores. Al pasar junto a la ventana de flores, en la que las flores estaban arrugadas con manchas manchadas de lágrimas, el agua corría por el cristal desde el interior, crucé el umbral. E inhalando el crepúsculo húmedo y fragante, de repente entrecerró los ojos mentalmente por un golpe interno y terrible: Sonya estaba parada en la tienda.

Llevaba una gorra vieja, todavía de secundaria, con una banda descolorida y una visera rota, pantalones con las rodillas rotas, me temblaban mucho las piernas y sudaba como si estuviera en llamas. Pero era imposible irse: la vendedora se paró frente a mí y preguntó si Monsieur quería una canasta o un ramo, y ya había logrado señalar con la mano una docena de flores diferentes, familiares para mí de vista, pero para cuyos nombres en su mayoría no conocía, y luego enumeré una docena de nombres, la mayoría de los cuales no sabía cómo eran.

Justo ahora, Sonya se dio la vuelta y, sonriendo con calma, caminó hacia mí. Llevaba un traje gris, un manojo de violetas de tela estaba mal prendido y arrugado en el costado, sus zapatos no tenían tacones y caminaba poco femenina dándose la vuelta a los calcetines. Solo cuando pasó junto a mí hacia la caja registradora detrás de mí, finalmente me di cuenta de que no me estaba sonriendo en absoluto, y no en absoluto por lo que vio, sino por lo que estaba pensando. Y luego, detrás de mí, su voz, algo especial, con un chasquido, que no pude recordar en toda la mañana, le dijo al empleado que abrió la puerta frente a ella: por favor envíe flores ahora mismo, de lo contrario, este señor puede irse. y será muy molesto. Gracias, y ella se fue.

Cuando, de camino a casa, seguí buscando un lugar donde tirar estos, por decencia, compré algunos claveles, ya sabía que Sonya estaba acabada para siempre.

Por supuesto, entendí perfectamente bien que no había absolutamente nada entre Sonya y yo todavía, que todo eso no había sido en las relaciones con ella, sino solo en mí mismo, que Sonya obviamente no podía saber acerca de estos sentimientos míos, y que aparentemente Me veré obligado a transmitir y despertar de alguna manera mis sentimientos en Sonya. Pero fue precisamente esta conciencia de la necesidad de alcanzar el amor de Sonya, esta necesidad de exponer, convencer, persuadir a un ser ajeno a mí, todo esto con perfecta sinceridad me dijo que todo había terminado con Sonya. Tal vez realmente haya alguna mentira desagradable en el cortejo, alguna hostilidad cautelosa cubierta de azúcar con sonrisas. Pero ahora lo sentí con especial intensidad, y cierta amargura ofendida me alejó de la Sonia viva, en cuanto comencé a pensar en la necesidad de lograr su amor. Bueno, no pude inocencia, mientras que con perfecta facilidad haría esto en relación con cualquier otra mujer a la que sería indiferente. En esos breves minutos, me convencí realmente por primera vez de que incluso en el hombrecito más desagradable existen tales sentimientos, tales sentimientos irreconciliablemente orgullosos y exigentes de reciprocidad incondicional, para los cuales el sufrimiento de la amarga soledad es más caro que las alegrías del éxito alcanzado por la humillante mediación de la razón.

¿Y qué es este Sr.a quien le manda flores, pensé, y estaba tan cansada que me entraron ganas de acostarme ahí mismo en la escalera. Señor. Señor. Que es esta palabra. Barin: sí, esto es comprensible y convincente. Y el caballero es algo, esto es una especie de baratija. Abrí la puerta, caminé por el pasillo de nuestro pobre departamento y, con la esperanza de acostarme en el sofá lo antes posible, fui a mi habitación. Ya lo habían arreglado, pero estaba polvoriento, liviano y miserable para el verano. Y sobre el escritorio había un paquete panzudo hecho de papel de seda blanco y sujeto en la costura con alfileres. Estas eran las flores de Sonya, con una nota y una solicitud para encontrarnos esta noche.

CAPÍTULO 4

Al anochecer había dejado de llover, pero las aceras y el asfalto aún estaban mojados, y los faroles brillaban en ellos como en lagos negros. Los candelabros gigantes a los lados del granito Gogol tarareaban suavemente. Sin embargo, sus bolas de leche, en un marco de malla, colgando de las torres de estos mástiles de hierro fundido, no brillaban bien hacia abajo, y solo aquí y allá, en montones negros de follaje húmedo, brillaban sus monedas de oro. Y cuando pasamos, una gota de lluvia cayó de una nariz afilada de piedra, prendió la luz de una lámpara en su caída, se iluminó de azul y se apagó de inmediato. "¿Viste?" preguntó Sonya. - Sí. Ciertamente. He visto.

Lenta y silenciosamente, caminamos y giramos en un callejón. En el silencio húmedo, podíamos escuchar el piano tocando en alguna parte, pero, como suele ser el caso desde el lado de la calle, algunos de los sonidos fueron arrancados, solo los más resonantes nos alcanzaron y golpearon contra las piedras tan penetrantemente. como si estuvieran golpeando con un martillo en la habitación. llamar. Apenas debajo de la ventana entraron los sonidos de la caída: era un tango. "¿Te encanta este género español?" preguntó Sonia. Al azar, respondí que no, que no me gusta, que prefiero el ruso. - ¿Por qué? "No sabía por qué", dijo Sonya: los españoles siempre cantan sobre la pasión anhelante, y los rusos sobre el anhelo apasionado, tal vez por eso, ¿eh? - Si seguro. Sí, así es... Sonya —dijo, con una dulce dificultad para superar su tranquilo nombre.

Dimos la vuelta a la esquina. Aquí estaba más oscuro. Sólo una ventana inferior estaba muy iluminada. Y debajo, sobre adoquines húmedos y redondos, brillaba un cuadrado, como si hubiera una bandeja de albaricoques en el suelo. Sonya dijo - ah - y dejó caer su bolso. Inclinéme rápidamente, tomé mi bolso, saqué un pañuelo y comencé a secarlo. Sonya, sin mirar lo que estaba haciendo, pero mirándome intensamente a los ojos, estiró la mano, me quitó la gorra y con cuidado, como un gato vivo, sosteniéndola en su brazo doblado, la acarició con la punta de los dedos. Tal vez por eso, o tal vez también porque ella seguía mirándome a los ojos - Yo (bolso en una mano, pañuelo en la otra), con un miedo cruel de desmayarme, me acerqué a ella y la abracé. . "Sí", dijo ella

con los ojos cansados y cerrados. Me incliné y toqué sus labios. Y tal vez solo así, iconos tocados. "Cariño", dijo Sonya lastimeramente, empujando los labios hacia atrás y moviéndolos de nuevo, "bebé, querida, me amas, sí, dime". Intensamente busqué en mí estas palabras que necesitaba, estas maravillosas, estas mágicas palabras de amor, palabras que le diría, que debo decirle inmediatamente. Pero yo no tenía esas palabras. Como si en mi experiencia amorosa estuviera convencido de que aquel en quien este amor se ha ido a la memoria puede hablar bellamente sobre el amor, que aquel en quien despertó la sensualidad puede hablar convincentemente sobre el amor, y que debe callar completamente sobre el amor. , a quien golpeó el corazón.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 5

Pasaron dos semanas, y durante ellas mi sentimiento de felicidad se hizo cada día más inquieto y febril, con una mezcla de esa ansiedad histérica, probablemente inherente a toda felicidad, que se funde demasiado densamente en pocos días, en lugar de esparcirse fina y tranquilamente. A través de los años. . Doblé todo.

El sentido del tiempo se duplicó. Comenzaría la mañana, luego una reunión con Sonya, el almuerzo en algún lugar fuera de la casa, un viaje fuera de la ciudad, y ahora era de noche, y el día era como una piedra caída. Pero fue suficiente para abrir los ojos de los recuerdos, e inmediatamente estos pocos días, tan cargados de impresiones, adquirieron la duración de meses.

La fuerza de la atracción por Sonya se duplicó. Estar en presencia de Sonya en un incesante e intenso deseo de complacerla y en un constante y cruel temor de que se aburriera de mí - al caer la noche siempre estaba tan atormentado que suspiré de alivio cuando Sonya finalmente salió por la puerta de su casa y yo estaba dejado solo . Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de llegar a la casa, mi añoranza por Sonya nuevamente comenzó a picar en mí, no comía ni dormía, me volvía más febril, cuanto más se acercaba el minuto de un nuevo encuentro, de modo que después de la mitad. una hora de estar junto a Sonya, nuevamente me atormentaban los intentos de ser entretenido y me sentía aliviado cuando me quedaba solo.

El sentimiento de la totalidad de mi apariencia interior se duplicó. Mi cercanía con Sonya se limitaba a besos, pero estos besos sólo evocaban en mí esa ternura sollozante, como sucede cuando se separan en la estación, cuando se separan por mucho tiempo, tal vez para siempre. Tales besos actúan demasiado sobre el corazón para actuar sobre el cuerpo. Y estos besos, siendo como un tronco sobre el que creció mi relación con Sonya, me obligaron a convertirme en un chico soñador y hasta ingenuo. Era como si Sonya hubiera logrado revivir esos sentimientos míos que hacía tiempo que habían dejado de respirar en mí, que por lo tanto eran más jóvenes que yo, y que, en su juventud, pureza e ingenuidad, no correspondían en absoluto a mi sucio experiencia. Así era yo con Sonya, ya los pocos días

creí que realmente soy tal que nada ni nadie más puede ser en mí. Sin embargo, después de dos o tres días, En los últimos días, ya me he visto varias veces en compañía de Sonya: cuando vi a Takadzhiev desde la distancia, de repente sentí una extraña conciencia frente a él y una necesidad indispensable de justificarme. Probablemente, exactamente la misma conciencia debe sentir un ladrón que abandonó su oficio bajo la influencia de una familia trabajadora en la que se instaló, y que ahora, habiendo conocido a su antiguo camarada ladrón, se avergonzará ante él de no haberlo hecho todavía. robado a sus benefactores. Y después del juramento de salutación, le dije que mis frecuentes encuentros con esta mujer (esta es Sonya) se explican únicamente por necesidades eróticas, que ella es asombrosamente capaz de excitar y satisfacer. Mi dualidad, mi dualidad, a la vez, consistía no tanto en las mentiras que decían mis labios, sino en la veracidad

Los sentimientos por las personas que me rodean se duplicaron. Bajo la influencia de mis sentimientos por Sonya, me volví, en comparación con lo que era antes, extremadamente amable. Di generosamente limosnas (más generosamente cuando estaba solo que en presencia de Sonya), constantemente tonteaba con la niñera y, de alguna manera, regresando tarde en la noche, defendí a una prostituta ofendida por un transeúnte. Pero esta nueva actitud hacia las personas para mí, este, como dicen, un gozoso deseo de abrazar al mundo entero, inmediatamente reveló un deseo de destruir este mismo mundo, tan pronto como alguien, al menos indirectamente, tuvo que oponerse a mi cercanía y mi sentimientos por Sonya.

Una semana después, se gastaron los cien rublos que me dio Yag. Solo quedaban unos pocos rublos, con los que ya no podía encontrarme con Sonya, porque ese día acordamos cenar juntos y luego ir a quedarnos hasta la noche en Sokolniki.

Después de beber mi café de la mañana, tragarlo con disgusto por esa saciedad excitada que llegaba a los calambres en mi estómago - todo por el pensamiento de - qué pasará, y cómo, con esta falta de dinero, podré gastar todos estos días con Sonya - Fui a la habitación de mi madre y dije que necesitaba dinero. Mamá estaba sentada junto a la ventana en un sillón, y ese día se veía especialmente amarilla. Sobre sus rodillas yacían hilos

multicolores enredados y algún tipo de bordado, pero sus manos yacían como si estuvieran abandonadas, y sus ojos viejos y descoloridos miraban hacia la esquina con una pesada inmovilidad. “Necesito dinero”, repetí, extendiendo los dedos como un pato, porque mi madre no se movió, “Necesito dinero e inmediatamente. Con visible dificultad, la madre levantó levemente las manos y, sumisa y desesperada, las dejó caer. “Bueno, entonces”, dije, “si no hay dinero,

(Este broche era para la madre, por así decirlo, un recuerdo sagrado y único objetivo de su padre.) Todavía sin responder y todavía mirando fijamente al frente, la madre, con mano muy temblorosa, rebuscó en el seno de su viejo blusa y sacó un recibo de la casa de empeño de color canario. "Pero necesito dinero", grité entre lágrimas de desesperación ante la mera idea de que Sonya ya me estaba esperando y no podría ir a ella, "Necesito dinero y venderé el apartamento, cometeré un crimen para conseguirlo. Al pasar rápidamente por nuestro pequeño comedor y salir corriendo al pasillo sin saber por qué, me topé con la niñera. Ella escuchó. "Todavía te falta, viejo diablo", le dije, empujándola fuerte y queriendo pasar. Pero la enfermera, temblando de coraje, tomando mi mano como para un beso, refrenándose y mirándose con esa mirada insistente y suplicante con la que siempre miraba el ícono, susurró: “Vadya, no ofendas a la señora. Vadya, no acabes con ella; ella se sienta allí, sin vida. Hoy es el día en que murió tu padre. - Y mirándome ya no a los ojos, sino a la barbilla, tal vez puedas quitármelo. ¿A? Tómallo, hazme un favor. Tómallo por Cristo. Tómallo - a. Tómallo, no juzgues. - Y la enfermera entró rápidamente en la cocina y un minuto después me trajo un paquete de diez rublos. Yo sabía que ella había ahorrado este dinero por muchos años de duro trabajo, que lo estaba ahorrando para contribuir a la casa de beneficencia, para que en su vejez, cuando ya no tuviera fuerzas para trabajar, tuviera su propio rincón, y de todos modos lo tomé. Y mientras me entregaba este dinero, la enfermera no dejaba de olfatear y parpadear, y se avergonzaba de mostrar sus lágrimas de amor felices, luminosas y sacrificiales. ella susurró: “Vadya, no ofendas a la señora. Vadya, no acabes con ella; ella se sienta allí, sin vida. Hoy es el día en que murió tu padre. - Y mirándome ya no a los ojos, sino a la barbilla, tal vez puedas quitármelo. ¿A? Tómallo, hazme un favor. Tómallo por Cristo. Tómallo - a. Tómallo, no juzgues. - Y la enfermera entró rápidamente en la cocina y un minuto después me trajo un paquete de diez rublos. Yo sabía

que ella había ahorrado este dinero por muchos años de duro trabajo, que lo estaba ahorrando para contribuir a la casa de beneficencia, para que en su vejez, cuando ya no tuviera fuerzas para trabajar, tuviera su propio rincón, y de todos modos lo tomé. Y mientras me entregaba este dinero, la enfermera no dejaba de olfatear y parpadear, y se avergonzaba de mostrar sus lágrimas de amor felices, luminosas y sacrificiales. ella susurró: “Vadya, no ofendas a la señora. Vadya, no acabes con ella; ella se sienta allí, sin vida. Hoy es el día en que murió tu padre. - Y mirándome ya no a los ojos, sino a la barbilla, tal vez puedas quitármelo. ¿A? Tómallo, hazme un favor. Tómallo por Cristo. Tómallo - a. Tómallo, no juzgues. - Y la enfermera entró rápidamente en la cocina y un minuto después me trajo un paquete de diez rublos. Yo sabía que ella había ahorrado este dinero por muchos años de duro trabajo, que lo estaba ahorrando para contribuir a la casa de beneficencia, para que en su vejez, cuando ya no tuviera fuerzas para trabajar, tuviera su propio rincón, y de todos modos lo tomé. Y mientras me entregaba este dinero, la enfermera no dejaba de olfatear y parpadear, y se avergonzaba de mostrar sus lágrimas de amor felices, luminosas y sacrificiales. tal vez puedas quitármelo. ¿A? Tómallo, hazme un favor. Tómallo por Cristo. Tómallo - a. Tómallo, no juzgues. - Y la enfermera entró rápidamente en la cocina y un minuto después me trajo un paquete de diez rublos. Yo sabía que ella había ahorrado este dinero por muchos años de duro trabajo, que lo estaba ahorrando para contribuir a la casa de beneficencia, para que en su vejez, cuando ya no tuviera fuerzas para trabajar, tuviera su propio rincón, y de todos modos lo tomé. Y mientras me entregaba este dinero, la enfermera seguía olfateando y parpadear, y estaba avergonzada de mostrar sus lágrimas de amor felices, brillantes y sacrificadas. tal vez puedas quitármelo. ¿A? Tómallo, hazme un favor. Tómallo por Cristo. Tómallo - a. Tómallo, no juez - Y la enfermera entró rápidamente en la cocina y un minuto después me trajo un paquete de diez rublos. Yo sabía que ella había ahorrado este dinero por muchos años de duro trabajo, que lo estaba ahorrando para contribuir a la casa de beneficencia, para que en su vejez, cuando ya no tuviera fuerzas para trabajar, tuviera su propio rincón, y de todos modos lo tomé. Y mientras me entregaba este dinero, la enfermera seguía olfateando y parpadear, y estaba avergonzada de mostrar sus lágrimas de amor felices, brillantes y sacrificadas. cuando ya no tiene fuerzas para trabajar, para tener su propio rincón, - y de todos modos los tomó. Y mientras me entregaba este dinero,

la enfermera seguía olfateando y parpadeando, y estaba avergonzada de mostrar sus lágrimas de amor felices, brillantes y sacrificadas. cuando ya no tenga fuerzas para trabajar, para tener su propio rincón, - y de todos modos se los llevó. Y mientras me entregaba este dinero, la enfermera seguía olfateando y parpadeando, y estaba avergonzada de mostrar sus lágrimas de amor felices, brillantes y sacrificadas.

Dos días más tarde, sucedió que, mientras conducíamos con Sonya por los bulevares (estábamos conduciendo fuera de la ciudad), Sonya necesitaba llamar a su casa por teléfono. Habiendo detenido el abrasador, estaba en la plaza cerca de nuestra casa, Sonya me pidió que la esperara afuera. Bajé del carruaje, caminando esperando a Sonya, llegué a la esquina, cuando de repente alguien me tocó la mano. Mire hacia atrás. fue la madre Iba sin sombrero, su cabello gris estaba esponjado, vestía una bata de enfermera de algodón y en su mano sostenía una bolsa de cuerda para provisiones. Me acarició el hombro suplicante y temerosa. “Yo, chico, tengo algo de dinero, si me quieres. "Anda, anda", la interrumpí con una ansiedad terrible de que Sonya saliera y viera y adivinara que esa terrible anciana era mi madre. “Vete, te digo, para que tu espíritu no esté aquí, ” repetí, no teniendo la oportunidad aquí en la calle de ahuyentarla por el poder de su voz y por eso la llamé “tú”. Y cuando, habiendo regresado al abrasador, ayudé a Sonya, que había salido de inmediato, luego mirándola a los ojos azules, con recelo. entrecerrando los ojos por el sol que pegaba en las alas lacadas del carruaje, estaba ya tan feliz que miraba sin estremecerme la cabeza gris, la chaqueta acolchada y los pies hinchados con zapatos gastados, que caminaban con dificultad. al otro lado de la acera.

A la mañana siguiente, caminando por el pasillo hacia el lavabo, me encontré con mi madre. Sintiendo pena por ella y sin saber qué decirle sobre ayer, me detuve y acaricié su mejilla fofa con mi mano. Contrariamente a mis expectativas, mi madre no me sonrió y no estaba encantada, su rostro de repente se arrugó lastimosamente, y una gran cantidad de lágrimas corrieron de inmediato por sus mejillas, que (por alguna razón me pareció) deberían estar calientes, como agua hirviendo. Parecía que ella estaba tratando de decir algo, y tal vez incluso lo hubiera dicho, pero ya consideré que todo estaba arreglado, tenía miedo de llegar tarde y rápidamente seguí adelante.

Tales eran mis actitudes hacia las personas, tal era esta dualidad - por un lado, el deseo amoroso de abrazar al mundo entero, hacer felices a las personas y amarlas, - por el otro, el desperdicio desvergonzado de los centavos de trabajo del anciano y la inmensa crueldad. a la madre Y lo que era especialmente extraño aquí era que esta desvergüenza y crueldad no contradecían en lo más mínimo estos impulsos amorosos míos de abrazar y amar a todo el mundo viviente -como si el fortalecimiento en mí de buenos sentimientos tan inusuales para mí- al mismo tiempo me ayudó a cometer crueldades, de las cuales (si no tuviera estos buenos sentimientos) - no me consideraría capaz.

Pero de todas estas muchas divisiones, la más claramente definida y agudamente tangible, fue en mí la división de los principios espiritual y sensual.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 6

De alguna manera, ya era tarde en la noche, despedir a Sonya, regresar a casa por los bulevares y cruzar la plaza brillantemente iluminada y, por lo tanto, aún más desierta, rodeé a los que estaban sentados en el banco externo Estación de prostitutas. Como siempre, de sus ofertas y coqueteos con los que me llamaban mientras pasaba - sentí el orgullo ofendido del varón, en el que, por este solo coqueteo, era como negado la posibilidad de obtener gratis de otras mujeres. lo mismo que me ofrecieron comprar por dinero. A pesar de que las prostitutas de Tverskaya a veces tenían una apariencia mucho más atractiva que aquellas mujeres a las que seguía y que encontraba en los bulevares, a pesar de que iba Con una prostituta no habría costado más dinero, que el peligro de enfermedad era igualmente grande, y que, finalmente, habiendo tomado una prostituta, me deshice de ella. de muchas horas de caminata, búsqueda y rechazos ofensivos, a pesar de todo esto, nunca fui a las prostitutas.

No fui a prostitutas porque no quería tanto adulterio legitimado por un trato verbal, tanto como una lucha secreta y viciosa, con sus logros, con su victoria, donde el vencedor, según me parecía, era yo mismo, mi cuerpo, unos ojos que eran míos y sólo podían sea mío, y no esos pocos rublos que muchos podrían tener. Todavía no fui a las prostitutas porque la prostituta, habiendo tomado el dinero por adelantado, se entregó a mí, mientras cumplía con cierta obligación, lo hizo a la fuerza, tal vez incluso (como me imaginé a mí mismo), mientras apretaba los dientes con impaciencia, deseando sólo una cosa, que hiciera mi trabajo lo antes posible, y me fuera, y que debido a esta impaciencia hostil de ella, no un cómplice inflamado, sino un contemplador aburrido estaba acostado conmigo en la cama. Mi sensualidad era, por así decirlo, una repetición de aquellos sentimientos que experimentaba una mujer hacia mí.

No tuve tiempo de recorrer ni la mitad del corto bulevar cuando escuché que alguien me adelantaba con pasos pequeños y apresurados y respirando con dificultad. "Wow, realmente me puse al día", dijo la voz con una desagradable alegría profesional. Miré a mi alrededor, vi una luz amarilla y en ella una mujer que corría hacia mí. Me hice a un lado, pero

ella se volvió bruscamente hacia mí, chocó conmigo y me abrazó. E inmediatamente ella se pegó de cerca ayo y un cuerpo muy cálido me empujó hacia el bajo vientre, sus labios se movieron, apretaron, abrieron y soltaron una lengua húmeda, fría y crispada en mi boca. Experimentando ese sentimiento propio de un momento así, cuando parece que toda la tierra se ha derrumbado y sólo queda el trozo sobre el que estás parado - yo, probablemente, para no caerme, para agarrarme, también la abracé. Y entonces todo fue terriblemente simple.

Primero, el taxi, que se estremeció y pareció no moverse, porque involuntariamente vi un trozo de cielo estrellado, mientras en dichosa crueldad le desgarraba los labios. Luego un portón, ya un lado, en la punta de un atizador clavado en la casa, colgaba una bota de oro, y el portón mismo era de madera y macizo, en el cual se abría la puerta, como en un reloj de cuco. Luego un corredor, yeso desconchado con marañas de madera expuestas, y una puerta de hule con bordes de polvo en los huecos de clavos firmemente clavados en el hule. Luego el armario sofocante, una lámpara de queroseno, y encima, en el techo negro, una brillante mota de luz, como si fuera del sol a través de un cristal agrandado. Y un manto de retazos de colores, húmedos y pesados, como de arena, y unos pechos de mujer perezosos hacia un lado con un pezón castaño hinchado y bultos blancos alrededor. Y finalmente, para y para todo,

Cuando me fui, ya era de mañana. Una chimenea de una casa vecina desprendía un calor transparente en el que se estremecía un trozo de cielo. Las calles estaban vacías, luminosas y sin sol. No había tranvías. Sólo el vigilante del bulevar, con cinturón de gimnasio, barba gris y gorra con banda verde, barría el bulevar. Levantando una pesada nube de polvo arenoso que caía de inmediato, me pisó lentamente, como una brújula, en la que él mismo era el lado fortificado, y la escoba en el palo más largo era el otro, conduciendo semicírculos entre los céspedes. En la arena, de las duras varillas de su escoba, había una hilera interminable de rasguños.

Caminé y me sentí tan asombrosamente bien, tan limpio, como si me hubieran lavado las entrañas. En la torre rosa del monasterio, las agujas doradas de la aburrida esfera negra marcaban un minuto para las seis y cuarto. Cuando, habiendo cruzado la plaza, entré en la sombra húmeda del bulevar, entonces, al otro lado de la torre, en la misma esfera negra, los

mismos rayos dorados mostraban exactamente una moneda de veinticinco centavos. Y enseguida se oyeron unos ruidos tenues, y tan dispersos, como si una gallina anduviese sobre un arpa.

Siete horas más tarde tenía que encontrarme con Sonya, y de repente sentí alegría e impaciencia por volver a verla con una fuerza tan fresca y descansada que supe que ya no podría conciliar el sueño. "Esto es traición", me dije a mí mismo, recordando la noche, pero no importa cuán sincera y persistentemente traté de unir esta palabra insidiosa al menos a algunos de los sentimientos que experimenté, no importa cómo me lo impuse, definitivamente. no se aferró, se despegó, resbaló, se me cayó. Pero si no es traición, ¿qué es? Después de todo, si lo que he hecho no es traición, entonces esto significa que mi comienzo espiritual no es de ninguna manera responsable de mi sensualidad, que mi sensualidad, por muy sucia que sea, no puede manchar lo espiritual, que mi sensualidad está abierta. a todas las mujeres, la espiritualidad es solo Sonya y esa sensualidad en mí está de alguna manera separada de la espiritualidad. No sabía tanto como sentía que había algo de verdad en todo esto, pero ya algo pesado se movía en mí, y no podía apartarme de la imagen que surgía en mí, en la que Sonya, puesta en mi lugar, comete algo similar, y que a ella le pasa lo mismo que me paso a mi hoy. Por supuesto, sentí y supe que esto era completamente imposible, que nada similar podría pasarle a Sonya, pero fue precisamente esta conciencia de la imposibilidad de tal incidente con Sonya lo que habló con evidente claridad sobre el hecho de que ella tenía algo. en una mujer, la sensualidad puede y hasta debe manchar la espiritualidad y que su espiritualidad femenina es plenamente responsable de la fechoría de su sensualidad. Resultó que en ella, en Sonya,

Y me imaginé, por supuesto, no a Sonya, sino a otra chica o mujer más o menos de la misma familia que yo, y como yo, enamorada de alguien con extremo, con un fervor excepcional. Aquí está sola regresando a casa, aquí en la oscuridad del boulevard la alcanza un tipo, ella no lo conoce, ni siquiera puede verlo bien, sea joven, feo o viejo, pero ahora la agarra, la aprieta feo y la besa mal - y ella ya está lista, accede a todo, va hacia él, y lo más importante, se va por la mañana, sin ni siquiera mirar a la persona con la que se acostó esa noche, se va, y vuelve a casa, no sólo no se siente contaminada, sino que con pura alegría espera el encuentro con la persona

de la que está enamorada. Una palabra terrible de alguna manera se acerca sigilosamente a una mujer así: una prostituta. Y se puso raro.

Resultó que si un hombre hace lo que hace, entonces es un hombre. Y si una mujer hace lo que hace un hombre, entonces ella es una prostituta. Y también resultó que la bifurcación de la espiritualidad y la sensualidad en un hombre -es un signo de masculinidad, y la bifurcación de la espiritualidad y la sensualidad en una mujer es un signo de prostitución.

Empecé a comparar esta conclusión inesperada para mí. Aquí estoy, Vadim Maslennikov, un futuro abogado, un futuro, como afirma el mundo que me rodea, un miembro útil y respetado de la sociedad. Mientras tanto, esté donde esté, en un tranvía, en un café, en un teatro, en un restaurante, en la calle -en una palabra, en todas partes, en todas partes- me basta mirar la figura de una mujer, sin incluso con ver su rostro, basta para dejarse seducir por el bulto o la delgadez de sus muslos, y si todo hubiera sucedido según mi deseo, sin decir una palabra a esta mujer, ya la habría arrastrado a la cama, al banco, o incluso a la puerta. Y ciertamente lo habría hecho si las mujeres me hubieran dejado hacerlo. Pero después de todo, esto es una bifurcación de los principios espirituales y sensuales en mí, debido a lo cual no hay obstáculos morales en mí para el cumplimiento de tales impulsos; después de todo, esta misma bifurcación fue la razón principal por la que mis camaradas me reconocieron como un buen tipo y un bufón. Después de todo, si en mí hubiera una fusión completa de lo espiritual y lo sensual, entonces me enamoraría decisivamente de cada mujer que me seduzca sensualmente, y luego mis camaradas, riéndose constantemente de mí, se burlarían de mí con una mujer. una niña, o alguna otra en otra palabra, pero necesariamente una en la que se expresaría claramente su desprecio juvenil por el principio femenino que manifiesto. Entonces, en mí, en un hombre, esta división de mi espiritualidad y sensualidad fue percibida por otros como un signo de masculinidad, juventud. riéndose constantemente de mí, se burlaban de mí con una mujer, una niña, o alguna otra palabra, pero siempre uno en el que su desprecio infantil por el principio femenino mostrado por mí estaría claramente expresado. Entonces, en mí, en un hombre, esta división de mi espiritualidad y sensualidad fue percibida por otros como un signo de masculinidad, juventud. riéndose constantemente de mí, se burlaban de mí con una mujer, una niña, o alguna otra palabra, pero siempre una en la que su desprecio juvenil por el principio femenino

mostrado por mí estaría claramente expresado. Entonces, en mí, en un hombre, esta división de mi espiritualidad y sensualidad fue percibida por otros como un signo de masculinidad, juventud. o alguna otra palabra, pero siempre una en la que se expresara claramente su pueril desprecio por el principio femenino mostrado por mí. Entonces, en mí, en un hombre, esta división de mi espiritualidad y sensualidad fue percibida por otros como un signo de masculinidad, juventud. o alguna otra palabra, pero siempre una en la que se expresara claramente su pueril desprecio por el principio femenino mostrado por mí. Entonces, en mí, en un hombre, esta división de mi espiritualidad y sensualidad fue percibida por otros como un signo de masculinidad, juventud.

Bueno, y si yo, con esta escisión de mi espiritualidad o sensualidad, no fuera un colegial, sino una colegiala, una niña. Si yo, siendo niña, estuviera de la misma manera en un café, en un tranvía, en un teatro, en la calle, en una palabra, en todas partes, en todas partes, viendo a un hombre, a veces sin siquiera distinguir su rostro, simplemente agitado por los músculos de sus muslos (y por la bifurcación de la espiritualidad y la sensualidad en mí, no experimentando en mí ningún obstáculo para el cumplimiento de estos mis impulsos), inmediatamente, sin palabras y con alegría me animaba y me dejaba arrastrar a la cama, a un banco, o incluso a la puerta: ¿qué impresión tendría tal efecto en mis amigas, en quienes me rodean o incluso en los hombres que han tratado conmigo? Si estas acciones mías fueran interpretadas y percibidas como una manifestación de mi juventud, audacia, ¿masculinidad? Incluso es gracioso pensar. Después de todo, no puede haber ninguna duda de que sería inmediata y decisivamente estigmatizada públicamente por todos como prostituta, y además, todavía no como prostituta en el sentido de víctima del medio ambiente o del sufrimiento material (después de todo, esto se puede justificar), sino como una prostituta por manifestación externa de mis intuiciones internas, es decir, una que ya no existe y no se puede justificar. Esto significa que es cierto y justo que la división de la espiritualidad y la sensualidad en un hombre es un signo de su masculinidad, mientras que la división de la espiritualidad y la sensualidad en una mujer es un signo de su prostitución. Y eso significa que es suficiente que todas las mujeres sigan unánimemente el camino de la masculinidad, y el mundo, el mundo entero se convertirá en un burdel.

CAPÍTULO 7

Para un hombre enamorado, todas las mujeres son sólo mujeres, a excepción de la que está enamorado: ella es una persona para él. Para una mujer enamorada, todos los hombres son sólo humanos, excepto aquel de quien ella está enamorada: él es un hombre para ella. Tal fue la triste verdad, de la que me convencí cada vez más, como la duración de mi relación con Sonya.

Sin embargo, ni ese día, ni en posteriores encuentros con Sonya, le hablé de estos pensamientos míos.

Si no pude transmitir sinceramente la verdad de mis experiencias a las personas con las que me crucé antes de conocer a Sonya, para no destruir así esa incursión de juventud que a toda costa quería retratar frente a estas personas, entonces con Sonya Podía ser sincero sin desvirtuar la imagen de ese niño soñador que quería ver en mí.

Era imposible decir mis sentimientos con toda la verdad a mis camaradas, frente a los cuales siempre quise parecer un buen tipo. Entendí que la juventud se percibe como tal sólo cuandocuando es el resultado de una actitud alegremente superficial. Por lo tanto, tan pronto como retraté mis experiencias un poco más reflexivamente, profundamente e inmediatamente, todas mis acciones, de las que me jactaba, se volvieron sucias, crueles, ya no justificadas por nada.

Sonya fue la primera persona frente a la cual ya no necesitaba molestarme con esta pretensión repugnantemente alegre y alegre. Para ella, yo era solo un niño soñador y tierno. Pero fue precisamente esta circunstancia, que a primera vista predisponía tanto a la franqueza, lo que me asustó al sorprenderme en el primer intento de contarle a Sonya sobre mi vida. Al primer impulso de ser franco con Sonya, sentí que no debo, no tengo derecho, no puedo ser franco. Por un lado, no podía ser franco con Sonya porque a mí, un niño soñador, me era imposible hablar de Zinotchka, que había sido contagiada por mí, de mi relación con mi madre, de cómo expulsé a mi madre de miedo de que Sonya la viera, o finalmente, sobre el hecho de que el dinero que pago por conductores imprudentes o por el helado que come Sonya pertenece a mi vieja niñera solo sobre tales

acciones más que me mostrarían solo desde el lado bueno, desde el lado noble, tampoco se metieron de todos modos: en primer lugar, no hubo buenas obras en mi vida en absoluto, - además (en caso de que simplemente inventaría tales buenas obras más), contarlas no me daría absolutamente ningún placer - y, finalmente, y esto es lo principal: tales historias sobre mis buenas acciones (aunque es muy extraño, pero lo sentí) no servirían en absoluto para ese acercamiento espiritual con Sonya, que, después de todo, fue la razón principal que me impulsó a ser franco. Todo esto me atormentaba, no tanto porque me pareciera condenado a la soledad espiritual, a la que estaba demasiado acostumbrado para cansarme, sino por la extrema pobreza del tema conversacional, que podría contribuir a nuestro acercamiento al crecimiento de los sentimientos. Comprendí que enamorarse es un sentimiento que debe crecer todo el tiempo, moverse todo el tiempo, que para su movimiento debe recibir golpes como el aro de un niño, que en cuanto pierde su poder de movimiento y se detiene, inmediatamente caídas. Comprendí que son felices aquellos amantes que, debido a personas hostiles o eventos desafortunados, se ven privados de la oportunidad de encontrarse a menudo y durante mucho tiempo. Los envidié, porque entendí que su amor crece debido a los obstáculos que surgen entre ellos. Conociendo a Sonya todos los días, quedándome con ella continuamente durante muchas horas, traté de entretenerla lo mejor que pude, pero las palabras que le hablé no contribuyeron en lo más mínimo ni al crecimiento de nuestros sentimientos ni al acercamiento espiritual entre nosotros: mis palabras llenaron el tiempo, pero no lo aprovecharon. Resultaron unos minutos vacíos, sin llenar, que se cernieron sobre nosotros especialmente cuando nos sentamos en el banco, completamente solos, e involuntariamente impulsado por el temor de que Sonya notara y sintiera mis tristes intentos, los llené de besos más y más. omisiones más frecuentes de las palabras que faltan. Ocurrió que los besos reemplazaron a las palabras, asumiendo su papel de nuestro acercamiento, y exactamente del mismo modo que las palabras, a medida que nos acercábamos, se hacían cada vez más francas. Al besar a Sonya, por la mera conciencia de que ella me ama, experimenté una adoración demasiado tierna, una emoción espiritual demasiado profunda para sentir la sensualidad. No experimenté la sensualidad, amor, y ahora, experimentando solo amor, para complacer a Sonya retratada sensualidad. Pero cuando, finalmente, nuestros besos, habiendo agotado la posibilidad de acercamiento disponible para ellos, me

acercaron a esa línea prohibida y última de acercamiento corporal, sobrepasando lo que, me pareció entonces, presagiaba lo más alto, accesible al hombre en la tierra. , cercanía espiritual - luego, habiendo tomado una decisión, le pedí a Yag que me diera su habitación por unas horas para encontrarme y quedarme allí con Sonya. Esa noche, después de despedir a Sonya, le dije en la misma puerta que mañana estaríamos en casa de Yag y luego nos quedaríamos solos, que no había nada de "tal" en esto, que Yag era un tipo sincero y que él me dijo mejor y más devoto amigo, - en esta noche, cuando Sonya, en respuesta a mis garantías,

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 8

Por una escalera semicircular muy ancha, blanca y luminosa, sobre la que en lugar de techo había un cristal de invernadero, y por la que subimos con una eficiencia silenciosa que me avergonzaba, - Yag, a través del vestíbulo resonante, donde las sillas, un piano y un candelabro estaban en tapas blancas, nos condujeron a su habitación. Afuera aún había luz, pero en la habitación de Yagina, ubicada de costado al sol poniente, ya era de noche, y a través de la puerta abierta del balcón se podían ver las columnas panzudas de la reja del balcón, delineadas por reflejos de albaricoque. No, - dijo Sonya, cuando Yag, corriendo detrás de un sillón hecho de terciopelo carmesí, negro desgastado en los pliegues, agarró el respaldo con tanta determinación, como si estuviera preparándose con todas sus fuerzas para rodarlo debajo de Sonya; - No, - dijo Sonya, - vamos allí, es maravilloso allí. Y asintió hacia el balcón. “Es posible, sí”, preguntó, cuando Yag, levantando de inmediato una mesa redonda, bajo un mantel de encaje con galletas, con licor verde en una garrafa de cristal y con copas rojas que parecían frescos turcos volcados, ya lo arrastraba hacia el balcón. “Ten piedad, Sofya Petrovna”, Yag se volvió hacia ella junto con la mesa e incluso la dejó para abrir los brazos.

En el balcón del escenario, convexo como una yemahuevo crudo, el sol, aunque atrapó el techo, pero era visible en su totalidad, como si estuviera quemando a través de este techo: las caras se volvieron doblemente rojas.

— Permítame servirle un poco de licor, Sofya Petrovna, señor”, dijo Yag, sentándonos a mí y a Sonya, llenando vasos rojos, apoyándose con la otra mano debajo del codo y haciendo sonar la lata convexa que cubría el piso del balcón. - Yo, se podría decir, no sabía que tú y Vadim estaban saliendo e incluso los amigos eran visibles. Por favor come humildemente. - Y recibiendo el agradecido asentimiento de Sonin en respuesta, se sentó en el extremo de la silla, colocando la licorera sobre su rodilla y sujetándola por el cuello - como un violinista descansando.

Sonya, con un vaso rojo contra su rostro sonrojado, sonrió con los ojos bajos como alentando: “Vamos, vamos, di algo más”. Después de todo, tú,

Sofya Petrovna, mirando su sonrisa, continuó Yag, esa noche, hablando con delicadeza, nos pusiste en tres cuellos y, por cierto, con razón. Pero... ni siquiera me atrevería a inclinarme ante ti. Y luego, de repente, tal cosa.

¿Qué pasa?, preguntó ella. Sonya sonrió al espejo. Bueno, eso es todo, y Yag hizo tal movimiento con la mano, como si estuviera arrojando algo en su palma y tratando de determinar el peso. - En una palabra, no sé cómo lo logró Vadim. Si te llamé por teléfono, si te escribí una carta, pero no me hubiera decidido después de una noche así.

Sonya con un vaso en los labios, todavía tragando, hizo un mmm de protesta, como si se ahogara, agitó la mano y, sin apartarse del vaso, se inclinó hacia la mesa con él, para no gotear, apartar.

— Pero nada de eso”, dijo con los labios húmedos y riendo. - ¿Por qué piensas eso? Le envié una nota y flores a la mañana siguiente. Eso es todo.

¿Flores? preguntó Yag.

Sí, Sonya asintió. ¿A él? preguntó Yag, sacando el pulgar del puño y arqueándolo con fuerza en mi dirección. ¿A él? Sonya imitó y ya estaba mirando más allá de Yag y directamente a mis ojos. Su mirada penetrante en su rostro sonriente (se ven así cuando asustan a los niños en broma) parecía decirme: - fue el amor lo que me hizo hacer lo que ahora les cuento; es el amor lo que me hace hablar ahora de lo que hice entonces.

Durante algún tiempo, Yag permaneció en silencio, mirándome alternativamente (le respondí con una sonrisa feliz y estúpida), luego a Sonya. Pero poco a poco sus ojos llorosos, primero dilatados por la confesión de Sonya, luego ausentes del trabajo interior, se volvieron astutos.

— Permíteme, sin embargo, Sofya Petrovna —dijo, y tomando un vaso y tomando un sorbo de licor, hizo un movimiento de enjuague con las mandíbulas, como si fuera un elixir dental que estuviera a punto de escupir. - Déjame. Te dignaste decir flores ahí, una nota, etc. Bueno, ¿qué pasa con la dirección, pero ¿qué pasa con la dirección. O tal vez ya lo conocías. ¿No? preguntó, con inquisitiva incertidumbre traduciendo la sonrisa de Sonya en palabras. “Pero en ese caso, ¿cómo, cómo?”

— Pero es muy simple”, dijo Sonya, “escucha. No sabía absolutamente nada sobre ti o Vadim, bueno, ni una palabra. Y así es como lo saqué todo. A la mañana siguiente, temprano, llamé a Nellie y la reprendí con la advertencia de que si esa desgracia vuelve a ocurrir, solo una vez más, los echaré de inmediato. ¿Cómo es posible, bueno, cómo es concebible traer contigo, y cuándo, por la noche, y dónde, a mi departamento, ya quién, los hombres de otras personas? ¿A? ¿Cómo te gusta esto? No, dices - ¿cómo te gusta? ¿Y quién me dará fe de que estos no son ladrones? ¿Por qué digo esto? Incluso probablemente eran ladrones. Pero ¿por qué crees eso? ¿Los conoces? y que sabes de ellos?

— Sin embargo, disculpe, Sofya Petrovna, - interrumpió Yag, - después de todo, este Nastyukh ... er, Nelly ... no sabía nombres ni direcciones.

— Es cierto, - confirmó Sonya, - ella no sabía esto. Pero, por otro lado, ella sabía que uno de ustedes, el que vestía una túnica de estudiante, se llamaba Vadim, y el que vestía ropa de civil era Yag. Además, el invierno pasado, cuando sirvió con Muir, a menudo los vio a ambos, y ambos caminaron en una forma extraña, como ella dijo: se veía exactamente como la de un estudiante, solo que los botones no eran dorados. , pero de plata y sin águilas. . Nellie no sabía nada más de ti, pero eso fue suficiente para mí. En primer lugar, ya sabía que el que me interesa se llama Vadim. En segundo lugar, la forma del gimnasio, tan parecida a la del alumno con las diferencias indicadas en los botones, me es conocida: en este gimnasio estudia el hijo de mi prima. En tercer lugar, me quedó claro que si el invierno pasado una persona caminaba con uniforme de gimnasio, y ahora, en el verano, viste una túnica de estudiante, es obvio que esta primavera se graduó del gimnasio. Usando la guía telefónica, encontré la dirección del gimnasio y fui allí. No había nadie excepto el portero, y después de una breve aclaración de nuestras relaciones con él, me consiguió una lista de estudiantes que se graduaron del gimnasio esta primavera. Tuve suerte: entre los dieciocho que se graduaron, solo había uno llamado Vadim. Entonces aprendí el nombre, y el portero inmediatamente me consiguió una dirección. y después de una breve aclaración de nuestras relaciones con él, me consiguió una lista de estudiantes que se graduaron del gimnasio esta primavera. Tuve suerte: entre los dieciocho que se graduaron, solo había uno llamado Vadim. Entonces aprendí el nombre, y el portero

inmediatamente me consiguió una dirección. y después de una breve aclaración de nuestras relaciones con él, me consiguió una lista de estudiantes que se graduaron del gimnasio esta primavera. Tuve suerte: entre los dieciocho que se graduaron, solo había uno llamado Vadim. Entonces aprendí el nombre, y el portero inmediatamente me consiguió una dirección.

— Zzzdorovo, - Yag exclamó con admiración y desesperadamente torció la cabeza. Pero ya, como liberándolo de la necesidad de cualquier tipo de elogio, Sonya, llevándose la mano a la oreja, escuchó y luego miró su reloj pulsera. Y aprovechando que estaba distraída, Yag ansioso me hizo señas con la mirada: - Ahora, dicen, me voy.

Ya estaba bastante oscuro y ventoso cuando Yag se fue. El polvo se elevó en un arco a la vuelta de la esquina, y cuando, habiendo volado en un pequeño huracán, envolvió el mantel, cerró los ojos con una mueca y pasó y desapareció, crujió en los dientes como azúcar, y desde arriba, como si desde un techo, revoloteando como una mariposa color plátano, una hoja de otoño en un silencio en el aire, siguió cayendo, cayendo, y al final, ya sobre la mesa, cayendo lentamente, voló en una copa roja, representando un pluma de ave en una caja de arena. Y de repente sentí pena de que Yag se hubiera ido, como si de aquí, del balcón, me hubieran sacado algo tan agradable para mí. sorpresa de mi felicidad, como si mi felicidad fuera un traje nuevo que pierde algunas de sus alegrías cuando no se puede usar en público. Sonya se levantó, fue al balcón y se sentó a su lado. "Oh, qué haya", dijo, y frunció el ceño juguetonamente: el ceño fruncido me representaba, y el ceño fruncido era su actitud hacia mi ceño fruncido. Y tímidamente, como un niño que molesta a un perro, estiró tensamente su dedo índice y comenzó a fruncir mis labios de arriba abajo, los cuales comenzaron a emitir chasquidos tan alegres y sonoros que de inmediato me eché a reír. "Es por esto mismo", dijo Sonya, "ya sea que te rías o me apartes la mano con enojo, siempre reconoceré tus sentimientos en el futuro. "Sin embargo", agregó después de una pausa, "ya ves lo estúpidas que somos las mujeres: el efecto que producimos al expresar en voz alta nuestro poder de observación

Mientras tanto, estaba oscureciendo rápidamente y el viento más fuerte nos inquietaba. Sólo allí, sobre el techo negro de la casa, donde había caído

el sol, se veía una estrecha franja color mandarina. Pero ya estaba oscuro un poco más arriba, - como chorros de tinta que se vierten en el agua, las nubes rodaban con el viento y tan rápido que cuando levanté la cabeza - el balcón junto con la casa comenzaron a avanzar en silencio, amenazando con aplastar el toda la ciudad. Detrás de la esquina, las hojas de los árboles susurraban con el mar, luego, en la mayor tensión de este ruido húmedo, algo, aparentemente en las ramas, se rompió bruscamente, y allí mismo, en algún lugar muy cercano, con un ruido sordo quebradizo, una ventana se cerró de golpe. cerrado, y en el silencio que cayó por un momento - tirado por el cristal de la ventana traqueteó contra el pavimento.

— Fu, - dijo Sonya, - es repugnante aquí. Vamos a.

Después del balcón de la habitación de Yagina, todo estaba silencioso y mal ventilado, como si tuviera calefacción. A través de las puertas cerradas del balcón, en la oscuridad, un mantel blanco revoloteaba como un pañuelo de despedida en la estación. Sosteniendo a Sonya por el brazo y haciendo un crujido seco y sibilante, comencé a acariciar el papel tapiz con la palma de la mano para encontrar el enchufe, pero la mano de Sonya me detuvo suavemente. Luego, abracé a Sonya, la presioné contra mí y me moví en dirección a la columna que se blanqueaba débilmente en la oscuridad, como aplanada, detrás de la cual, recordé, había un sofá, - yo, pisando torpemente las puntas de los zapatos de Sonya , la condujo lentamente hacia adelante.

Pero avanzando en la oscuridad y apretando a Sonya contra mí, por más que me esforcé por excitarme con la amargura masculina y animal que tanto necesitaba en este momento, en este mismo instante, ya desesperada y con aterradora claridad vislumbré mi vergüenza. , porque incluso ahora, aquí, en Yaginahabitación, en estos momentos decisivos, los besos de Sonya y la cercanía de Sonya me emocionaron demasiado, me sensibilizaron demasiado para volverme sensual. Qué voy a hacer, qué voy a hacer, qué voy a hacer, pensé desesperada, al darme cuenta de que Sonya es una mujer a la que hay que tomar espontánea e inmediatamente, y que hay que hacerlo así, no porque Sonya resistiré, - porque me atreví a despertar mi decrepita sensualidad en estos momentos con la ayuda de un largo proceso de toques sucios - salvando así el orgullo de mi masculinidad - destruiré para siempre e irremediablemente la belleza de nuestra relación. Mientras tanto, ya

estábamos en la columna misma. Entonces, ¿qué voy a hacer, qué voy a hacer?, repetí, pensando desesperado que ahora sería tal la vergüenza después de la cual uno ya no podría vivir, “Desesperado sigo dándome cuenta de que es precisamente este presentimiento de vergüenza lo que me priva de la última oportunidad de despertar en mí ese animal que podría prevenir esta vergüenza. Y solo en el último segundo, cuando, como en un abismo negro, nos desplomamos sobre el sofá, golpeando vulgarmente con todos los resortes, pensé en una salida, y, como lo vi en el teatro, de repente claramente resolló y, tratando de rasgarme el cuello apretado y de tela, gimió. — Sonia. Me siento mal. Agua. gimió — Sonia. Me siento mal. Agua. gimió — Sonia. Me siento mal. Agua.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 9

Moscú, 1916, Septiembre.

Mi querido y querido Vadim!

Me cuesta, me amarga pensar y, sin embargo, sé que esta es mi última carta para ti. Sabes que desde esa misma noche (sabes lo que pienso) se ha establecido entre nosotros una relación muy difícil. Tal relación, una vez iniciada, nunca puede regresar y volverse la misma, y más aún: cuanto más dura tal relación, más insistentemente ambas partes intentan mentir para retratar la antigua cercanía, más fuerte es esa terrible hostilidad que nunca sucede. sintió. entre extraños, pero ocurre solo entre personas que están muy cerca unas de otras. En tal relación basta que uno le diga al otro la verdad, toda la verdad, comprendes toda la verdad, e inmediatamente esta verdad se convierte en acusación.

Decir tal verdad, expresar con perfecta sinceridad todo el disgusto que uno siente por esta mentira de amor, ¿no significa esto obligar a aquel a quien se le dice esta verdad, o reconocer tácitamente esta verdad, y luego todo se acaba, o por teme ante este fin, miente doblemente, tanto para ti como para el que dijo esta verdad. Y por eso te escribo para decirte esta verdad, y te suplico, querida, no mientas, deja esta carta sin respuesta, sé sincero conmigo al menos con tu silencio.

En primer lugar, sobre tu supuesto desmayo, que luego jugaste con Yag. (Aquí se me ocurre que el desmayo tiene algo que ver con el desmayo.) Después de todo, en realidad comenzó con esto, o, si se quiere más precisamente, comenzó con el hecho de que yo no creía en este desmayo. Desde el primer momento me di cuenta de que este desmayo era sólo una salida a una situación desfavorable para tu orgullo e insultante para mi amor. De paso, noto que tal definición se ajusta completamente a mi primera sospecha de que podrías estar enfermo, una suposición que inmediatamente rechacé como completamente inútil (no imposible, pero incorrecta).

Ya sabes, te cuidé esa noche lo mejor que pude, te traje agua, luego una toalla mojada, fui amable contigo, pero todo esto ya era una mentira. Ya

te pensaba en tercera persona, en mis pensamientos te convertiste en “él” para mí, pensando en ti, ya no me dirigía a ti directamente, sino como si hablara de ti con otra persona, con alguien, que se hizo más cercano a mí que tú, y este “alguien” era mi mente. Así que me convertí en un extraño para ti. Pero luego, en la noche, mentí, no dije, no pude decirte la verdad que escribo ahora: me ofendí. Cuando una persona insulta a otra, el insulto siempre es de dos tipos: intencional o involuntario. La primera no es terrible: se responde con una bronca, una maldición, un golpe, un tiro, y, por grosero que sea, siempre ayuda, y el insulto que te infligen intencionadamente se lava fácilmente, como la suciedad. en un baño Pero por otro lado, el insulto que te infligieron no fue intencional, sino involuntario, sin quererlo en absoluto: terrible precisamente porque, respondiendo con una maldición, una bronca, o simplemente mostrándolo con un resentimiento exterior, no sólo que no te debilites, sino que, por el contrario, usted mismo se insulta a sí mismo hasta el punto de la intolerabilidad. Un insulto infligido involuntariamente es especialmente diferente en el sentido de que no solo es imposible responder a él, sino que, por el contrario, es necesario demostrar con todas tus fuerzas (y oh, qué difícil es) que no notas nada. Y por eso no te dije nada y mentí.

Me pregunté mil veces y no pude, no, no quise encontrar respuesta. Miles de veces me hice la pregunta -que paso- y miles de veces obtuve la misma respuesta: -no te quería. Y me incliné ante la veracidad de esta respuesta, ante su singularidad, y sin embargo no entendí. Está bien, me dije, él no me quería, pero en ese caso, ¿por qué hizo todo esto? ¿Por qué organizó nuestro encuentro en casa de Yag, por qué actuó y se comportó de tal manera que por su comportamiento y acciones ya lo obligó a llevarme y, sin embargo, no lo hizo? Por qué. Solo había una respuesta: obviamente, porque su voluntad consciente me quería, mientras que su cuerpo era repugnante y contrario a su voluntad, disgustado me dio la espalda. Pensando en esto, experimentó lo mismo que debe experimentar un leproso, a quien un hermano cristiano besa en la boca y que ve, como hermano cristiano, después de este beso, inmediatamente vomita. En tus acciones, Vadim, sentí exactamente lo mismo: por un lado, estaba el deseo de tu voluntad consciente, que te justificaba plenamente, por otro lado, la aprensiva desobediencia de tu cuerpo, que me ofendía especialmente. No me condenes, Vadim, y comprende que cualquier consideración racional

que induzca a la posesión corporal de una mujer es profundamente ofensiva para ella, independientemente de si está dictada por consideraciones cristianas compasivas y, por lo tanto, animadas o de dinero sucio. Sí. La imprudencia hecha racionalmente es bajeza. que particularmente me ofendió. No me condenes, Vadim, y comprende que cualquier consideración racional que induzca a la posesión corporal de una mujer es profundamente ofensiva para ella. independientemente de si son dictados por consideraciones cristianas compasivas y, por lo tanto, animadas o de dinero sucio. Sí. La imprudencia hecha racionalmente es bajeza. que particularmente me ofendió. No me condenes, Vadim, y comprende que cualquier consideración racional que induzca a la posesión corporal de una mujer es profundamente ofensiva para ella, independientemente de si está dictada por consideraciones cristianas compasivas y, por lo tanto, animadas o de dinero sucio. Sí. La imprudencia hecha racionalmente es bajeza. y comprender que cualquier consideración racional que induzca a la posesión corporal de una mujer es profundamente ofensiva para ella, independientemente de si está dictada por consideraciones cristianas compasivas y, por lo tanto, animadas o de dinero sucio. Sí. La imprudencia hecha racionalmente es bajeza. y comprender que cualquier consideración racional que induzca a la posesión corporal de una mujer es profundamente ofensiva para ella, independientemente de si está dictada por consideraciones cristianas compasivas y, por lo tanto, animadas o de dinero sucio. Sí. La imprudencia hecha racionalmente es bajeza.

Sabes que se suponía que mi esposo vendría al día siguiente. También sabes, porque te lo dije, que sin importar los horrores queesperado, pero honestamente y en el buen sentido, le contaré todo lo que pasó durante este tiempo. Pero no lo hice. Después de esa noche, no me consideré con derecho a hacer esto, más aún: sentí una ternura nueva y agradecida por mi esposo que había llegado, acercándome a él. Sí, Vadim, es así, y debes y puedes entenderlo. Porque el corazón de una mujer leprosa ama el beso sensual de un negro que el beso cristiano de un misionero que vence el asco.

Ya sabes lo que sucedió después. Viniste a nosotros como un invitado, como un extraño. Por supuesto, entendí que en realidad no te sientes un extraño en absoluto, sino que solo finges ser un extraño, y que estás seguro de que no solo no eres un extraño para mí, sino el más cercano. Sabía que

pensabas eso, sabía tanto como que estás profundamente equivocado, y sabes, Vadimushka, de repente sentí tanta pena por ti, sentí tanta pena por ti por esta confianza tuya, y me dolió tanto. mucho para ti

Mi esposo, a quien te presenté, y quien, se notaba, le gustabas, con su característica falta de tacto, tomándome del brazo, te llevó a mostrar nuestro apartamento.

Debes saber que mi esposo no es celoso. Esta ausencia de sentimientos de celos en él se explica por un exceso de confianza en sí mismo y una falta de imaginación. Sin embargo, estos mismos sentimientos, que lo refrenan de los celos, lo inducirían a una crueldad extrema, si supiera de mi traición. Mi esposo no tiene dudas de que él, y solo él, es el punto alrededor del cual giran todas las demás personas. De ninguna manera es capaz de sentir que todo ser vivo piensa exactamente de la misma manera, y que desde el punto de vista de este cada uno -él, mi marido, habiendo dejado de ser un punto alrededor del cual se da la rotación, comienza a su vez rotar. Mi esposo no puede comprender de ninguna manera que en el mundo existan puntos tan centrales en torno a los cuales el mundo percibido y contenido por estos puntos, hay exactamente tanto como seres vivos que habitan el mundo. Mi marido reconoce y comprende el yo humano como el centro, como el ombligo del mundo, pero cree la posibilidad de la presencia de tal yo sólo en sí mismo. Todo el resto del yo para él no lo tengo ni lo puedo tener. Todo lo demás para él es "tú" - "él" - en general "ellos". Así, llamando a este yo altamente humano, mi marido no comprende en absoluto que en realidad es su yo puramente bestial, que tal yo es aceptable sólo en una boa constrictor devorando un conejo, o en un conejo devorando una boa constrictor. Mi marido no entiende que la diferencia entre el yo animal y el yo humano es que para la bestia reconocer el yo de otra persona es admitir la derrota, como resultado la debilidad del propio cuerpo y, por tanto, la insignificancia; para una persona, en cambio, reconocerse a sí mismo en otro significa celebrar la victoria, fruto de la fuerza del propio espíritu, lo que significa grandeza. Ese es mi esposo, y es realmente una lástima que haya resultado así que me quede con él. Este golpe a su estupidez, que le hubiera dado la noticia de mi traición, de su preferencia por otro, le hubiera hecho bien.

Recuerdas, por supuesto, ese momento en que, mostrándote el apartamento, finalmente llegamos a la puerta de nuestro dormitorio. Recuerdas como me resistí y no quise abrir la puerta por nada, y como mi marido, enojado y sin entender, abrió la puerta de todos modos, me empujó adentro y, dejándote pasar, dijo: "Pasa, entra, este es nuestro dormitorio; - Verás, aquí todo está hecho de caoba. Miraste, miraste lo deshecho, esta cama terriblemente desparramada ahora a las nueve de la noche, y entendiste. Lo sé: en estos momentos, de pie en nuestro dormitorio, experimentaste los celos, el dolor y la amargura del amor ofendido, abusado. Ya sabía entonces que estabas experimentando todos estos sentimientos. Y sólo después supe que este insulto a tu amor fue la hora del nacimiento de tu sensualidad.

Ya sabes lo que sucedió después. Continué reuniéndome contigo a escondidas de mi esposo, pero estos nuevos encuentros nuestros ya no fueron los mismos de antes. Cada vez que me llevabas a una especie de tugurio, me arrancabas el vestido y el tuyo, y cada vez me tomabas con más rudeza, con más crueldad, con más cinismo. No me culpes por dejar que esto suceda. No me digas que me dio un momento de alegría. Soporté esta depravación como un enfermo soporta la medicina: él piensa en esto salvar su vida—yo pensé en salvar a mi amor. En los primeros días, aunque noté, aunque entendí que tu sensualidad se calentaba de acuerdo con el enfriamiento de tu amor, todavía esperaba algo, todavía esperaba algo. Pero ayer, ayer sentí, me di cuenta que hasta la sensualidad ya no está en ti, que estás lleno, que soy superfluo, que esto no debe continuar. Te acuerdas, como ni me besaste, ni me abrazaste, ni me saludaste, y en silencio, con la tranquilidad de un funcionario que llega a trabajar, comenzaste a desvestirme. Te miré, cómo tú, parado frente a mí en ropa interior y, lo siento, ropa interior no muy limpia, doblando cuidadosamente tus pantalones, cómo luego fuiste al lavabo, te quitaste la toalla, la pusiste prudentemente debajo de la almohada. , y cómo entonces, después de todo, tú, sin dudarlo, sin siquiera apartarte de mí, te limpiaste y me sugeriste que hiciera lo mismo, le dio la espalda y encendió un cigarrillo. "Bueno", me pregunté, "este es el amor por el cual fue al lavabo, se quitó la toalla, la puso prudentemente debajo de la almohada, y luego, después de todo, tú, sin dudarlo, Sin siquiera alejarse de mí, se secó y me sugirió que hiciera lo mismo: me dio la espalda y encendió un cigarrillo. "Bueno", me pregunté,

"este es el amor por el cual fue al lavabo, se quitó la toalla, la puso prudentemente debajo de la almohada, y luego, después de todo, tú, sin dudarlo, Sin siquiera alejarse de mí, se secó y me sugirió que hiciera lo mismo: me dio la espalda y encendió un cigarrillo. “Bueno”, me pregunté, “este es el mismo amor por el cual estoy dispuesto a renunciar a todo, romper y distorsionar la vida. No, Vadim, no, querido, esto no es amor, sino barro, barro, vil. Hay tanta suciedad en mi casa en tanta abundancia que no veo la necesidad de llevarla desde mi dormitorio matrimonial, donde "todo es de caoba", a una habitación mohosa de un burdel. y que te parezca cruel, pero también quiero decir que en la elección entre usted y su esposo, ahora doy preferencia no solo al entorno, sino también a los rostros. Sí, Vadim, en la elección entre tú y tu esposo, yo, además de cualquier circunstancia, preferiré a mi esposo. Entender. El erotismo de mi marido es fruto de su mendicidad espiritual: lo tiene profesionalmente y por tanto no es ofensivo. tu actitud hacia mi

— es una especie de caída continua, una especie de rápido empobrecimiento de los sentimientos, que, como todo empobrecimiento, me humilla tanto más dolorosamente cuanto más riqueza del pasado reemplaza.

Adiós Vadim. Adiós, mi querido, querido muchacho. Adiós, mi sueño, mi cuento de hadas, mi sueño. Créeme: eres joven, toda tu vida está por delante y seguirás siendo feliz. Despedida.

sonia

PARTE 3 COCAINA

CAPÍTULO 1

Ya no era posible acostarse en el antepecho de la ventana, gris oscuro y de piedra, con falsos hilos de vetas de mármol, y con un borde cepillado que dejaba al descubierto la piedra blanca, sobre la que se afilaban navajas. Ya no era posible, acostado en este alféizar y estirando la cabeza, ver un patio largo y angosto con un camino asfaltado, con puertas de madera, siempre cerradas, de cuyo costado, como si estuvieran agobiados por el peso, colgaban una puerta con una bisagra oxidada, donde en el travesaño inferior siempre tropezaban los inquilinos, y cuando tropezaban, ciertamente la miraban con ojos de regaño. Era invierno, las ventanas estaban selladas con una masilla deliciosamente cremosa, un algodón se extendía entre los marcos de vidrio, dos vasos estrechos y altos con un líquido amarillo se insertaban en el algodón y, siguiendo un hábito de verano, Me acerqué a la ventana, donde respiraba calor seco debajo del alféizar. , de manera especial, se sintió ese corte de la calle, que (según el estado de ánimo) despertaba un sentimiento de comodidad o añoranza. Ahora, desde la ventana de mi pequeña habitación, solo podía ver la pared adyacente con grises chorros de cal congelada en los ladrillos, e incluso debajo, ese mismo lugar cercado por una cerca de estacas, que nuestro portero Matvey llamó impresionantemente el jardín para caballeros, y bastaba mirar este jardín o a estos señores. comprender que la especial reverencia de Mateo, con que hablaba de sus amos, no era más que una prudente inflación de su propia dignidad, por la exaltación del pueblo a quien estaba subordinado.

En los últimos meses, la melancolía ha sido especialmente frecuente. Luego, de pie inactivo junto a la ventana durante mucho tiempo, sosteniendo un cigarrillo en el tirachinas de mis dedos, del cual salía un azul azulado por el lado de su luz mandarina y un humo gris sucio por el lado de la boquilla, intenté para contar los ladrillos en la pared contigua, o por la tarde, habiendo apagado la lámpara y con ella oscurecido el centelleo de la habitación en el cristal que se iluminaba inmediatamente, se acercó a

la ventana y, con la cabeza echada hacia atrás, miró el nieve cayendo espesamente durante tanto tiempo, hasta que comenzó a subir en un ascensor, hacia las cuerdas inmóviles de nieve. A veces, después de vagar sin rumbo fijo por el pasillo, abría la puerta, salía a las frías escaleras y, pensando a quién llamar, aunque sabía bien que no había absolutamente nadie a quien llamar, Bajé al teléfono. Allí, en la llamada puerta principal, con un abrigo de lana azul echado hacia atrás con un acordeón, con una gorra con una banda dorada, taburete, - Matvey pelirrojo sentado. Acariciando sus rodillas con sus manos, como si las hubiera lastimado severamente, de vez en cuando echaba la cabeza hacia atrás, abría terriblemente la boca, exponiendo allí su lengua levantada y revoloteando, y bostezando, emitía un rugido anhelante, primero tonalmente hacia arriba aoi , - y luego atrás y -oa. Y bostezando, en seguida, todavía con los ojos llenos de lágrimas de sueño, movió la cabeza en señal de reproche para sí mismo, y luego, con movimientos de lavado, se frotó la cara con tanta fuerza con las palmas, como si pensara en darse valor con el piel desgarrada

Probablemente, esta tendencia bostezante de Matvey debió atribuirse a que los habitantes de la casa, donde y cuando podían, evitaban e incluso parecían descuidar sus servicios, y durante muchos años las llamadas que venían desde la cabina telefónica habían sido resueltamente reprimidas. adaptado en la casa. a todos los apartamentos, de forma que en caso de llamada telefónica, Matvey sólo tiene que pulsar el botón correspondiente.

Mi llamada condicional al teléfono fue una llamada larga y alarmante que, especialmente ahora, en los últimos meses, ha adquirido para mí el carácter de un significado alegre y emocionante. Sin embargo, tales llamadas se volvieron cada vez menos frecuentes. Yag estaba enamorado. Se llevaba bien con una anciana del tipo español, que por alguna razón me odió desde el primer encuentro, y rara vez nos veíamos. Varias veces traté de encontrarme con Burkevits, pero luego lo dejé resueltamente, sin encontrar un tono común con él. Con él, con Burkevits, que ahora se había convertido en un revolucionario, uno tenía que hablar o con indignación cívica con los extraños, o confesando los propios pecados contra el bienestar del pueblo. Ambos eran para mí, acostumbrados a encubrir mis sentimientos con cinismo, o si los expreso, entonces en forma de humor, es vergonzosamente repugnante. Burkevits pertenecía precisamente al número de personas que, por la altura de sus ideales, condenan tanto el humor como

el cinismo: - el humor, porque ven en él la presencia del cinismo, - el cinismo, porque encuentran en él la ausencia del humor. Sólo quedaba Stein, y de vez en cuando me llamaba, me invitaba a sentarme con él, y siempre seguí estas invitaciones.

Stein vivía en una casa lujosa, con escaleras de mármol, con senderos carmesí, un portero exquisitamente atento, y un ascensor cuyo compartimiento, oliendo a perfume, volaba con ese inesperado y siempre desagradable empujón de un alto, cuando el corazón seguía volando hacia arriba. por otro momento y luego cayó hacia atrás. Tan pronto como la mucama me abrió la enorme puerta blanca y lacada, tan pronto como me envolvió el silencio y los olores de este apartamento muy grande y muy caro, Stein ya estaba corriendo a mi encuentro, como si tuviera una prisa terriblemente profesional y, tomándome de la mano, me llevó rápidamente a su lugar, rebuscó en los bolsillos de sus trajes en el armario y, a menudo, incluso salió corriendo al pasillo. , aparentemente hurgando en los bolsillos de sus abrigos de piel y abrigos. . Cuando todo estuvo desenterrado, Stein, seguro de que no se había perdido nada, colocó los objetos de su búsqueda frente a mí sobre la mesa. Todos estos eran boletos viejos, ya usados, tarjetas de invitación, carteles de actuaciones, conciertos y bailes; en una palabra, evidencia material de dónde había estado, en qué teatro, en qué estreno, en qué fila se sentó y, lo más importante. , cuánto tiempo estuvieron en él es pagado. Habiendo arreglado todo esto en tal orden que la fuerza de la impresión que me causó aumentó uniformemente,

Habiendo embestido todo esto con un orgullo perezoso y mencionado lo difícil que era conseguir un boleto y cuánto se pagó de más al vendedor ambulante, Stein finalmente se inclinó sobre mí y socavó el alto costo de taquilla del boleto con la elegante uña de su gran y blanco y dedo mal aplanado. Aquí se quedó en silencio y, habiendo desviado mi mirada del billete hacia sí mismo con este silencio, abrió los brazos, apoyó la cabeza en su hombro y me sonrió con esa sonrisa llorosa, lo que significaba que ese era el costo inconmensurablemente alto de su vida. El billete, Stein, le divierte tanto que ya no puede indignarse.

A veces, cuando llegué a Stein, estaba sobre sus largas piernas en un apuro febril. Terriblemente apurado, se afeitó, cada minuto corría al baño y volvía corriendo, yendo a algún lado, oa un baile, a una velada, a una visita

oa un concierto, y era extraño por qué me necesitaba a mí, a quien acababa de llamar por teléfono. Desparramando las cosas que necesitaba y las que no necesitaba para esa noche, me las mostró apresuradamente -había ayudantes, calcetines, bufandas, perfumes, corbatas- nombrando casualmente los precios y el lugar de compra.

Cuando, ya completamente listo, con un abrigo de piel de tela sedosa, con un puntiagudo sombrero de castor, arrugado y rojo por un cigarrillo encendido que le roía el ojo, inclinó la cabeza frente al espejo y se toqueteó la garganta afeitada y empolvada (mirando en el espejo, Stein siempre bajaba las comisuras como los labios de un pez) - dijo de repente bruscamente - bueno, vámonos - luego, con evidente dificultad, desviando la mirada del espejo, caminó rápidamente hacia la puerta y bajó corriendo las escaleras que tintineaban suavemente tan rápido que apenas podía alcanzarlo. No sé por qué, pero había algo terriblemente hiriente, humillante, vergonzoso en correr detrás de él por las escaleras. Abajo en la entrada, donde el abrasador esperaba a Stein, se despidió de mí sin ningún interés, me dio una mano firme y, quitándomela de inmediato, se dio la vuelta, se sentó y se fue.

Recuerdo que una vez le pedí un préstamo de dinero, una pequeña cantidad, unos cuantos rublos. Sin decir una palabra, Stein, con un movimiento redondeado, y como arrugando el ojo por el humo (aunque en ese momento no fumaba), sacó un maletín de seda veteada de su bolsillo lateral, y sacó un flamante crujiente. billete de cien rublos. - ¿Se lo dará? - Pensé, - y extrañamente, a pesar de que realmente necesitaba el dinero, sentí una desagradable decepción. Fue como si en ese breve momento estuviera convencido de que la amabilidad mostrada por un sinvergüenza es tan decepcionante como la mezquindad cometida por una persona de alto ideal. Pero Stein no lo hizo. "Eso es todo lo que tengo", dijo, señalando con la barbilla el billete de cien rublos. - Si estos cien rublos fueran en denominaciones pequeñas, yo, por supuesto, le daría incluso diez rublos. Pero los tengo en una hoja de papel y, por lo tanto, no estoy de acuerdo en cambiarlo, incluso si solo necesita diez kopeks. Al mismo tiempo, no en mis ojos, sino solo en mi cara, no vieron, aparentemente, lo que iban a ver. "Un billete de cien rublos intercambiado ya no es cien rublos", explicó, perdiendo francamente la paciencia, por alguna razón mientras me mostraba su palma torcida. - El dinero cambiado ya está afectado y por lo tanto el

dinero gastado. "Por supuesto, por supuesto", dije, y felizmente asentí con la cabeza, y le sonreí felizmente, e hice todo lo posible por ocultar mi resentimiento, sintiendo que cuando lo descubriera (la verdad, Sonya escribió la verdad), lo haría. ofenderme aún más dolorosamente. Y Stein, con una cara que expresa a la vez reproche, porque dudaron de él, y satisfacción, porque sin embargo lo reconocieron "Un billete de cien rublos intercambiado ya no es cien rublos", explicó, perdiendo francamente la paciencia, por alguna razón mientras me mostraba su palma torcida. - El dinero cambiado ya está afectado y por lo tanto el dinero gastado. "Por supuesto, por supuesto", dije, y felizmente asentí con la cabeza, y le sonreí felizmente, e hice todo lo posible por ocultar mi resentimiento, sintiendo que cuando lo descubriera (la verdad, Sonya escribió la verdad), lo haría. ofenderme aún más dolorosamente. Y Stein, con una cara que expresa a la vez reproche, porque dudaron de él, y satisfacción, porque sin embargo lo reconocieron "Un billete de cien rublos intercambiado ya no es cien rublos", explicó, perdiendo francamente la paciencia, por alguna razón mientras mostrándome su palma torcida. - El dinero cambiado ya está afectado y por lo tanto el dinero gastado. "Por supuesto, por supuesto", dije, y felizmente asentí con la cabeza, y le sonreí felizmente, e hice todo lo posible por ocultar mi resentimiento, sintiendo que cuando lo descubriera (la verdad, Sonya escribió la verdad), lo haría. ofenderme aún más dolorosamente. Y Stein, con una cara que expresa a la vez reproche, porque dudaron de él, y satisfacción, porque sin embargo lo reconocieron sintiendo que al haberla descubierto (la verdad, Sonya escribió la verdad), me ofenderé aún más dolorosamente. Y Stein, con una cara que expresa a la vez reproche, porque dudaron de él, y satisfacción, porque sin embargo lo reconocieron sintiendo que al haberla descubierto (la verdad, Sonya escribió la verdad), me ofenderé aún más dolorosamente. y Stein, Bien", abrió los brazos. "Señores", dijo con reproche satisfecho de sí mismo, "es hora. Es hora de convertirse finalmente en europeos. Es hora de entender estas cosas.

A pesar de que visitaba a Stein con bastante frecuencia, no se molestó en presentarme a sus padres. Ciertamente, si Stein hubiera estado conmigo, no le habría presentado a mi madre. Sin embargo, esta similitud de nuestras acciones tuvo razones completamente diferentes: Stein no me presentó a sus parientes, porque se avergonzaba de mí frente a ellos, - No le habría presentado a Stein a mi madre, porque me habría avergonzado de Stein para

mi madre. Y cada vez que volvía a casa de Stein, me atormentaba el amargo insulto del pobre hombre, cuya superioridad espiritual es demasiado fuerte para permitirle abrir la envidia, y demasiado débil para dejarlo indiferente.

Hay mucha extrañeza en el hecho de que los fenómenos más odiosos tienen un poder de atracción casi irresistible. Aquí un hombre está sentado y almorzando, y de repente, en algún lugar, detrás de él, un perro vomitó. Una persona puede seguir comiendo y no mirar este lodo. La persona finalmente puede dejar de comer y salir y no mirar. Él puede. Pero algún tipo de anhelo tedioso, como una tentación (y qué tentación, por favor) de arrastrar y arrastrar la cabeza y girar y mirar, mirar lo que lo hará temblar de asco, y lo que absolutamente no quiere. mirar.

Ese es el tipo de atracción que sentí en relación con Stein. Cada vez que regresaba de Stein, me aseguraba que mi pie no volvería a estar allí. Pero unos días más tarde Stein llamó, y de nuevo fui a él, fui, por así decirlo, para despertar dulcemente mi disgusto. A menudo, tumbado en mi cuartito con la lámpara apagada, imaginaba que me dedicaba a algún tipo de comercio, las cosas iban muy bien, y ahora ya estaba abriendo mi propio banco, mientras Stein, completamente harapiento, empobrecido, corría después de mí, buscaba mi amistad, me envidiaba. Tales sueños, tales visiones me resultaban sumamente placenteros, y (aunque esto pueda parecer muy extraño y contradictorio), era precisamente este sentimiento de placer que me despertaban tales imágenes lo que me resultaba sumamente desagradable. En cualquier caso, sea como fuere, salté alegremente del sofá esa noche, cuando esta campana larga y frenética sonó, llamándome al teléfono. En esta noche memorable, esta noche terrible para mí, de nuevo, como antes, estaba listo para ir a Stein, que me llamaba. Pero no fue Stein. Y cuando, corriendo por las frías escaleras y corriendo hacia una cabina telefónica que olía a talco y sudor, cogí el auricular que colgaba de un cordón verde retorcido cerca del suelo, entonces un susurro, quien tosía desde allí no pertenecía a Stein, sino a Sander, un estudiante a quien había conocido recientemente en la cancillería de la universidad. Y este Zander me ladró roncamiento al oído que él y un amigo habían decidido hacer una esnifada esta noche (no entendí, volví a preguntar y me explicó lo que significa esnifar cocaína), que tenían poco dinero, que sería bueno si pudiera ayudarlos, y que me están esperando en un café. Yo tenía una idea muy vaga de la cocaína, por alguna razón me parecía que era algo así como

el alcohol (al menos en cuanto al grado de peligrosidad de impacto en el cuerpo), y desde esa noche, así como todas las últimas Por las noches, no sabía en absoluto qué hacer conmigo mismo ni adónde ir, y como tenía quince rublos, acepté con gusto la invitación.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 2

Era una helada seca y dura, con la que se comprimía todo, justo hasta el punto del bacalao. Cuando el trineo se acercó sigilosamente al pasillo, un chirrido metálico de pasos cayó de todos lados, y de todas partes salía humo de los techos en columnas tan blancas hacia arriba, como si la ciudad estuviera colgando del cielo como una lámpara gigante. También hacía mucho frío y ruido en el pasillo, los espejos estaban cubiertos de nieve, pero en cuanto abrí la puerta del café, una nube de calor, olores y sonidos se escapó de allí.

El pequeño guardarropa, sólo separado del vestíbulo por un tabique, estaba tan atestado de abrigos de piel colgados unos encima de otros que el portero resoplaba y saltaba como escalando una montaña, cuando, agarrando el abrigo que me había quitado por la cintura, lo condujo ciegamente mientras caía y no atrapó el anzuelo de ninguna manera. cuello. En el estante y en el espejo, las gorras y los sombreros estaban muy juntos en columnas, uno encima del otro, en la parte inferior de los chanclos y botas, insertados entre sí, en las suelas estaban manchadas con tiza con la designación de números.

Justo cuando me metía en la sala, el violinista, ya con el violín metido bajo la barbilla, levantó solemnemente el arco y, poniéndose de puntillas y levantando los hombros, se agachó de repente, y (con este movimiento arrastró el piano y el violonchelo tras de sí) comenzó a tocar.

De pie junto a los músicos y mirando hacia la sala atestada, que, tan pronto como comenzaron a tocar, inmediatamente despidió un ruido de voces, traté de atrapar a Zander. Cerca, el pianista trabajaba muy bien con los codos, los omóplatos y toda la espalda, una silla se inclinó con un libro de notas andrajoso colocado debajo y caminó.despegándose la espalda, - el violonchelista, con las cejas enarcadas, suavizando el rostro, inclinó la oreja hacia el dedo tambaleante sobre la cuerda, - y el violinista, con las piernas bien separadas, meneó el torso con impaciente pasión, y se avergonzó terriblemente de su rostro. , regocijándose con lujuria en sus propios sonidos, que con tan alegre perseverancia invitaban a mirarse a sí misma, y que nadie miraba resueltamente.

Poniéndome de puntillas, contrayendo el estómago y arrastrándome de lado entre las mesas poco espaciadas, involuntariamente (debido a algunos que ocurrieron a menudo en los últimos meses, la necesidad de exponer mi insignificancia mental frente a mí), busqué y, por supuesto, no encontré una definición exacta - qué es la música. Aquí, al otro lado de la sala, era un poco más espacioso, los sonidos, como el viento cambiando de dirección, a veces dejaban a los músicos, y luego sus arcos se iban en silencio. Y por la ventana grande Elevándose sobre sus cabezas, Zander ya estaba de pie y, atrayendo mi atención, agitó un pañuelo.

“Bueno, finalmente, aquí, bueno, finalmente, aquí estás”, dijo, abriéndose camino hacia mí y agarrando mi mano con ambas manos. “Bueno, cómo vivimos”, (sacudió la cabeza), “bueno, cómo vivimos, Vadya”. Tenía una enfermedad de sacudir la cabeza, después de lo cual todas las palabras ya pronunciadas parecían haber sido olvidadas por él, sacudidas fuera de él, y con inoportuna persistencia las repetía desde el principio. Sus ojos espinosos y su nariz depredadora se arrugaron alegremente. Sin soltarme la mano y retrocediendo por el estrecho pasillo, me arrastró hasta una mesa donde estaban sentados otros dos. Por la forma en que me miraban expectantes a los ojos, era obvio que estaban en compañía de Zander, y que ahora él nos presentaría. Zander llamó a uno de los que se levantaron para recibirnos, Hirge, al otro Mick, mientras sacudía la cabeza tres veces y comenzaba tres veces que este Mick era dibujante y bailarín. Sobre otro, sobre Hirge, Zander no dijo nada, pero a Hirge le resultó fácil resumirlo (al menos superficialmente) en dos palabras: repugnancia perezosa. Cuando nos acercamos a la mesa, Hirge se levantó con perezoso disgusto, me dio la mano con perezoso disgusto y, volviendo a sentarse, empezó a mirar por encima de las cabezas con perezoso disgusto. El segundo, Mick, obviamente estaba muy nervioso. Sin quitarse el cigarrillo de la boca (se balanceaba al hablar), se volvió hacia Zander sin mirarme. “Bueno, no te quedes mucho tiempo y averigua, averigua la situación. Y, al escuchar de Zander que la posición había sido aclarada, que había quince rublos, le hizo una mueca agria a Zander, luego una sonrisa, luego se quitó todo y golpeó ruidosamente el anillo contra el cristal de la mesa. Hirge apartó la mirada con perezoso disgusto. La camarera, con un rostro terriblemente demacrado que inmediatamente me resultó familiar, se volvió bruscamente al tocar la puerta y, apoyando con firmeza un delantal

almidonado en la esquina afilada de la mesa, clavádoselo en el estómago, comenzó a recoger los vasos vacíos. Solo cuando, recogiendo colillas de cigarrillos (no estaban en un cenicero, sino que estaban esparcidas sobre la mesa), ella, bajando los labios con disgusto, sacudió la cabeza así, como si no esperara nada más que repugnante de ti, - Yo reconoció a Nelly en ella. Sin mirarme, a pesar de que la saludé y le pregunté cómo estaba, siguió limpiando apresuradamente con un trapo el vidrio de la mesa, en voz baja dijo - nada, Mercy, - se puso roja de ladrillo, puntos enfermos, y cuando recogió todo de la mesa, tímidamente miró hacia el aparador, y de repente, inclinándose hacia Khirga, rápidamente dijo que ahora estaba tomando un turno y que estaría esperando abajo. Qué hizo Hirge (solo apoyó las manos en la mesa y del esfuerzo por levantarse se le deformó tanto el rostro, como herido de muerte en la espalda) con un perezoso metiéndoselo en el estómago, empezó a recoger vasos vacíos. Solo cuando, recogiendo colillas de cigarrillos (no estaban en un cenicero, sino que estaban esparcidas sobre la mesa), ella, bajando los labios con disgusto, sacudió la cabeza así, como si no esperara nada más que repugnante de ti, - Yo reconoció a Nelly en ella. Sin mirarme, a pesar de que la saludé y le pregunté cómo estaba, ella siguió limpiando apresuradamente el vidrio de la mesa con un trapo, dijo en voz baja: nada, Mercy, se puso roja con ladrillo, manchas enfermas, y cuando recogió todo de la mesa, miró tímidamente hacia el aparador, y de repente, inclinándose hacia Khirga, rápidamente dijo que ahora estaba tomando un turno y que ella estaría esperando abajo. Qué hizo Hirge (solo apoyó las manos en la mesa y del esfuerzo por levantarse se le deformó tanto el rostro, como herido de muerte en la espalda) con un perezoso metiéndoselo en el estómago, empezó a recoger vasos vacíos. Solo cuando, recogiendo colillas de cigarrillos (no estaban en un cenicero, sino que estaban esparcidas sobre la mesa), ella, bajando los labios con disgusto, sacudió la cabeza así, como si no esperara nada más que repugnante de ti, - Yo reconoció a Nelly en ella. sin mirarme, a pesar de que la saludé y le pregunté cómo estaba, ella siguió limpiando a toda prisa el vidrio de la mesa con un trapo, dijo en voz baja - nada, Mercy, - se puso roja de ladrillo, manchas enfermas, y cuando recogió todo del miró tímidamente hacia el aparador, y de repente, inclinándose hacia Khirga, dijo rápidamente que ahora estaba tomando un turno y que estaría esperando abajo. ¿Qué hizo Hirge (solo apoyó las manos en la mesa y del esfuerzo por levantarse se le deformó tanto el rostro, como herido de muerte en la espalda) con un

holgazán recogiendo colillas (no estaban tiradas en un cenicero, sino esparcidas) justo sobre la mesa), bajó los labios con asco, sacudió la cabeza como si no esperara nada más que ese asco de ti - Reconocí a Nelly en ella. sin mirarme, a pesar de que la saludé y le pregunté cómo estaba, ella siguió limpiando a toda prisa el vidrio de la mesa con un trapo, dijo en voz baja - nada, Mercy, - se puso roja de ladrillo, manchas enfermas, y cuando recogió todo del miró tímidamente hacia el aparador, y de repente, inclinándose hacia Khirga, dijo rápidamente que ahora estaba tomando un turno y que estaría esperando abajo. ¿Qué hizo Hirge (solo apoyó las manos en la mesa y del esfuerzo por levantarse se le deformó tanto el rostro, como herido de muerte en la espalda) con un holgazán recogiendo colillas (no estaban tiradas en un cenicero, sino esparcidas) justo sobre la mesa), bajó los labios con asco, sacudió la cabeza como si no esperara nada más que ese asco de ti - Reconocí a Nelly en ella. sin mirarme, a pesar de que la saludé y le pregunté cómo estaba, ella siguió limpiando a toda prisa el vidrio de la mesa con un trapo, dijo en voz baja - nada, Mercy, - se puso roja de ladrillo, manchas enfermas, y cuando recogió todo del miró tímidamente hacia el aparador, y de repente, inclinándose hacia Khirga, dijo rápidamente que ahora estaba tomando un turno y que estaría esperando abajo. ¿Qué hizo Hirge (solo apoyó las manos en la mesa y del esfuerzo por levantarse se le deformó tanto el rostro, como herido de muerte en la espalda) con un perezoso como si no esperara nada más que un comportamiento tan repugnante de tu parte? Nellie en ella. Sin mirarme, a pesar de que la saludé y le pregunté cómo estaba, ella siguió limpiando apresuradamente el vidrio de la mesa con un trapo, dijo en voz baja - nada, Mercy, - se puso roja con ladrillo, manchas enfermas, y cuando recogió todo de la mesa, miró tímidamente hacia el aparador, y de repente, inclinándose hacia Khirga, rápidamente dijo que ahora estaba tomando un turno y que estaría esperando abajo. ¿Qué hizo Hirge (solo apoyó las manos en la mesa y del esfuerzo por levantarse se le deformó tanto el rostro, como herido de muerte en la espalda) con un perezoso como si no esperara nada más que un comportamiento tan repugnante de tu parte? Nellie en ella. Sin mirarme, a pesar de que la saludé y le pregunté cómo estaba, ella siguió limpiando apresuradamente el vidrio de la mesa con un trapo, en voz baja dijo - nada, Mercy, - se puso roja de ladrillo, manchas enfermas, y cuando recogió todo de la mesa, miró tímidamente hacia el aparador, y de repente, inclinándose hacia Khirga, rápidamente dijo que ahora estaba tomando un turno y que

estaría esperando abajo. ¿Qué hizo Hirge (solo apoyó las manos en la mesa y por el esfuerzo de levantarse se le distorsionó el rostro, como si estuviera herido de muerte en la espalda) con un perezoso: se sonrojó con ladrillo, manchas enfermas, y cuando reunió todo de la mesa, miró tímidamente hacia el aparador, y de repente, inclinándose hacia Khirga, rápidamente dijo que ahora estaba tomando turnos y que estaría esperando abajo. ¿Qué hizo Hirge (solo apoyó las manos en la mesa y por el esfuerzo de levantarse se le distorsionó el rostro, como si estuviera herido de muerte en la espalda) con un perezoso: se sonrojó con ladrillo, manchas enfermas, y cuando reunió todo de la mesa, miró tímidamente hacia el aparador, y de repente, inclinándose hacia Khirga, rápidamente dijo que ahora estaba tomando turnos y que estaría esperando abajo. ¿Qué hizo Hirge (solo apoyó las manos en la mesa y del esfuerzo por levantarse se le deformó tanto el rostro, como herido de muerte en la espalda) con un perezoso sacudió la cabeza con disgusto.

CAPÍTULO 3

En menos de un cuarto de hora, todos nosotros, Nelly, Zander, Mick y yo, nos instalamos en una habitación bien calentada, llena de muebles muy viejos. Ahora, detrás de la puerta, de manera que ésta sólo podía abrirse a medias, estaba un viejo piano; sus llaves eran del color de los dientes sucios, y en los candelabros, enroscados en el arcón del piano y colgando, sobresaliendo, inclinándose en diferentes direcciones (los agujeros de los candelabros eran demasiado grandes), velas rojas retorcidas, salpicadas con una especie de oro. puntos y colas blancas de mechas que sobresalen desde arriba. A lo largo de la pared había una repisa de una chimenea, sobre el tablero blanco y de mármol del cual, bajo una cúpula de vidrio, dos caballeros franceses de bronce, en camisolas, medias y botas con hebillas, inclinaban la cabeza y hacían un minué pas con los pies. , iban a tirar elegantemente el reloj, con esfera blanca sin cristal, con agujero negro para dar cuerda, y con una sola aguja, y aun así era curva. En medio de la habitación había unos sillones bajos, cuyo terciopelo, al rozarlo contra la pila, daba un tono amarillo, y contra la pila, un tinte negro con tal nitidez que se podía escribir sobre él. Y en medio de los sillones había una mesa lacada negra, de forma ovalada, y debajo de ella, las patas intrincadamente curvadas estaban conectadas por una placa curva, sobre la cual yacía un álbum familiar, del cual me convencí inmediatamente tan pronto como estaba. sacado Este álbum estaba cerrado con una hebilla con un golpe, presionando sobre el cual, después de saltar, se abrió. La cubierta del álbum estaba hecha de terciopelo lila (en la encuadernación inferior en las esquinas había cabezas de clavos convexos de latón, ligeramente desgastados; el álbum descansaba sobre ellos, como sobre ruedas), mientras tanto, en la tapa superior se representaba con colores agrietados una troika gallarda y veloz con un cochero blandiendo un látigo y con nubes bajo los patines. Lo abrí y comencé a hojear las páginas interiores, que tenían los bordes dorados y estaban hechas de un cartón tan macizo que, al darles la vuelta, chasqueaban unas contra otras, como si fueran de madera, cuando Mick me llamó emocionado al otro lado del pasillo. habitación. “Aquí, echa un vistazo”, dijo, sin mirarme y haciéndome señas con la mano extendida para que me acercara. - Solo mira este baystruk, solo mira este horror. Y me señaló los bronceados y desnudos que estaban dorados en los bordes y

hechos de un cartón tan macizo que, cuando se les daba la vuelta, hacían clic como si fueran de madera, mientras que en ese momento Mick me llamó enérgicamente al otro lado de la habitación. "Aquí, echa un vistazo", dijo, sin mirarme y haciéndome señas con su mano extendida para que me acercara. - Solo mira este baystruk, solo mira este horror. Y me señaló los bronceados y desnudos que estaban dorados en los bordes y hechos de un cartón tan macizo que, cuando se les daba la vuelta, hacían clic como si fueran de madera, mientras que en ese momento Mick me llamó enérgicamente al otro lado de la habitación. "Aquí, echa un vistazo", dijo, sin mirarme y haciéndome señas con la mano extendida para que me acercara. - Solo mira este baystruk, solo mira este horror. Y me señaló la bronceada y desnuda cuando se les dio la vuelta, hicieron clic como si fueran de madera, ya que en ese momento Mick me llamó enérgicamente al otro lado de la habitación. "Aquí, echa un vistazo", dijo, sin mirarme y haciéndome señas con la mano extendida para que me acercara. - Solo mira este baystruk, solo mira este horror. Y me señaló la bronceada y desnuda cuando se les dio la vuelta, hicieron clic como si fueran de madera, ya que en ese momento Mick me llamó enérgicamente al otro lado de la habitación. "Aquí, echa un vistazo", dijo, sin mirarme y haciéndome señas con la mano extendida para que me acercara. - Solo mira este baystruk, solo mira este horror. Y me señaló la bronceada y desnudaun bebé, con una mano regordeta sosteniendo en el aire un enorme candelabro. "Da miedo pensar", gritó Mick, presionando su puño contra su frente, "en qué tema tan idiota estaban las personas que trabajaron esto, y también los que compraron tal cosa. No, cariño, miras (me agarró por los hombros), solo miras su físico. Piénsalo (presionó su puño contra su frente), porque este bebé levanta con su brazo extendido tal peso que supera cinco veces su propio peso, porque es monstruoso, porque son como veinte libras para ti y para mí. ¿Bien? Y mientras tanto que expresa su rostro. ¿Ves en él el más mínimo eco de lucha, esfuerzo o tensión? Sí, le arrancarás este candelabro de su manita, y te aseguro que hasta la enfermera más sensible, mirándole a la cara,

— Bueno, qué diablos quieres de nuevo, - gritó alegremente Zander desde el otro extremo de la habitación y estaba a punto de dar la vuelta a las sillas en nuestra dirección, pero en ese momento Hirge entró en la habitación. Estaba en bata, apretando las manos contra el pecho, cargando

algo con cuidado, y tan pronto como entró, no, tan pronto como abrió la puerta con la rodilla, todos, Mick, Zander y Nelly, fueron a su encuentro. , y como no se detuvo, lo siguió de nuevo hasta la mesa lacada, donde brillaba más bajo la lámpara colgante. Yo también subí.

Ya había una pequeña caja de hojalata sobre la mesa, similar a aquellas en las que Abrikosov vendía pajitas, solo que más pequeña y más corta. En su hojalata brillante, como si no se hubiera limpiado, había jirones de papel roto aquí y allá. Cerca yacía algo más como una brújula con un hilo, y también había una caja de madera. “Bueno, adelante, adelante, no hay nada que esperar”, dijo Mick, “mira nuestra belleza, ya es completamente insoportable”. Y saludó con la cabeza a Nellie, quien, con cara de enferma súbitamente, con impaciencia primero apoyó los codos sobre la mesa, luego se enderezó de nuevo, sin apartar los ojos de Khirge, como apuntando hacia donde era mejor morder: desde arriba o desde abajo. Hirge se frotó la frente con cansancio y, moviendo la lengua y los labios con disgusto, dijo: “Hoy un gramo cuesta siete cincuenta, quieres decir cuánto. Las últimas palabras se aplicaron a mí y al ver cómo Zander me parpadeaba indignado, como si hubiera aprendido el papel conmigo antes, que ahora, cuando necesito pronunciarlo, lo olvidé: dije que tenía casi quince rublos. —Y un gramo para mí —dijo Nellie de repente y de forma bastante inesperada, y se mordió el labio inferior hasta convertirlo en una mota blanca—. Hirge, cerrando los ojos, en forma de consentimiento, lo dejó caer un poco.cabeza, dejó un cigarrillo encendido en el costado de la mesa y, sin prestar atención a Mick, quien, soplando aire con ruidosa impaciencia, se paseaba por la habitación, llevando su cabeza (como una jarra) con los brazos extendidos, abrió la puerta. caja de lata. “Eso significa dos gramos para ti”, me dijo Hirge, tratando de sacar con cuidado el azul que estaba en la lata. “No, por supuesto”, intervino Zander, deteniéndolo, “debe dividirse. Y sacudiendo la cabeza una vez más: “Hay que dividirlo. Pero Mick ya había corrido hacia la mesa y, levantando el dedo índice (como si tuviera una idea maravillosa), con voz alegre sugirió que los tres gramos se dividieran por igual en cuatro partes, de modo que cada una tuviera tres cuartos. Con los ojos bajos, Nellie dijo:

— no, tengo un gramo entero; todo el día por este dinero trabajas, trabajas. Se mordió el labio de nuevo, pero no levantó los ojos. "Está bien, está bien", Mick la saludó conciliador y enojado, "entonces hagámoslo de

manera diferente". Y se ofreció a compartir mis dos gramos, dándoles a él ya Zander tres cuartos cada uno, ya mí, como principiante, la mitad. — Puedes, sí — me preguntó, mirándome a los ojos con cariño. Y solo Sander intervino, expresando dudas sobre si dos tres cuartos y un medio hacen dos enteros.

Al ver que finalmente se había llegado a un acuerdo general, Hirge, que hasta ese momento había permanecido con la cabeza y las manos gachas, aceptó el dinero de Nelly y yo, lo contó, se lo guardó en el bolsillo y volvió a apartar el cigarrillo de modo que no quemaría la mesa, tomó la caja de hojalata. en el que se podía ver algo azul. Solo ahora, cuando Hirge sacó este azul de la caja, me di cuenta de que era una bolsa de papel azul, y que junto a la lata ahora vacía había una balanza de boticario, que antes se tomaba como brújula. Del bolsillo de su chaleco, Hirge sacó una espátula de hueso y varias hojas de papel, dobladas como en una farmacia para polvos. Desdobló uno de ellos - estaba vacío - Hirge lo metió en una copa de balanza, y echando sobre el otro un diminuto trozo de metal que sacó de la caja (había pesas dentro), levantó la barra de equilibrio para que las cuerdas se estiraran, las copas de la balanza quedaran en contacto con la mesa. Continuando sosteniendo la balanza con una mano, Hirge abrió la abertura de la bolsa con la otra mano, en la que había una espátula de hueso, y bajó la espátula. El papel chirrió y me di cuenta de que en la bolsa azul había otra bolsa, hecha de blanco, que estaba enhebrada muy de cerca. chirriaba) como papel encerado. Un polvo blanco yacía en una joroba sobre una espátula de hueso, que luego se extraía con cuidado. Era muy blanca y brillaba cristalinamente, como bolas de naftalina. Hirge con una muy grande, la dejó caer con cautela en una bolsa sobre la balanza y levantó el yugo más alto con la otra mano. La taza con el peso resultó ser más pesada. Luego, sin bajar la balanza levantada sobre la mesa, Hirge volvió a meter la espátula de hueso en la bolsa azul, pero al parecer era muy incómoda y pesada en la mano. “Sostén el paquete”, le dijo a Mick, que estaba parado más cerca de él, “y solo ahora, cuando dijo estas palabras, me di cuenta del terrible silencio que reinaba en la habitación. “Eh, aquí no hay casi nada”, dijo Mick, en ese momento Hirge, sin contestar, y sacando más cocaína con una espátula, lo dejó caer de la espátula a la balanza con el movimiento de un dedo golpeador, que se usa para arrojar cenizas de un cigarrillo. Cuando la balanza estuvo nivelada, Hirge, con un movimiento cuidadoso y preciso,

volvió a dejar caer el resto de la espátula en la bolsa, bajó la balanza, sacó la pólvora y, cerrándola y tomando la cocaína,

Mientras Hirge estaba pesando y preparando el siguiente polvo, (por lo general vendía polvos listos para usar, pero Mick todavía está en camino, temeroso de cómo descubrí que Hirge mezclaría la quinina, hizo condición indispensable que yo estuviera presente durante el pesaje), y así, mientras se preparaba el siguiente polvo, miré a Nellie. Inmediatamente abrió su polvo sobre la mesa, sacó un tubo de vidrio corto y angosto de su bolso, y con el extremo separó un montoncito de cocaína que se soltó inmediatamente. Luego puso el extremo del tubo en este montón de cocaína, inclinó la cabeza, insertó el extremo superior del tubo en su fosa nasal y tiró de él. El montón de cocaína lo separó, a pesar de que el vaso no entró en contacto con la cocaína, sino que sólo se colocó encima de ella, desapareció. Después de hacer lo mismo con la otra fosa nasal, dobló el polvo, lo guardó en su bolso, se fue al fondo de la habitación y se sentó en un sillón.

Mientras tanto, Hirge ya había logrado colgar el siguiente polvo, al que ahora se estiró Zander. “Ah, no lo cierres, por favor”, dijo mientras Hirge, inclinando la cabeza hacia un lado, como si admirara su trabajo, terminaba el polvo, “oh, no presiones, no lo aplastes, no. Y con mano temblorosa, tomando el polvo abierto de la mano tranquila de Hirge, Zander vertió un montón de cocaína en el dorso de su mano, pero mucho más grande que Nelly. Luego, estirando su peludo cuello para quedar por encima de la mesa, Zander acercó la nariz al montículo de cocaína y sin tocar el polvo, torciendo la boca para tapar la otra fosa nasal, chupó ruidosamente. La corredera ha desaparecido de la mano. Hizo lo mismo con la otra fosa nasal, con la única diferencia, sin embargo, de que la porción de cocaína destinada a ella era tan insignificamente pequeña que apenas se notaba. “Solo puedo oler por la fosa nasal izquierda”, me explicó con cara de hombre que, hablando de la exclusividad de su naturaleza, suaviza la jactancia con un aire de desconcierto. Al mismo tiempo, haciendo una mueca de disgusto, sacando la lengua, lamió varias veces el lugar de su mano en el que vertió cocaína y, finalmente, al notar que una pelusa cayó de su nariz sobre la mesa, se inclinó y lamió la mesa, dejándola húmeda, rápidamente sobre la superficie barnizada. fugitivo, punto mate.

Ahora mi polvo ya estaba pesado y colocado ordenadamente frente a mí, mientras Mick, después de cerrar la puerta detrás de Hirge, que había salido, vertió su polvo con mucho cuidado en una pequeña botella de vidrio que sacó de su bolsillo. Habiendo olfateado la cocaína (Mick también olfateó de alguna manera a su manera, de una manera diferente a los demás, bajó el lado romo del palillo en el vial, en el que la cocaína era como una aguja clavada alrededor de las paredes, y tirando sacó una pirámide de polvo en su punta curva, se la llevó a la fosa nasal, nada despertando), olfateando, vio mi bolsa aún intacta. - ¿Por qué no te gusta? me preguntó en tono de reproche y desconcierto, como si estuviera leyendo un periódico en el foyer del teatro, cuando la función ya había comenzado. Le expliqué que en realidad no sé cómo, y no tengo nada. "Vamos, Haré todo por ti", dijo exactamente como si yo no tuviera un boleto, y expresó su disposición a dármelo. "Señores", les gritó a Zander y Nellie, quienes estaban abriendo una mesa de juego en la esquina y ya habían sacado crayones y cartas, "qué están haciendo allí, vayan y miren, después de todo, privan a una persona de su fosa nasal. inocencia. Mick abrió mi polvo (la cocaína estaba aplanada en él, yacía en una capa más gruesa en el medio, terminaba en una línea ondulada a lo largo de los bordes, y Mick abrió una grieta en el espesor y pareció saltar por todas partes), con el final de un palillo recogió un poco de polvo en su hueco y, abrazándome por los hombros, tiró ligeramente hacia él. Ahora podía ver su cara cerca de mí. Sus ojos estaban calientes, húmedos y brillantes, sus labios se movían sin abrirse, como si estuviera chupando una paleta. "I Te pondré este rapé en las fosas nasales y te torcerás la nariz, eso es todo —dijo Mick, levantando con cuidado el palillo—. Y solo yo, sintiendo el palillo que se acercaba, quería aspirar aire dentro de mí, como Mick, diciendo: oh, diablos, la bajó. Ella estaba vacía.

— Qué hiciste, - Zander se emocionó (él y Nelli ya estaban parados en la mesa), - lo volaste. De hecho, tenía miedo de que mi aliento, que incluso contuve, pudiera llevarse este polvo blanco, y al notar que mi chaqueta estaba salpicada debajo de mi barbilla, involuntariamente, como hacía con el polvo, comencé a sacudirlo con mi manga. "¿Qué estás haciendo, bastardo?", Gritó Zander, y, arrojándose y golpeándose las rodillas contra el suelo, sacó su polvo allí y comenzó a acumular pelusa en él. Sintiendo que había cometido una terrible torpeza, miré suplicante a Nellie. "No, no, no sabes cómo", respondió de inmediato con dulzura, tomó

un palillo de dientes de Mick a través de la mesa (sin pasar por alto a Zander que se arrastraba por el suelo, susurró completamente a la manera de una mujer, aspirando el aire - Señor) - y Vino a mi. “Ya ves, querida, me entiendes -hablaba un poco indistintamente, agitando un palillo, como si algo le apretara los dientes-, la cocaína, o como le decimos, coksh, ya sabes, solo coksh, bueno, eso es lo que significa coksh... "O, como lo llamamos, cocaína", intervino Mick, pero Nellie agitó su palillo hacia él. “Bueno, aquí está el koksh”, continuó, “es extraordinario, es mágicamente ligero. Verás. La más mínima respiración es suficiente para rociarlo. Por lo tanto, para no volarlo, no debe respirar por sí mismo o debe purgar el aire de antemano. "De los pulmones, por supuesto", dijo Mick con tristeza. "Desde los pulmones", arrulló Nellie, e inmediatamente a Mick, "oh, vete, solo estás en el camino", y de vuelta a mí, "bueno, entiendes, tan pronto como te traiga un rapé, no deberías No respire por ti mismo, pero de inmediato inclínate. Ahora entendemos, sí”, dijo.

Obedientemente, como ella ordenó, no respiré y luego dentro de mí mismo, tan pronto como sentí el cosquilleo de un palillo en la fosa nasal. “Muy bien”, dijo Nellie, “una vez más ahora”, y volvió a picar con un palillo en polvo. Desde la primera inhalación, no sentí nada en la nariz, excepto, y aún así solo en el momento en que olfateé, un olor peculiar, pero no desagradable, de farmacia, que desapareció de inmediato tan pronto como lo inspiré. Nuevamente sentí el palillo en la otra fosa nasal, volví a jalar con la nariz, esta vez envalentonado, mucho más fuerte. Sin embargo, aparentemente, me excedí, sentí cómo el polvo aspirado cosquilleaba la nasofaringe y, tragando involuntariamente, inmediatamente sentí una amargura repugnante y aguda que se derramaba de la laringe a la saliva en mi boca.

Al ver la mirada escrutadora de Nellin sobre mí, traté de no estremecerme. Sus ojos azules, generalmente sucios, ahora eran completamente negros, y solo una estrecha franja azul rodeaba esta pupila negra, terriblemente dilatada y ardiente. Los labios, como los de Mick, hacían un movimiento continuo de lamedura, y yo estaba a punto de preguntar qué estaban chupando, pero justo en ese momento, Nellie le dio a Mick un palillo y puso mis polvos en orden, rápidamente se dirigió a la puerta, dándose la vuelta. , dijo - Vuelvo en un minuto - y salió.

La amargura en mi boca se ha ido casi por completo y solo esofrialidad de la laringe y de las encías, cuando se respira frío durante mucho tiempo con la boca bien abierta, y cuando, después de cerrarla, parece aún más frío por la saliva caliente. Los dientes, por otro lado, estaban completamente congelados, de modo que al presionar un diente, se sentía cómo, sin dolor, todos los demás se arrastraban detrás de él, como si estuvieran unidos entre sí.

— Ahora debes respirar solo por la nariz, - me dijo Mick, y realmente se volvió tan fácil respirar, como si la abertura de la nariz se hubiera expandido al extremo, y el aire se hubiera vuelto especialmente exuberante y fresco. “E-te-te-te,” Mick me detuvo con un movimiento asustado de su mano, viendo que yo sacaba un pañuelo. “Ríndete, es imposible”, dijo con severidad. “Pero si necesito sonarme la nariz”, insistí. “Bueno, de qué estás hablando”, dijo, empujando su cabeza hacia adelante y presionando su puño contra su frente. - Bueno, qué clase de tonto se suena la nariz después de un rapé. ¿Dónde se escucha esto? Tragar. Por eso es cocaína, no un remedio para el resfriado.

Mientras tanto, Zander, sosteniendo su polvo en la mano, se sentó en el extremo de la silla, se sentó en silencio, sacudió la cabeza y, como si hubiera pensado en algo, se dirigió a la puerta. “Escucha, Zander”, Mick lo detuvo, “llamas a Nelka allí, dile que se dé prisa”. Y date prisa, yo tampoco estoy muerto todavía.

Cuando Zander, con unos extraños movimientos de temerosa cautela, cerró la puerta detrás de él, le pregunté a Mick qué pasaba y a dónde iban todos. “Eh, vacío”, respondió (también hablaba algo raro, entre dientes), “es que después de los primeros olfateos, el estómago se deteriora, pero enseguida pasa y el olfateo ya no funciona hasta el final. No puedes tener eso todavía —añadió, como para tranquilizarlo, escuchando en la puerta. — No creo que la cocaína funcione conmigo —dije de repente, de forma bastante inesperada para mí y al mismo tiempo experimentando tanto placer y tanto entusiasmo en el sonido purificado de mi voz, como si hubiera dicho algo terriblemente inteligente. Mick cruzó deliberadamente la habitación para darme una palmada condescendiente en el hombro. “Eso se lo puedes contar a tu abuela”, dijo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 4

Ahora no hay nadie en la habitación, así que me acerco y me siento junto a la chimenea. Me siento junto al agujero negro enrejado de la chimenea y hago dentro de mí el trabajo que cualquiera en mi lugar y en mi posición haría: esfuerzo mi conciencia, obligándola a observar los cambios en misensaciones. Esto es autoprotección: es necesario restaurar el dique entre la perceptibilidad interior y su manifestación exterior.

Mick, Nelly y Zander regresan a la habitación. Extiendo mi polvo en el brazo de mi silla, le pido a Mick un palillo de dientes, huelo dos rapés más. No hago esto, por supuesto, no por mí, sino por ellos. El papel cruje, la coca rebota con cada crujido, pero hago de todo y no derramo nada. Un toque ligero, alegre, que siento al mismo tiempo, lo percibo como consecuencia de mi destreza.

Me desplomo en mi silla. Me siento bien. Dentro de mí, un rayo de observación brilla atento en mis sensaciones. Espero una explosión en ellos, espero un relámpago, como resultado de la anestesia tomada, pero cuanto más avanzo, más me convenzo de que no hay explosión, no hay relámpago, y no lo habrá. La cocaína realmente no funciona en mí. Y a partir de la conciencia de impotencia frente a mí de un veneno tan flexible, mi alegría, y con ella la conciencia de la exclusividad de mi personalidad, se hace cada vez más fuerte.

Al fondo de la sala, Zander y Nelly están sentados en la mesa de juego, tirándose cartas el uno al otro. Aquí Mick palpa sus bolsillos, encuentra fósforos, enciende una vela en un candelabro alto. Con amor, observo con qué cuidado cierra la vela con la palma de la mano redondeada, lleva su llama en la cara.

Y estoy cada vez mejor. Ya siento que mi alegría se cuelga en mi garganta con su cabeza tierna, haciéndome cosquillas. De alegría (me estoy asfixiando un poco) se me hace insoportable, ya tengo que salpicarme un poco, y tengo muchas ganas de decirles algo a estos pobrecitos.

Está bien que todos silben, agiten sus manos, exigiendo que yo (como fue estipulado estrictamente por todos incluso antes) guarde silencio. Está

bien, porque no estoy enojado con ellos. Por un momento, solo por un breve momento, siento, por así decirlo, la expectativa de un sentimiento de resentimiento. Pero incluso esta expectativa de resentimiento, así como la sorpresa de que no siento ningún resentimiento, todas estas ya no son experiencias, sino, por así decirlo, conclusiones teóricas sobre cómo mis sentimientos debería haber respondido a tales eventos. La alegría en mí ya es tan fuerte que pasa intacta a través de cada insulto: como una nube, no puede ser rayada ni por el cuchillo más afilado.

Mick toma un acorde. Me estremezco. Solo que ahora me doy cuenta de lo tenso que está mi cuerpo. Me siento en mi silla, sin inclinarme hacia atrás, y los músculos del estómago están desagradablemente tensos. Me recuesto en mi silla, pero no ayuda. Los músculos se relajan. En contra de mi voluntad, me siento en este cómodo sillón en una tensión tan tensa, como si estuviera a punto de ceder debajo de mí y colapsar.

En el piano, una vela arde sobre Mick. La lengua de fuego se balancea, y en la dirección opuesta, una sombra bigotuda se balancea bajo la nariz de Mick. Mick vuelve a tocar el acorde, luego lo repite en voz muy baja: Creo que se va flotando con la habitación.

Bueno, ahora dime qué es la música, susurran mis labios. Debajo de la garganta, toda la alegría se acumula en un bulto que salta histéricamente. “La música es la imagen sonora simultánea del sentimiento de movimiento y el movimiento del sentimiento. Mis labios repiten y susurran estas palabras innumerables veces. Entro cada vez más profundamente en su significado y languidezco de placer.

Trato de tomar aire, pero estoy tan tenso, tan tenso, que, atrayendo el aire más adentro de mí, lo inhalo y lo exhalo en breves sacudidas. Quiero quitarme el polvo del brazo del sillón y olerlo, pero aunque ejerzo toda mi fuerza de voluntad y ordeno a mis manos que se muevan rápido, mis manos no obedecen, se mueven despacio, despacio, en una especie de tímida petrificación, refrenado por el miedo a romperse, esparcirse, volcarse.

He estado sentado durante mucho tiempo, con las piernas cruzadas, ligeramente de lado. Y la pierna y el costado, en los que me siento con todo mi peso, están cansados, la piel de gallina está entumecida, quieren un cambio. Forzo mi voluntad, quiero moverme, dar la vuelta, sentarme de otra

manera, sentarme del otro lado, pero el cuerpo es tímido, frío, constreñido, como si solo necesitara moverse y todo retumbaría y caería. El deseo de romper, romper este tímido fósil, y la simultánea incapacidad para hacerlo, me irrita. Pero esta irritación también es silenciosa, profundamente interna, no descargada por nada y, por lo tanto, siempre en aumento. Y nuestro Vadim ya está completamente apagado. Habla Mick. Luego pasa un período de tiempo, durante el cual, lo sé, todos me miran. Me siento rígidamente, sin girar la cabeza. Todavía tengo la misma sensación en el cuello: si giro la cabeza, Trastornaré la habitación. Y no está nada cabreado. Solo tiene una reacción y necesita que le olfateen lo antes posible. —

Estedice Nellie.

Mick viene. Lo escucho desenrollar el polvo sobre mi oído, pero no miro allí. Me alejo, bajo los ojos, hago todo lo posible para que no los vea. Tengo miedo de mostrar mis ojos. Este es un sentimiento nuevo. Este miedo a mostrar los ojos no es timidez, no timidez, no, es miedo a la humillación, a la desgracia y a otra cosa absolutamente terrible que ahora se abre en ellos. Siento un palillo contra mi fosa nasal y tiro. Entonces otra vez

Quiero decir gracias, pero mi voz está atascada. "Gracias", digo al fin, pero antes de decir estas palabras, toso con fuerza, tosiendo mi voz. Pero no es mi voz. Es algo amortiguado, alegremente difícil, entre dientes apretados.

Mick sigue esperando. "Tal vez necesites algo", pregunta. Asiento con la cabeza, siento que los movimientos ya son más fáciles, más libres. Ya no hay irritación sorda, hay un toque fresco de alegría.

Mick toma mi mano, me levanto, me voy. Es un poco difícil al principio. En mis pies tengo miedo de resbalar, volcar, como una persona muy fría que pisa hielo resbaladizo. En el pasillo, inmediatamente sentí mucho frío.

De camino al baño en el pasillo, hay un fuerte olor a repollo y algo más comestible. Ante el recuerdo de la comida, siento repugnancia, pero esta repugnancia es especial. Me canso de la comida, no de saciedad, sino de conmoción espiritual. Mi garganta se siente tan apretada y sensible que incluso un pequeño trozo de comida debería atascarse o rasgarse.

Mick tiene un vaso de agua en el piano. “Bebe”, dice él también entre dientes y también oculta los ojos, “será aún mejor”. Hago fuerza, quiero velocidad, pero mi mano lentamente, lentamente y de alguna manera temerosa, alcanza el vaso. La lengua y el paladar están tan callosos y secos que el agua no los moja para nada, solo los refresca. En el momento de un sorbo, también siento repugnancia por el agua, la tomo como medicina. “Lo mejor es el café negro”, dice Mick, “pero no hay. El humo también es bueno. - Yo fumo.

Cada vez que me pongo un cigarrillo en los labios, los atrapo en un movimiento constante de succión. Con este movimiento de succión, se expulsa un exceso insoportable de mi placer. Sé que podría contenerme si fuera necesario, pero eso sería tan antinatural como mantener las manos a los costados mientras corre rápido.

Ya sea por agua, por cigarrillos, o por nuevas inhalaciones de la ya acabada cocaína, pero siento que mi cuerpo tímido, helado y tembloroso se mueve, como si algo no pudiera ser volcado y derribado, que mis piernas heladas, buscando a tientas el piso como sobre hielo, - que todo es mioun extraño estado similar a una enfermedad, que todo esto es también un miserable caparazón, en el que se vierte un júbilo silencioso y violento.

Voy a la mesa. Mientras doy un paso, mientras doblo la rodilla y vuelvo a poner el pie con el miedo apretado, mi movimiento me parece tan dolorosamente largo, como si no fuera a terminar nunca. Pero cuando ya se ha dado el paso, cuando ya se ha completado el movimiento, entonces él, este movimiento cumplido, me parece en mi recuerdo tan fantasmalmente instantáneo, como si ni él ni los esfuerzos que lo acompañan lo fueran en absoluto. Y ya lo sé: en esta largura atormentadora de lo que se hace, y en esta desaparición fantasmal de lo ya acontecido, en esta gran dualidad transcurre la noche entera. Este vendaje me parece largo e interminable, este temblor subiendo por las mangas de mi abrigo, después de que yo, con la voz quebrada de júbilo, sugiero a Mick que vaya a mi casa, lleve allí algo valioso y lo cambie por nuevos polvos. Pero ahora los abrigos de piel están puestos, y estamos en el pasillo, y como si no hubiera tantos esfuerzos, gastamos en vestirnos. Largo y agónicamente interminable parece este desastroso descenso de las escaleras, como si estuviera cubierto de hielo resbaladizo, en el que mis pies apenas pueden contenerse de resbalar, y al

mismo tiempo apresurarse a sacudidas, como si un perro amenazara con morder detrás de ellos. Pero ahora ya estamos abajo, y como si no existieran estos esfuerzos, atormentadores y temblorosos, ni esta escalera, - como si saliéramos directamente de la habitación a la calle. Y este paseo a través de la ciudad vacía chillando por la escarcha, y este escalofrío que me azota la espalda, y estos jirones de vapor, y este alambre dorado de linternas, húmedo retorciéndose en ojos llorosos y saltando cuando parpadeo, parecen largos e interminables. Pero aquí ya estamos en la puerta, y como si nada de esto hubiera pasado, como si desde la habitación de Hirge fuera directo a esta puerta. Me parece largo e interminable este escalofrío en la escarcha frente a la puerta de la luna verde brillante, mientras una luz amarilla parpadea detrás de ella con Matvey gimiendo adormilada, esto es subir las escaleras, esto es abrir el apartamento, esto es deslizarse por la negra frente y comedor al dormitorio silencioso de la madre, y este dulce temblor a la vez amor por la madre, tal amor, tal amor como nunca antes y no supe y no sentí, y en tal alegría, en tanta adoración, como si estuviera escabulléndome solo para hacer algo bueno, bueno, guardando para ella, mamá. Este acercamiento sigiloso al armario de la ropa con espejos parece interminable, el cual, para que no cruja, lo abro no lentamente, sin cuidado (esto hace que cruja aún más), sino con un tirón, inmediatamente, de modo que la cabeza dormida de la madre bajo la lámpara vuela hacia la puerta verde abierta y luego se balancea. Interminable, atormentador, interminable, y al final este subir las escaleras, este abrir el apartamento, este colarse a través del frente negro y el comedor en la tranquila habitación de la madre, y este dulce temblor al mismo tiempo de amor por el madre, tanto amor, tanto amor como nunca he conocido y nunca sentido, y con tanta alegría, con tanta adoración, como si estuviera escabulléndome solo para hacer algo bueno, bueno, salvar para ella: mamá. Este acercamiento sigiloso al ropero de la ropa blanca parece interminable, el cual, para que no cruja, lo abro no despacio, no con cuidado (esto lo hace crujir aún más), sino de un tirón, inmediatamente, para que la cabeza dormida del madre bajo la lámpara vuela hacia la puerta verde abierta y luego se balancea. Interminable, atormentador, interminable, y al final este subir las escaleras, este abrir el apartamento, este colarse a través del frente negro y el comedor en la tranquila habitación de la madre, y este dulce temblor al mismo tiempo de amor por el madre, tanto amor, tanto amor como nunca he conocido y nunca sentido, y con tanta alegría, con tanta adoración, como si estuviera

escabulléndome solo para hacer algo bueno, bueno, salvar para ella: mamá. Este acercamiento sigiloso al ropero de la ropa blanca parece interminable, el cual, para que no cruja, lo abro no despacio, no con cuidado (esto lo hace crujir aún más), sino de un tirón, inmediatamente, para que la cabeza dormida del madre bajo la lámpara vuela hacia la puerta verde abierta y luego se balancea. Sin fin, atormentando, sin acabar, y al final y este dulce temblor a la vez de amor por la madre, tal amor, tal amor como nunca he conocido y nunca sentido, y en tal alegría, en tal adoración, como si estuviera furtivamente solo para hacerle a ella, - a la madre algo bueno, bueno, salvador. Este acercamiento sigiloso al ropero de la ropa blanca parece interminable, el cual, para que no cruja, lo abro no despacio, no con cuidado (esto lo hace crujir aún más), sino de un tirón, inmediatamente, para que la cabeza dormida del madre bajo la lámpara vuela hacia la puerta verde abierta y luego se balancea. Sin fin, atormentando, sin acabar, y al final y este dulce temblor a la vez de amor a la madre, tanto amor, tanto amor como nunca he conocido y nunca sentido, y en tanta alegría, en tanta adoración, como si Estuve escabulléndome solo para hacerle a ella, a su madre algo bueno, bueno, salvador. Este acercamiento sigiloso al armario de ropa blanca con espejo parece interminable, lo cual, para que no cruja, abro no lentamente, no con cuidado (esto hace que cruja aún más), sino con un tirón, inmediatamente, para que la cabeza dormida de la madre debajo de la lámpara vuele hacia la puerta verde abierta y luego columpios Interminable, atormentador, interminable, y al final Parece interminable este acercamiento sigiloso al ropero de espejos, que, para que no cruja, lo abro no despacio, ni con cuidado (esto lo hace crujir aún más), sino con un sacude, inmediatamente, de modo que la cabeza dormida de la madre bajo la lámpara vuela hacia la puerta verde abierta y luego se balancea. Interminable, atormentador, interminable, y al final Parece interminable este acercamiento sigiloso al ropero de espejos, que, para que no cruja, lo abro no despacio, ni con cuidado (esto lo hace crujir aún más), sino con un imbécil, inmediatamente, de modo que la cabeza dormida de la madre bajo la lámpara vuela hacia la puerta verde abierta y luego se balancea. Interminable, atormentador, interminable, y al final todo parece fantasmal y como si nunca hubiera sucedido: la búsqueda en lino con olor a caramelo barato, y encontrar un broche, y volver a subir las escaleras, que nuevamente eran de hielo resbaladizo, e inmediatamente la amenaza de un perro, y pasando junto a Matvey, que, como a propósito, trata de mirarme a

los terribles ojos, y el paso extrañamente difícil por el largo patio cubierto de nieve (sólo en el trineo me doy cuenta de que todavía estoy caminando de puntillas), y subiendo en el trineo en el temblor del silencio de la habitación.

En la parte posterior de mi cabeza tengo una sensación de tensión encadenada. Sus ojos parpadean en tensión, como cuando camina rápido en la oscuridad, cuando lo atormenta la expectativa de tropezar con algo afilado. Ni el parpadeo frecuente ni la visibilidad clara de los objetos alivian. Cierro los ojos, pero los párpados se apoderan de su tensión: duelen, como esperando un golpe.

Estoy de pie en la mesa. Cuanto más me paro, más duro me convierto en piedra, más difícil es para mí sacarme de mi lugar. En esta noche de cocaína, todo mi cuerpo se vuelve piedra en la inmovilidad, y me cuesta alejarme, luego se precipita en un movimiento espasmódico, y luego me cuesta detenerme: solo los primeros pasos fueron difíciles por la calle con Mick, pero luego todo en mí se contrajo, mis piernas caminaban eléctricamente, y locamente, locamente, la irritación sorda creció cuando un transeúnte pasó por delante; Tengo miedo de dar vueltas, ya sea de atropellar a un transeúnte, o de tocar la casa y derribarme, pero no está en mi mano frenar los pasos.

Mick entra en la habitación. Tiene nuevos polvos de cocaína en sus manos, y cierra la puerta con movimientos extraños, como si se le fuera a caer encima. La lámpara superior está apagada. La habitación está casi a oscuras. Bajo la temblorosa luz de las velas otoñales, Nellie y Zander se apretujaron entre la cortina y el armario. Sus cabezas están sobre cuellos extendidos. Nellie tiene el cuello torcido, su cabeza está estirada hacia un lado, y parece que los susurros amenazantes del apartamento nocturno se mueven hacia nosotros desde este lado. Los ojos están locos. Todo en la habitación se detiene, solo sus labios se mueven. "Tishtishtishtish", silba Nelli en un susurro rápido y fusionado. "Alguien viene", susurra Zander, "alguien viene hacia aquí", susurra, con la cabeza temblando sin parar. Y ya estoy infectado. Yo también tengo miedo. Yo también, No puedo imaginar nada más terrible que el hecho de que aquí, en esta habitación tranquila y oscura, una persona ruidosa, alegre y diurna nos vea a los ojos ya todos

nosotros en tal estado. Y siento: ya basta con disparar, gritar desgarradoramente o ladrar salvajemente

— y el hilo delicado que sostiene mi cerebro silencioso y furioso se romperá. Ahora en este silencio de la noche, tengo especial miedo por este hilo.

Estoy sentado en una silla. Mi cabeza está tan tensa que me parece que tiembla. Mi cuerpo se volvió frío, congelado, como si se me hubiera caído de la cabeza: para sentir una pierna o un brazo, tengo que moverlos.

Hay gente a mi alrededor, mucha, mucha gente. Pero esto no es una alucinación: veo a estas personas no fuera, sino dentro de mí. Aquí hay estudiantes, alumnas y otros, pero todos son algo extraños: oblicuos, torcidos, sin nariz, peludos, barbudos. “Ah, profesora”, grita con entusiasmo la alumna (yo soy la profesora), “ay, profesora, por favor, hoy se trata de deportes”. Tiene un solo ojo y me tiende las manos desde la distancia. Torcidos, sesgados, barbudos, peludos, todos los que no pueden y tienen miedo de desnudarse, gritan: -sí, profesor, sí, del deporte -sí, del deporte- dé una definición de lo que es el deporte. Sonríe casualmente y, torcida, oblicua, barbuda, peluda, desaparece abruptamente. - El deporte, señores, es el gasto de energía física en las condiciones indispensables de competencia mutua y perfecta ineficiencia. Sin brazos, torcido, inclinado gritando salvajemente -

"más" - "más" - "más". Una mujer docta, tuerta, con los codos golpea el hocico, sentencia -perdóneme, colega- y se abre paso a empujones hacia mi púlpito. Levanto la mano. Silencio. “Para nosotros, señores”, susurro, “lo importante no es el deporte, ni su esencia, sino el grado de su impacto, su impacto en la sociedad, e incluso, si se quiere, no en el Estado. Por eso, en honor al tema pretendido, permítanme decir unas palabras que no son sobre deportes, sino sobre atletas. No creas que me refiero sólo a los deportistas profesionales, aquellos que cobran dinero por sus actuaciones y viven de ello. No. Después de todo, es importante no solo de qué, sino en nombre de lo que vive una persona. Por lo tanto, por los deportistas de los que hablo, me refiero a absolutamente todos conocidos, independientemente de que el deporte sea para ellos una profesión o una vocación, un medio de subsistencia o la meta de su vida. Basta con prestar atención a la creciente popularidad de tales atletas para reconocer que no solo el éxito, sino

también la verdadera adoración de estas personas captura todos los grandes círculos de la sociedad. Los periódicos escriben sobre esta gente, sus caras son fotografiadas - (que tiene que ver la cara), - aparecen en las revistas, y parece que hace falta muy poco para que esta gente se convierta en orgullo nacional. Uno todavía puede entender si una nación está orgullosa de sus Beethovens, Voltaire, Tolstoy (aunque eso es lo que la nación tiene que ver con eso), pero para que una nación esté orgullosa de que los muslos de Ivan Tsybulkin son más saludables que los de Hans Muller, ¿no es así? pensar, señores, que tal orgullo atestigua no tanto la fuerza y la salud de Tsybulkin, sino la debilidad y la enfermedad de la nación. Después de todo, si eso ya no es solo éxito, sino que ya la verdadera adoración de estas personas captura todos los grandes círculos de la sociedad. Los periódicos escriben sobre esta gente, sus caras son fotografiadas - (que tiene que ver la cara), - aparecen en las revistas, y parece que hace falta muy poco para que esta gente se convierta en orgullo nacional. Uno todavía puede entender si una nación está orgullosa de sus Beethovens, Voltaire, Tolstoy (aunque eso es lo que la nación tiene que ver con eso), pero para que una nación esté orgullosa de que los muslos de Ivan Tsybulkin son más saludables que los de Hans Muller, ¿no es así? piensen, señores, que tal orgullo no atestigua tanto la fuerza y la salud de Tsybulkin, sino a la debilidad y enfermedad de la nación. Después de todo, si eso ya no es solo éxito, sino que ya la verdadera adoración de estas personas captura todos los grandes círculos de la sociedad. Los periódicos escriben sobre esta gente, sus caras son fotografiadas - (que tiene que ver la cara), - aparecen en las revistas, y parece que hace falta muy poco para que esta gente se convierta en orgullo nacional. Uno todavía puede entender si una nación está orgullosa de sus Beethovens, Voltaire, Tolstoy (aunque eso es lo que la nación tiene que ver con eso), pero para que una nación esté orgullosa de que los muslos de Ivan Tsybulkin son más saludables que los de Hans Muller, ¿no es así? Piensen, señores, que tal orgullo atestigua no tanto la fuerza y la salud de Tsybulkin, sino la debilidad y la enfermedad de la nación. Después de todo, si ya falta muy poco para que este pueblo se convierta en orgullo nacional. Uno todavía puede entender si una nación está orgullosa de sus Beethovens, Voltaire, Tolstoy (aunque eso es lo que la nación tiene que ver con eso), pero para que una nación esté orgullosa de que los muslos de Ivan Tsybulkin son más saludables que los de Hans Muller, ¿no es así? Piensen, señores, que tal orgullo atestigua no tanto la fuerza y la salud de Tsybulkin,

sino la debilidad y la enfermedad de la nación. Al fin y al cabo, si ya falta muy poco para que este pueblo se convierta en orgullo nacional. Uno todavía puede entender si una nación está orgullosa de sus Beethovens, Voltaires, Tolstoy (aunque eso es lo que la nación tiene que ver con eso), pero para que una nación esté orgullosa de que los muslos de Ivan Tsybulkin son más saludables que los de Hans Muller, ¿no es así? pensar, señores, que tal orgullo atestigua no tanto la fuerza y la salud de Tsybulkin, sino la debilidad y la enfermedad de la nación. Después de todo, si Ivan Tsybulkin es un éxito: está claro que todos los que aplauden a este Ivan con una adoración tan sospechosa, ya con sus aplausos declaran públicamente su disposición entusiasta a intercambiar su papel en la vida con aquel a quien se refieren sus aplausos, y cuanto más aplauden. , cuanto más cerca lleve todo esto a un giro en la opinión pública, y por ende en toda la nación, que elegirá como ideal y querrá convertirse en Iván Tsybulkin, cuyo único y generalmente reconocido mérito serán sus muslos terriblemente sanos.

Incontables veces susurro estas palabras. Y quiero contener esta noche, me siento tan bien y tan claro en mí, estoy tan enamorado de esta vida sin medida, quiero frenar todo, morder la adoración de cada segundo por mucho tiempo, pero nada se detiene, y toda esta noche se va sin control y rápidamente.

A través de los huecos de las cortinas, veo el amanecer. Hay vacío y pesadez debajo de los ojos y los pómulos. Todo lo pesado de alguna manera se detiene a mi alrededor y en mí. Todo en la nariz se abre con avidez, la melancolía está vacía hasta la garganta, y el aliento raspa dolorosamente: el aire es demasiado áspero o el interior de la nariz se ha vuelto demasiado sensible. Trato de ahuyentar esta melancolía que me pesa más, trato de devolverme mis pensamientos, mis delicias y las delicias de los barbudos oyentes, pero toda esta noche surge en mi memoria, y siento tanta vergüenza, tan vergonzoso, que por primera vez siento de verdad y sinceramente que ya no quiero vivir más.

Sobre la mesa, donde están esparcidos los naipes, empiezo a buscar una bolsa de cocaína. Todas las cartas están boca abajo. Con cuidado los separo, volteo uno, empiezo a dispersarme, finalmente rasgo inútilmente, por la falta de cocaína experimentando cada vez más horror por este terrible anhelo. Pero por supuesto, nada de cocaína. Se lo llevaron Mick y Zander.

No hay nadie en la habitación. No me siento, me caigo en el sofá. Agachado, respiro terriblemente: inhalo, me levanto, exhalo, caigo, como si con esta columna de aire penetrante pudiera apagar el fuego de la desesperación. Y solo un astuto demonio en lo más recóndito y profundo de mi conciencia, el mismo que sigue brillando y no se apaga ni con el más terrible huracán de sentimientos - solo este astuto demonio me dice que tengo que aguantarlo , que no necesito pensar en cocaína,

En una melancolía terrible, nunca antes sin precedentes, cierro los ojos. Y lenta y suavemente la habitación comienza a girar y caer unoángulo. El ángulo se hunde más, se arrastra debajo de mí, se arrastra debajo de mí, se arrastra detrás de mí, aparece sobre mí una y otra vez, pero ya cae rápidamente. Abro los ojos, la habitación encaja en su lugar, manteniendo su remolino en mi cabeza. El cuello no aguanta, mi cabeza se derrumba sobre mi pecho, pone la habitación patas arriba. “Qué han hecho, qué me han hecho”, susurro, y luego, después de una pausa sin sentido, vuelvo a decir: “Bueno, estoy perdido. Pero ya el diablo astuto, el mismo que (si solo le escuchas) envenena hasta los sentimientos más alegres con la duda, y la desesperación más terrible alivia con la esperanza, este diablo astuto, que no cree en nada, me dijo: - todos tus palabras es un teatro, es todo sólo un teatro; no has desaparecido en el abismo, pero si te sientes mal, vístete y sal al aire:

CAPÍTULO 5

Todavía estaba anocheciendo afuera. El cielo, de un carmesí sucio, colgaba bajo. Un tranvía me adelantó: a través de sus ventanas cubiertas de nieve, la electricidad que ardía en el automóvil brillaba como naranjas aplastadas. Detrás del tranvía, la malla caída surcaba y golpeaba la parte superior con un chorro de nieve blanca. Me imaginé cómo en el automóvil, que crepitaba ruidosamente por la escarcha, donde el olor agrio de la tela mojada, las personas estaban sentadas y de pie juntas y se hinchaban entre sí con los espesos vapores de su aliento podrido de la mañana. Frente a mí había un anciano con un palo. A menudo se detenía, se sostenía con un palo en el estómago y resoplaba roncamente durante mucho tiempo. Sus ojos, cuando se detenía y tosía, miraban la nieve como si vieran algo terrible allí. Y cada vez que tosía verde, mi garganta tomaba un sorbo, y me pareció que tragaba lo mismo que él escupía. Nunca pensé que una persona

En la esquina, el viento agitaba un cartel en el poste de un teatro. Cuando entré en su carril, una chica cruzó corriendo la calle y pasó junto a un camión que traqueteaba con las cadenas. Al otro lado de la acera, la madre aparentemente se quedó petrificada por el miedo, pero cuando el niño corrió ileso hacia ella, lo agarró dolorosamente del brazo y de inmediato lo golpeó. Habiendo convertido los ojos en rendijas y la boca en un cuadrilátero, el niño rugió. Todo estaba claro: la madre se estaba vengando mal de su hijo por el miedo que sentía por su culpa. Pero si esto es lo mejor de lo que se jacta una persona: una madre, entonces, ¿qué son el resto de las personas?

La calle se iluminó y ya era de mañana cuando entré a mi patio. El camino estaba recién sembrado de arena amarilla brillante, en la que las botas de agua nuevas de alguien habían dejado huellas de viruela. El jardín de los caballeros estaba descuidado y sucio. De la nieve arrojada allí desde todo el patio, se elevó sobre el patio y los árboles se acortaron en él. Tablas negras mojadas yacían desordenadas en esta nieve, y sólo a duras penas fue posible reconocer en ellas, hundidas en ventisqueros, los asientos de los bancos.

Matvey estaba limpiando la manija de la puerta con tiza, tirando con la mano libre exactamente de la misma manera que la que estaba haciendo el trabajo, pero cuando me acerqué, sonó el teléfono y corrió hacia la cabina. Subí las escaleras y abrí la puerta. Tirando su gorra en el soporte de un espejo colgante, que sacudió la mesa del comedor con el samovar sin limpiar por la noche, -tratando de caminar con más sigilo, caminé por el pasillo y entré en mi habitación.

Al principio me sorprendió que la lámpara todavía estuviera encendida junto a la ventana, e incluso traté de recordar cuándo olvidé apagarla. Pero ya desde la silla, con las manos apoyadas pesadamente en los mangos, mi madre se levantó a mi encuentro. Mirándome a los ojos, se acercó lentamente. La miré a los ojos e inmediatamente a mi alrededor se volvió terriblemente silencioso. En la cocina, las cuerdas reventadas goteaban de las cañerías. “Un ladrón”, dijo la madre, moviendo apenas los labios sobre su cara amarilla. Dijo esta terrible palabra en un claro susurro y ni siquiera cerró los ojos cuando, obedeciendo a alguna necesidad externa de acción, a la vez satisfecha y horrorizada por ella, se balanceó y la golpeó en la cara. “Mi hijo es un ladrón”, susurró mi madre con calma y tristeza, como si hablara consigo misma, y sacudió terriblemente su cabeza gris y se detuvo como si esperara que volviera a atacar.

Under the stone window sill, something clicked, hissed, poured in the heating pipes. From there came a stuffy warmth. On the table, giving no light, a yellow wire glowed in the lamp. My nose was swollen, I couldn't breathe. And outside the window, the neighboring house began to wince; its trumpet broke off and spread wetly through the metallic skies. But I didn't try to blink away the tears in my eyes.

CAPÍTULO 6

Media hora después me acerqué a la casa donde vivía Yag. En la entrada se paró un taxi, cargado con maletas. Cerca, vestido para el camino, Yag se entretenía con su "español". Al verme y enredarse en su enorme abrigo, corrió a mi encuentro y me abrazó. En pocas palabras, dije que tuve un accidente en casa, que yo, se podría decir, me quedé sin hogar, y Yag, con la alegría alegre de un hombre que tiene prisa por irse, ni siquiera me dejó terminar de contar el final. , y exclamando que era maravilloso, e incluso, aquí está el verdadero Señor, muy oportunamente me sugirió que me instalara inmediatamente en su habitación.

Apretando firmemente mi mano, me arrastró a la casa, le gruñó a la criada que estaba cargando el baúl que viviría en su habitación durante los tres meses que él permanecería en Kazán, también me arrastró corriendo. las escaleras y luego atravesó el pasillo hasta sus puertas, insertó la llave, con una mirada enojada puso un fajo de dinero en mi mano, repitiendo no-no-no, y una vez más me abrazó apresuradamente y se disculpó porque tenía miedo de perderse el tren, agitando la mano se escapó.

Solo y abriendo la puerta, entré en mi nueva morada con una sensación extraña. Todo sucedió demasiado rápido y de una noche de insomnio estaba asquerosamente enfermo. Había desorden en la habitación, una especie de abandono y añoranza de partida. Había platos sucios en la mesa, sobras de la cena y pedazos de pan. Rompí un trozo, pero tan pronto como lo sentí en mi boca, inmediatamente lo tragué sin masticarlo, sintiendo un vacío sin precedentes y una ligereza crispada en mis pómulos. Por primera vez, al aprender lo que significa el hambre después de la cocaína, comencé a comer con avidez, arrancando la carne grasosa con mis manos, temblando levemente con la mano y el cuello, llenando mi boca, tragando nuevamente, llenando, sintiendo el deseo de gruñir y al mismo tiempo sintiendo una risa nerviosa por este deseo. Y cuando, habiendo comido, e inmediatamente, adormilado, aunque todavía podía comer mucho, se arrastró hasta el sofá y se acostó, entonces inmediatamente algo suave, inmóvil, se retorció en sus piernas extendidas. y soñé

PARTE 4 PENSAMIENTOS

CAPÍTULO 1

Habiendo dormido lo suficiente, a la mañana siguiente fui de nuevo a Khirga, le compré un gramo y medio de cocaína, y así continuó, día tras día. Pero involuntariamente, en cuanto escribí todas estas palabras, como inmediatamente, con extrema claridad, imaginé una sonrisa desdeñosa en el rostro de aquel en cuyas manos caen estas tristes notas mías.

De hecho, siento que estas mismas palabras, o más bien mis acciones, que deberían caracterizar el poder de la cocaína, son para toda persona normal, con una probabilidad mucho mayor, caracterizarán solo mi propia debilidad y, por lo tanto, ciertamente excitarán la alienación; distanciamiento insultante, despectivo, que surge incluso en el oyente más sensible, tan pronto como comienza a darse cuenta de que la misma combinación de circunstancias que arruinaron la vida del narrador, de ninguna manera (si le hubiera sucedido algo similar a él, al oyente) podría estropear o estropear cambiar su propia vida.

Digo todo esto sobre la base de que yo mismo habría sentido exactamente la misma enajenación despectiva si no me hubiera sucedido esta primera prueba de cocaína, y que solo ahora, habiendo entrado en el camino de mi muerte, sé que surgiría tal desprecio. en mi. no tanto porque exalté mi personalidad, sino porque subestimé el poder de la cocaína. Entonces, el poder de la cocaína. Pero ¿en qué, en qué se expresa este poder?

CAPITULO 2

Durante largas noches y largos días bajo la cocaína en una sala de yagina, me vino el pensamiento de que para una persona no son importantes los eventos en la vida que lo rodea, sino solo el reflejo de estos eventos en su mente. Deje que los eventos hayan cambiado, pero dado que su cambio no se reflejó en la conciencia, tal cambio de ellos es cero, la nada más perfecta. Entonces, por ejemplo, una persona, reflejando en sí misma los hechos de su enriquecimiento, continúa sintiéndose rica, si aún no sabe que el banco que almacena su capital ya ha estallado. Así, una persona, reflejando en sí misma la vida de su hijo, sigue siendo padre, ya que aún no le ha llegado la noticia de que el niño está aplastado y ya ha muerto. Una persona vive, por lo tanto, no por los eventos del mundo externo, sino solo por el reflejo de estos eventos en su conciencia.

Toda la vida de una persona, todo su trabajo, sus acciones, voluntad, fuerza física y mental, todo esto se esfuerza y gasta sin contar y sin medida solo para lograr algún evento en el mundo externo, pero no por el bien de este evento. como tal, pero únicamente para sentir el reflejo de este evento en tu mente. Y si a todo esto le sumamos que en estos esfuerzos una persona logra la realización de eventos que, reflejándose en su conciencia, evocarán en él un sentimiento de alegría y felicidad, entonces todo el mecanismo que mueve decisivamente a cada persona en la vida está expuesto directamente. sin importar si esta persona es tonta y cruel, o buena y amable.

En otras palabras, si una persona busca derrocar al gobierno zarista y otra al gobierno revolucionario, si uno quiere enriquecerse mientras otro quiere distribuir su riqueza entre los pobres, entonces todas estas aspiraciones contradictorias atestiguan sólo la diversidad del tipo de actividad humana, que en el mejor de los casos (y aun así no siempre) podría servir como una característica de cada individuo por separado, pero el motivo de la actividad humana, por muy diversa que sea esta actividad, es siempre el mismo: la necesidad de realizar tales eventos en el mundo externo que, al verse reflejado en la conciencia, provocará un sentimiento de felicidad.

Era lo mismo en mi pequeña vida. El camino hacia un evento externo estaba trazado: quería convertirme en un abogado famoso y un hombre rico. Parecía que sólo tendría que ir y andar por este camino, sobre todo porque muchas cosas (como me convencí en esto) me eran muy favorables. Pero Extraño. Cuanto más avanzaba por el camino hacia la meta preciada, más a menudo sucedía que en una habitación oscura me acostaba en el sofá e inmediatamente me imaginaba todo lo que quería llegar a ser, sabiendo por el instinto de la pereza y la ensoñación que la implementación de todos estos eventos externos no valió una cantidad tan grande de tiempo y trabajo no vale la pena, aunque solo sea porque el sentimiento de felicidad sería más fuerte, más rápido y más inesperado ocurrirían los eventos que lo causaron.

Pero tal era la fuerza de la costumbre que incluso en los sueños de felicidad, en primer lugar pensaba no en el sentimiento de felicidad, sino en tal evento que (si ocurriera) provocaría en mí este sentimiento, no pudiendo separar estos dos elementos uno del otro. amigo. Incluso en mis sueños, me vi obligado, en primer lugar, a imaginar algún evento notable en mi vida futura, y solo entonces, por la imagen de este evento, tuve la oportunidad de excitar gozosamente un sentimiento de felicidad en mí mismo.

El punto era que antes de mi relación con la cocaína, creía erróneamente que la felicidad es algo total, cuando en realidad toda la felicidad humana consiste en la fusión astuta de dos elementos: 1) un sentimiento físico de felicidad y 2) del evento externo que es el estímulo mental de esta sensación.

Y fue solo cuando probé la cocaína por primera vez que me quedó claro. Me quedó claro que el evento externo, cuyo logro sueño, por el cual trabajo, paso toda mi vida y, al final, tal vez no lo logre, este evento es necesario solo para mí. en cuanto que, reflejándose en mi mente, suscita en mí un sentimiento de felicidad. Y si, como estaba convencido de esto, una pequeña pizca de cocaína despierta poderosamente y en un solo momento en mi cuerpo este sentimiento de felicidad en una inmensidad nunca antes experimentada, entonces no hay absolutamente ninguna necesidad de evento alguno, y por lo tanto, el trabajo se vuelve sin sentido. el esfuerzo y el tiempo que, para la realización de este evento, sería necesario dedicar.

Fue esta capacidad de la cocaína para excitar sensaciones físicas de felicidad sin ninguna dependencia psicológica de los eventos externos que me rodean, incluso cuando el reflejo de estos eventos en mi mente debería haber causado melancolía, desesperación y dolor. terrible una fuerza de atracción, que no sólo no puedo combatir y resistir, sino que tampoco quería.

Pude luchar y resistir la cocaína solo en un caso:

si el sentimiento de felicidad que despertaba en mi no tantorealización de un evento externo, tanto como ese trabajo, ese esfuerzo, esa labor que, para lograr ese evento, había que gastar. Pero esto no ha sucedido en mi vida.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 3

Ni que decir tiene que todo lo anterior sobre la cocaína debe entenderse no como una opinión sobre ella en general, sino sólo como una opinión sobre este veneno de una persona que acaba de empezar a esnifar. Realmente le parece a esa persona que la propiedad principal de la cocaína es la capacidad de excitar un sentimiento de felicidad; por lo que el ratón no atrapado está seguro de que la propiedad principal de la ratonera es ese trozo de grasa que quiere comer.

El fenómeno más terrible e invariablemente posterior después de muchas horas de exposición a la cocaína fue esa dolorosa, inevitable y terrible reacción (o, como la llaman los médicos, depresión), que se apoderó de mí de inmediato, tan pronto como terminó el último polvo de cocaína. Esta reacción duraba mucho tiempo, en el reloj duraba unas tres, a veces cuatro horas, y se expresaba en una angustia tan lúgubre y tan mortal que aunque la mente sabía que en unas horas todo pasaría y desaparecería, pero el sentimiento no creía en eso.

Se sabe que cuanto más fuerte es el sentimiento que se apodera de una persona, más débil es la capacidad de autoobservación. Mientras estaba bajo la influencia de la cocaína, los sentimientos que despertaba eran tan poderosos y fuertes que mi capacidad de observarme a mí mismo se debilitó hasta un grado que solo se puede observar en algunas personas con enfermedades mentales. Así, los sentimientos que me poseían mientras estaba bajo la cocaína ya no fueron refrenados por nada y completamente, hasta la sinceridad ideal, se arrastraron, manifestándose en mis gestos, en mi rostro y en mis acciones. Bajo la cocaína, mi yo emocional creció a un tamaño tan enorme que el yo autoobservador dejó de funcionar. Pero en cuanto terminó la cocaína, surgió el horror. Este horror consistía en que comencé a verme, a verme como si estuviera bajo la cocaína. Y luego llegaron las horas terribles.

Todo fue recordado hasta el más mínimo detalle. Y mi estado de congelación en la puerta de este cuarto silencioso de cocaína en la noche, en una alarma idiota pero invencible de que alguien está por venir y entrar aquí y ver mis ojos terribles. Y parece durar horasmi escabullirme a una ventana

oscura, sin bajar la cortina, de noche, a través de la cual, tan pronto como me alejo, alguien mira terriblemente, aunque sé que la ventana está en el segundo piso. Y el apagado de la lámpara, que con su luz excesivamente brillante, como si molestara con su sonido, llama a la gente aquí, y ahora me parece que alguien se cuela por el pasillo hacia mi puerta delgada y frágil. Y tendido en el diván con el cuello tenso y la cabeza no baja, como si tocarlo con una almohada fuera a hacer un estruendo que enardeciera a toda la casa, mientras exhausto, dolorido, esperando tropezar con un ojo agudo, mirar penetrantemente al rojo, tinieblas temblorosas. Y el golpe en la oscuridad de una cerilla, que congelada en una mano fría y apretada, roza tan tímidamente contra la caja que no se enciende de ninguna manera, y cuando finalmente se enciende con un largo silbido, el cuerpo salta salvajemente y la cerilla cae sobre el sofá. Y cada diez minutos, la necesidad de un nuevo rapé, cuando, de un trozo de papel tirado en algún lugar del sofá, pero desconocido en la oscuridad, estrechando manos que han perdido peso durante la noche raspan cocaína en el lado romo de la pluma de acero, de que, después de esta pluma (levantada en la mano temblorosa y oscura), ya está temblando en la misma fosa nasal: nada se aspira y no cae en la nariz, porque la pluma se mojó la última vez, la cocaína se adhirió a ella, endurecido, deja salir óxido agrio. Y luego el amanecer y una visibilidad cada vez más clara de los objetos, sin aflojar en absoluto los músculos, sino, por el contrario, una rigidez de movimientos aún mayor y todo el cuerpo anhelando la oscuridad que lo escondía, como un manto que lo cubría - ahora, cuando tanto la cara como los ojos están sujetos a la necesidad de ser visibles en esta luz blanca. Y las innumerables ganas de orinar, cuando se hacía necesario, superando la espantosa rigidez del cuerpo, allí mismo en el cuarto para ir al orinal, desde el monstruoso ruido que hacía, como para toda la casa, hasta el rechinar desnudo, los dientes helados, en pegajoso, en un olor inusualmente acre, en sudor fétido, como en una montaña helada, temblando salvajemente de escalofríos, trepando en la oscuridad en el sofá, a veces en un resorte roto, congelándose asustado con una rodilla atorada hasta el próximo impulso. Y luego la mañana, el lamido de una pluma oxidada, la subida seca de tabaco fresco del polvo nuevo, ligeros mareos y náuseas de placer, y el horror del primer ruido extraño de gente despertando en la casa. Y, finalmente, un golpe en la puerta, raro, medido, insistente, y mi tos,

Cada vez que me quedaba sin cocaína, estas visiones aparecían, estos recuerdos en imágenes de cómo era, cómo me veía y cómo me comportaba de manera extraña, y con estos recuerdos, cada vez más, crecía la certeza de que muy, muy pronto, si si no mañana, entonces en un mes, si no en un mes, entonces en un año, terminaré en un manicomio. Cada vez aumentaba la dosis, a menudo llevándola a tres gramos y medio, lo que prolongaba el efecto de la anestesia durante unas veintisiete horas, pero toda esta insaciabilidad mía por un lado, y el deseo de posponer la terribles horas de reacción por otro lado, hicieron estas, surgiendo después de la cocaína, los recuerdos son cada vez más ominosos. Si el aumento en la dosis, si el cuerpo fue sacudido por el veneno, o ambos, fue la razón de esto, pero la capa exterior que desprendió mi felicidad de cocaína, se hizo cada vez más terrible. Unas extrañas obsesiones se apoderaron de mí ya una hora después de empezar a olfatear -a veces era una manía de búsquedas, cuando la caja de fósforos se acababa y yo comenzaba a buscarlos, empujando los muebles, vaciando los cajones de la mesa, sabiendo que no había fósforos en la habitación y, sin embargo, continuar con placer la búsqueda durante muchas horas sin interrupción; a veces era una manía de algún tipo de miedo sombrío; un horror que se vio agravado por el hecho de que yo mismo no sabía qué o de quién tenía miedo, y luego, durante largas horas, con un miedo salvaje, me acucillaba junto a la puerta, desgarrado internamente en un lado por la insoportable necesidad de una nueva pizca de cocaína, que había dejado en el sofá, por otro lado, un peligro terrible, aunque sea por un breve momento, dejar la puerta custodiada por mí desatendida.

CAPÍTULO 4

Una pregunta terrible me pesó todo este tiempo de cocaína. Esta pregunta era terrible, porque responderla significaba un callejón sin salida o una salida al camino de la más terrible de las visiones del mundo. Y esta cosmovisión consistía en el hecho de que ofendió que brillante, gentil y puro, sinceramente y en un estado de calma, no ofendió ni siquiera al sinvergüenza más vil: el alma humana.

El ímpetu para el surgimiento de esta pregunta, como sucede a menudo, comenzó con bagatelas. Parecería realmente... bueno, ¿qué tiene de especial tal cosa? ¿Qué tiene de especial el hecho de que durante el tiempo que la cocaína actúa, una persona experimenta sentimientos muy humanos, nobles (cordialidad histérica, amabilidad anormal, etc.), y tan pronto como el efecto de la cocaína cesa, inmediatamente toman posesión los sentimientos animales y bajos? de una persona (amargura, furor, crueldad). Parecería que no hay nada especial en tal cambio de sentimientos y, sin embargo, fue precisamente este cambio de sentimientos lo que provocó la pregunta fatal.

De hecho, el hecho de que la cocaína despertara en mí mis mejores sentimientos, los más humanos, podría explicarlo por el efecto narcótico que la cocaína tiene sobre mí. Pero de qué otra manera se puede explicar. Cómo explicar la inevitabilidad con la que (después de la cocaína) los sentimientos más bajos y bestiales se arrastraron fuera de mí. ¿Cómo explicar semejante arrastre, cuya constancia e indispensabilidad sugería involuntariamente que mis sentimientos más humanos estaban conectados con mis sentimientos bestiales, como por un hilo, y que la máxima tensión y, por tanto, el gasto de algunos entraña y tira? el salir arrastrándose de otras, como un reloj de arena, donde el vaciado de una bola predetermina el llenado de otra.

Y entonces surge la pregunta: ¿existe y significa tal cambio de sentimientos -sólo una propiedad especial de la cocaína que impone a mi cuerpo- o tal reacción es una propiedad de mi cuerpo, que bajo la influencia de la cocaína sólo se manifiesta mismo con mayor claridad.

Una respuesta afirmativa a la primera parte de la pregunta significaba un callejón sin salida. Una respuesta afirmativa a la segunda parte de la pregunta reveló el acceso al camino ancho. Pues es evidente que al atribuir una reacción tan aguda de los sentimientos a una propiedad de mi organismo (que sólo se manifiesta más agudamente por la acción de la cocaína), me vi obligado a admitir que, además de la cocaína, en todo tipo de otras posiciones: excitación, los sentimientos más humanos de mi alma (en forma de reacción) sacarán tras sí los impulsos de la bestialidad.

Hablando en sentido figurado, me preguntaba: ¿no es el alma humana algo así como un columpio que, habiendo recibido un empujón en la dirección de la humanidad, ya está sujeta a una predisposición a columpiarse en la dirección de la bestialidad?

Traté de encontrar algún ejemplo vitalmente simple que confirmara tal suposición y, según me pareció, lo encontré.

Aquí hay un joven amable e impresionable, Ivanov, sentado en el teatro. Está oscuro por todas partes. El tercer acto de la obra sentimental está en marcha. Los villanos están a punto de triunfar, y por tanto, por supuesto, al borde de la muerte. Los héroes virtuosos casi mueren y, por lo tanto, como era de esperar, están en el umbral de la felicidad. Todo se acerca a un final próspero y justo, que tanto anhela el alma noble de Ivanov y su corazón late con fuerza.

En él, en Ivanov, bajo el influjo excitante de la acción teatral, bajo el influjo del amor por estos ejemplares humanos honestos, hermosos y dócilmente tolerantes del sufrimiento, a quienes ve en el escenario y por cuya felicidad se preocupa, el temblor cristalino de sus sentimientos más nobles, más humanos. El buen joven Ivanov no siente ni puede sentir ahora, en estos dichosos momentos, según le parece, ni el mezquino cálculo cotidiano, ni la lujuria, ni la malicia. Se sienta en el silencio indestructible del oscuro auditorio, se sienta con el rostro en llamas, se sienta y siente gozoso cómo su alma languidece dulcemente de la necesidad apasionada ahora mismo, este minuto, allí mismo en el teatro, de sacrificarse gozosamente en el nombre de los más altos ideales humanos.

Pero ahora, en este tiempo, en esta oscuridad teatral saturada con el temblor de las experiencias humanas, el vecino de Ivanov de repente

comienza a toser fuerte y como un perro. Ivanov se sienta cerca, mientras el vecino continúa refunfuñando, este sonido de escupitajo se desliza intrusivamente en su oído, y ahora Ivanov ya siente que algo terrible, bestial, fangoso, se eleva, crece en él, lo abrumba. “Maldito seas con tu tos”, dice finalmente Ivanov en un venenoso susurro de serpiente, incapaz de soportarlo. Dice estas palabras completamente borracho por la terrible presión del odio que es completamente inusual en él, y aunque sigue mirando al escenario, todo en Ivanov tiembla tanto de rabia y frenesí hacia este señor tosiendo que en los primeros momentos él todavía no intenta volver a sintonizar, para restaurar el viejo estado de ánimo de nuevo,

Y entonces me pregunto: ¿cuál es la razón de una rabia depredadora tan instantánea del alma de este joven Ivanov? Sólo hay una respuesta: la excitación desmedida de su alma en los sentimientos mejores, más humanos y más sacrificados. Pero tal vez esto no sea así, digo, tal vez la razón de su brutalidad sea la tos del vecino. Pero, por desgracia, esto no puede ser. Una tos no puede ser la razón por el mero hecho de que si este vecino hubiera tosido, bueno, al menos en un tranvía, o en otro lugar (donde Ivanov habría estado en un estado de ánimo ligeramente diferente), entonces en ningún caso el buen Ivanov haberlo atacado no se amargó de una manera tan terrible. Por lo tanto, toser, en este caso, es solo un pretexto para desactivar el sentimiento al que se inclinaba Ivanov por su estado mental interior.

Pero el estado interior, pero espiritual de Ivanov, lo que podría ser. Supongamos que nos equivocáramos hablando de que experimentó los sentimientos más elevados, más humanos. Por lo tanto, descartémoslos e intentemos atribuirle a él, a Ivanov, todos los demás sentimientos disponibles para una persona en el teatro, al mismo tiempo que comparamos cuánto estos otros sentimientos podrían inclinar a Ivanov a tal arrebató de odio animal. Es tanto más fácil para nosotros hacer esta experiencia, porque la lista de estos sentimientos (si descartamos sus matices) es muy pequeña: solo podemos suponer que Ivanov, sentado en el teatro, o 1) era rencoroso en general, o 2) estaba en un estado de indiferencia y aburrimiento.

Pero si Ivanov hubiera estado enojado incluso antes de que su vecino comenzara a toser, si Ivanov hubiera estado enojado con los actores por su mala actuación, o con el autor por su obra inmoral, o consigo mismo por

gastar su último dinero, ¿se habría sentido tan enojado? una bestia, un ataque de odio tan salvaje por un vecino que tose. Por supuesto que no. En el peor de los casos, se sentiría molesto con el vecino que tose, tal vez incluso murmuraría, bueno, tú también, con tu tos, pero tal molestia todavía está terriblemente lejos del deseo de golpear, destruir a una persona, odiarlo. Por lo tanto, la sugerencia de que incluso antes de la tos Ivanov estaba algo amargado, y que fue su ira general lo que lo inclinó a un estallido de odio tan agudo, nos vemos obligados a descartar como inútil.

Tratemos de suponer que Ivanov estaba aburrido, que experimentó indiferencia. Quizás estos sentimientos lo llevaron a un ataque de ira tan salvaje hacia su vecino que tosía. Pero ya no funciona en absoluto. De hecho, si el alma de Ivanov estuviera en un estado de fría indiferencia, si Ivanov, mirando el escenario, estuviera aburrido, realmente sentiría la necesidad de golpear a su vecino, de golpearlo solo porque tosía. Y no solo en este caso no habría sentido tal deseo, sino que muy posiblemente, incluso habría sentido lástima por esta persona enferma y tosiendo.

Para acabar ahora con Ivanov, sólo nos queda llenar el desafortunado vacío que hicimos al enumerar los sentimientos de que dispone una persona en el teatro. El hecho es que no hemos mencionado el sentimiento de risa (que tan a menudo surge bajo la influencia de una representación teatral), mientras que es algo, este sentimiento, que es especialmente importante para nuestro ejemplo. Es importante para nosotros, porque elimina por completo el posible reproche de que la ira de Ivanov con su vecino que tose estaba justificada: la tos, dicen, le impidió escuchar las réplicas de los actores. Pero Ivanov (estaría en un estado de risa) estaría menos interesado e importante en los comentarios alegres de los actores, provocando esta risa, ¿no los escucharía con la misma perseverancia que en un drama? Mientras tanto, en este caso, sin toser,

De esta manera, por la fuerza de las cosas, volvemos a la primera suposición expresada incluso antes. Nos vemos obligados a admitir humildemente que sólo la emoción espiritual más intensa y, por lo tanto, el temblor excitado en Ivanov de sus sentimientos más sacrificados y más humanos, hace que esta irritación vil, depredadora y bestial se arrastre en su alma.

Por supuesto, el incidente teatral descrito aquí no puede en lo más mínimo convencer ni siquiera al más crédulo de nosotros. Después de todo, de hecho, es justo hablar de la naturaleza común del alma humana y citar como ejemplo la amargura de un solo Ivanov con su vecino resfriado, para tomar un ejemplo que es claramente excepcional, mientras que allí mismo, en el teatro, están sentadas casi mil personas que, al igual que este Ivanov, bajo la influencia de la acción teatral, vivieron durante varias horas en una alta tensión de sus mejores fuerzas espirituales - (ya que, por supuesto, esta acción teatral despertó no la risa, no la diversión, no la admiración por la belleza, sino la emoción espiritual). Mientras tanto, nos basta con mirar a estas personas, a sus rostros, tanto durante los intermedios como al final de la actuación, y podemos asegurarnos fácilmente de que estas personas no se sientan rabiosas allí, no se enojen con nadie y no quieran golpear a nadie.

A primera vista, esta circunstancia parece sacudir mucho todo nuestro edificio. Después de todo, hemos sugerido que la emoción excitada de los sentimientos más humanos y más sacrificados provoca en las personas una predisposición a la ira depredadora, al surgimiento de los instintos más bajos. Y aquí tenemos una multitud de espectadores de teatro, personas que, bajo la influencia de una representación teatral, experimentaron la emoción de estos sentimientos suyos tan humanos, vemos, observamos sus rostros tanto en los momentos en que la luz centellea, como, sobre todo, cuando salen del edificio del teatro, y mientras tanto, no encontramos en ellos ni sombra, ni sólo amargura, ni un atisbo de ella. Esta es nuestra impresión externa, sin embargo, tratemos de no quedarnos satisfechos con ella, tratemos de profundizar más. Intentemos plantear la pregunta de manera diferente e instalar:

Después de todo, es bastante obvio que solo entonces una acción teatral evoca en el espectador la emoción y la emoción de los sentimientos más humanos y mejores de su alma, cuando los personajes de personas del corazón, honestos y, a pesar del sufrimiento experimentado, - los mansos toman parte en esta acción teatral. (Al menos, así es como la participación de tales personajes es percibida por aquellos de la audiencia cuyo alma es más directa, impresionable y, por lo tanto, con la mayor claridad, se puede observar la verdadera naturaleza del movimiento espiritual.) También es obvio que en el escenario, junto con personajes tan angelicales y gentiles, también se reproducen inevitablemente tipos de villanos insidiosos. Y así

surge la pregunta: ¿este castigo sangriento y cruelísimo de los villanos en el escenario, que llega constantemente al final de la representación en nombre del triunfo de la virtud, no devora los instintos depredadores que han surgido en nosotros, y no salimos del teatro mansos y contentos, en absoluto porque en nuestras almas no surgieron sentimientos bajos, sino sólo porque estos sentimientos fueron satisfechos. De hecho, ¿quién de nosotros no admite el placer con el que graznó cuando en el cuarto acto cierto héroe virtuoso clava un cuchillo en el corazón de un villano? - Sin embargo, déjame, - Puedes decir aquí, justicia. Eso es todo: el sentido humano divino y edificante de la justicia. Pero qué es, esta excitación en nuestra alma del sentimiento más elevado, más humano, nos ha llevado: al placer de matar, a la malicia bestial. “Pues, contra los villanos”, nos objetarán aquí. “No importa”, le responderemos, “pero lo importante es que graznar de placer ante la vista del derramamiento de sangre humana sólo es posible cuando se experimenta la sed de sangre, la ira, el odio, y si estos son los más bajos, estos repugnantes. Los sentimientos surgieron en nuestra alma sólo porque nuestros sentimientos más humanos se agitaron: el amor por el héroe sufriente y manso, si esta salvaje bestialidad nuestra se arrastró silenciosa e imperceptiblemente de la emoción de nuestros sentimientos más nobles que el teatro suscitó en nosotros. Esto ya muestra con cierta claridad lo vago,

De hecho, basta con hacer un intento de mostrarnos en los teatros tales obras en las que los villanos no solo no son castigados, no solo no perecen, sino que, por el contrario, triunfan: comience a mostrarnos obras donde los peores triunfan. y muere la mejor gente, y veréis en la práctica que tales espectáculos acabarán por sacarnos a la calle, llevarnos a la rebelión, a la insurrección, al motín. Quizá dirás aquí que nos rebelaremos en nombre de la justicia, que nos guía la excitación en nuestras almas de los sentimientos más nobles, mejores, más humanos. Bueno, tienes razón, tienes razón, tienes toda la razón. Pero míranos cuando salimos a rebelarnos, míranos cuando nosotros, abrumados por los sentimientos más humanos de nuestras almas, nos levantamos, miramos atentamente nuestros rostros, nuestros labios, especialmente nuestros ojos, y si no no quiero admitir,

Y ahora, como por sí sola, se está gestando la pregunta: al fin y al cabo, se trata de obras de teatro, obras en las que gana el vicio y muere la virtud, porque tales obras son verdaderas, porque representan la vida real, porque sucede en la vida que lo peor la gente gana, entonces, ¿por qué en la

vida, mirando todo esto, permanecemos tranquilos y vivimos y trabajamos? Y cuando se nos muestra en el teatro la misma imagen de la vida que nos rodea, estamos tan indignados, amargados, salvajes. ¿No es extraño que la misma imagen que pasa ante los ojos de una y la misma persona deje a esta persona en un caso (en la vida) tranquila e indiferente, y despierte en él en otro caso (en el teatro) indignación, indignación, furia. ¿Y no prueba esto claramente que la razón del surgimiento en nosotros de ciertos sentimientos con los que reaccionamos ante un evento externo no debe buscarse en modo alguno en la naturaleza de este evento, sino enteramente en el estado de nuestra alma? Esta es una pregunta muy importante y debe responderse con precisión.

El punto, obviamente, es que en la vida somos viles e insinceros, en la vida nos preocupamos principalmente por nuestro bienestar personal y, por lo tanto, en la vida halagamos y ayudamos, y a veces nosotros mismos encarnamos esos mismos violadores y villanos cuyas acciones nos provocan un rencor tan terrible en el teatro. En el teatro, en cambio, este interés personal, este mezquino afán por obtener bienes terrenales cae de nuestras almas, en el teatro nada personal viola la nobleza y la honestidad de nuestros sentimientos, en el teatro nos volvemos más puros y mejores espiritualmente, y por eso nosotros, nuestras aspiraciones y simpatías, mientras estamos sentados en el teatro, nuestros mejores sentimientos de justa nobleza y humanidad nos están guiando totalmente. Y aquí es donde entra el pensamiento aterrador. El pensamiento sugiere que nos levantaremos,

E involuntariamente surge en nosotros el deseo de dirigirnos a todos los futuros Profetas de la humanidad y decirles: “¡Queridos y bondadosos Profetas! No nos toques; no enardecas en nuestras almas los más elevados sentimientos humanos, y no intentes en absoluto hacernos mejores. Porque ya ves: mientras somos malos, nos limitamos a pequeñas reprimendas; cuando mejoramos, vamos a matar.

Comprended, buenos Profetas, que son precisamente los sentimientos de Humanidad y de Justicia inherentes a nuestras almas los que nos indignan, indignan y enfurecen. Comprended que si fuéramos privados de los sentimientos de la Humanidad, entonces no nos indignaríamos en absoluto, no nos indignaríamos. Comprended que no es engaño, ni astucia,

ni mezquindad de espíritu, pero sólo la Humanidad, la Justicia y la Nobleza del Alma nos obligan a indignarnos, indignarnos, enfurecernos y vengativamente furiosos. Entended, Profetas, este es el mecanismo de nuestras almas humanas, este es el mecanismo de un columpio, donde del más fuerte despegue hacia la Nobleza del Espíritu hay el más fuerte vuelo hacia la Furia del Ganado.

Este esfuerzo por elevar el balanceo del alma en dirección a la humanidad, y el desvío invariablemente resultante de él en dirección a la Atroci­dad, pasa en una racha milagrosa y al mismo tiempo sangrienta a través de toda la historia de la humanidad, y vemos que son precisamente aquellas épocas especialmente temperamentales que se distinguen por despegues excepcionalmente fuertes y realizados en la acción en la dirección del Espíritu y la Justicia, nos parecen especialmente terribles debido a las crueldades sin precedentes y las villanías satánicas intercaladas en ellas.

Como un oso con la cabeza ensangrentada y destrozada que empuja un tronco colgado de una cuerda y recibe un golpe más terrible, cuanto más lo empuja, la persona languidece y ya se cansa en este vaivén de sus almas.

Una persona languidece en esta lucha, y no importa qué resultado elija: si continuar meciendo este tronco para finalmente girar la cabeza con algún movimiento particularmente fuerte, o detener el movimiento espiritual, existir en la fría racionalidad, en la falta de alma. , por lo tanto, en la inhumanidad. y así en la pérdida completa de la calidez de la apariencia de uno - ambos resultados predeterminan la finalización completa de la Maldición, que es para nosotros esta propiedad extraña y terrible de nuestras almas humanas.

Cuando se hizo el silencio en la casa, una lámpara verde ardía sobre el escritorio, y era de noche fuera de la ventana, estos pensamientos surgieron en mí con insistente constancia, y fueron tan destructivos para mis ganas de vivir, como este blanco y el veneno amargo que yacía en polvo limpio en el sofá y se estremeció con excitación en mi cabeza.

CAPÍTULO 5

Cámara boyarda, sillas solemnes de respaldos exorbitantemente altos, bóvedas bajas y en todo esto una especie de opresión lúgubre. Los invitados se reunieron, todos vestidos muy solemnemente, y se sentaron alrededor de una mesa cubierta de terciopelo rojo, sobre la cual había un plato dorado con un cisne desplumado. Sonya se sentó a mi lado en la mesa y supe que estábamos celebrando nuestra boda. Aunque la mujer sentada a mi lado no me recordaba en lo más mínimo a Sonya, sin embargo, sabía que era ella. De repente, cuando ya todos estaban sentados, y yo me preguntaba cómo cortarían y comerían un cisne sin desplumar, mi madre entró en la sala. Ella estaba en un vestido gastado y zapatos. Su cabeza gris temblaba, su rostro estaba amarillo, demacrado, solo sus ojos, insomnes, de alguna manera no funcionaban bien, me vio de lejos y sus ojos nublados se volvieron terribles y alegres, le hice una señal para que no subiera, que es un inconveniente para mí conocerla aquí, y ella entendió. Sonriendo lastimosamente, pequeña, arrugada, se sentó de lado a la mesa. Mientras tanto, el plato con el cisne fue retirado, y los lacayos con librea roja y guantes blancos, algunos estaban colocando cubiertos, otros sirviendo platos con algún tipo de comida. Cuando el lacayo, que llevaba a los invitados, se acercó a mi madre, también se lo trajo, pero mirando su vestido, quiso alejarse. Sin embargo, la madre ya había tomado una espátula del plato y comenzó a ponerla en su plato. Me congelé, ¿qué pasa si los otros invitados vuelven sus ojos hacia ella? Mientras tanto, mamá estaba poniendo todo en su plato, el lacayo puso una cara de desconcierto que me hizo sufrir cada vez más, y cuando apareció una montaña entera en el plato de mamá, descaradamente le quitó el plato, dejándolo en ella. Mientras tanto, se llevaron el plato con el cisne, y unos lacayos de librea roja y guantes blancos, unos estaban colocando cubiertos, otros sirviendo platos con algún tipo de comida. Cuando el lacayo, que llevaba a los invitados, se acercó a mi madre, también se lo trajo, pero mirando su vestido, quiso alejarse. Sin embargo, la madre ya había tomado una espátula del plato y comenzó a ponerla en su plato. Me congelé, ¿qué pasa si los otros invitados vuelven sus ojos hacia ella? Mientras tanto, mamá estaba poniendo todo en su plato, el lacayo puso una cara de desconcierto que me hizo sufrir cada vez más, y cuando apareció una montaña entera en el plato de mamá, descaradamente le quitó

el plato, dejándoselo en ella Mientras tanto , el plato con el cisne fue quitado, y lacayos con librea roja y guantes blancos, algunos estaban colocando cubiertos, otros sirviendo platos con algún tipo de comida. Cuando el lacayo, que llevaba a los invitados, se acercó a mi madre, también se lo trajo, pero mirando su vestido, quiso alejarse. Sin embargo, la madre ya había tomado una espátula del plato y comenzó a ponerla en su plato. Me congelé, ¿qué pasa si los otros invitados vuelven sus ojos hacia ella? Mientras tanto, mamá estaba poniendo todo en su plato, el lacayo puso una cara de desconcierto que me hizo sufrir cada vez más, y cuando apareció una montaña entera en el plato de mamá, descaradamente le quitó el plato, dejándolo en ella quería irse. Sin embargo, la madre ya había tomado una espátula del plato y comenzó a ponerla en su plato. Me congelé, ¿qué pasa si los otros invitados vuelven sus ojos hacia ella? Mientras tanto, mamá estaba poniendo todo en su plato, el lacayo puso una cara de desconcierto que me hizo sufrir cada vez más, y cuando apareció toda una montaña en el plato de mamá, descaradamente le quitó el plato, dejándoselo en ella quería irse. Sin embargo, la madre ya había tomado una espátula del plato y comenzó a ponerla en su plato. Me congelé, ¿qué pasa si los otros invitados vuelven sus ojos hacia ella? Mientras tanto, mamá estaba poniendo todo en su plato, el lacayo puso una cara de desconcierto que me hizo sufrir cada vez más, y cuando apareció una montaña entera en el plato de mamá, descaradamente le quitó el plato, dejándolo en ella. dejándolo en ella quería irse. Sin embargo, la madre ya había tomado una espátula del plato y comenzó a ponerla en su plato. Me congelé, ¿qué pasa si los otros invitados vuelven sus ojos hacia ella? Mientras tanto, mamá estaba poniendo todo en su plato, el lacayo puso una cara de desconcierto que me hizo sufrir cada vez más, y cuando apareció una montaña entera en el plato de mamá, descaradamente le quitó el plato, dejándolo en ella. dejándolo en ella quería irse. Sin embargo, la madre ya había tomado una espátula del plato y comenzó a ponerla en su plato. Me congelé, ¿qué pasa si los otros invitados vuelven sus ojos hacia ella? Mientras tanto, mamá estaba poniendo todo en su plato, el lacayo puso una cara de desconcierto que me hizo sufrir cada vez más, y cuando apareció una montaña entera en el plato de mamá, descaradamente le quitó el plato, dejándolo en ella. espátula de mano. La madre se dio la vuelta, quería poner la espátula en el plato o tomar otro, pero vio que no había ningún plato, que lo habían quitado, y comenzó a comer con esta espátula. Todo en ella cambió de repente.

Empezó a tragar más allá de sus fuerzas, rápidamente, con avidez. Sus ojos se movieron incómodamente, su barbilla puntiaguda de anciana se movió hacia arriba y hacia abajo, las arrugas en su frente se humedecieron. De repente no fue la misma de siempre, se volvió algo glotona, un poco desagradable. Chupando ansiosamente la comida, repetía todo con repugnante placer: oh, qué alboroto, oh, qué alboroto. Y así comencé a tener un nuevo sentimiento por mi madre. De repente sentí que estaba viva, que era de carne y hueso. De repente sentí que su amor por mí era solo una pequeña fracción de sus sentimientos, porque además de este amor, ella, como toda persona, tiene intestinos, arterias, sangre y órganos genitales, y lo que una madre ama no puede no amar este cuerpo físico mucho más que a mí. Entonces cayó sobre mí tal melancolía, tal soledad de la vida, que tuve ganas de gemir. Mientras tanto, la madre, habiendo comido todo lo que había en su plato, comenzó a moverse nerviosamente en su silla. Aunque no se dijeron palabras, todos entendieron de inmediato que su estómago se había deteriorado y necesitaba salir. El lacayo, sonriendo, y mostrando con esta sonrisa que su respeto por esta lastimosa anciana no era lo suficientemente fuerte como para permanecer serio, y su propia dignidad era demasiado grande para reírse a carcajadas, la invitó a pasar por la puerta con su blanco- mano enguantada. La madre se incorporó, apoyándose en la mesa con dificultad. En este momento, todos ya prestaron atención y comenzaron a reír. Todos rieron. Los invitados se rieron, los lacayos se rieron, Sonya se rió y yo me reí con un desprecio agonizante por mí mismo. Más allá de esta mesa, más allá de esas bocas y ojos que ríen cruelmente, y más allá de mí, que también ríe, alejándome de ella con esta risa, mi madre tuvo que pasar. Y ella pasó. Pequeña, encorvada, temblorosa, pasó, también sonriendo, pero sonriendo humilde y lastimeramente, como pidiendo perdón por la debilidad de su cuerpo senil, ya impotente. Después de que la madre se fue, hubo una pausa. Los lacayos seguían sonriendo, Sonia reía, y en doloroso desprecio no era un eco de lo que había pasado, sino una premonición de lo que sucedería a continuación. Y luego escucho que en la puerta hay una guardia militar con fusiles con bayonetas caladas. Detrás de los guardias en las profundidades está la madre. Ella quiere pasar, quiere acercarse a mí, pero no la dejan entrar. “Mi muchacho, mi Vadya, mi hijo”, sigue repitiendo y quiere pasar. Miro allí, mis ojos se encuentran con los de mi madre, nuestros ojos se cruzan amorosamente, se llaman y la madre se mueve hacia mí. Pero ya el guardia con el rifle hace un movimiento de

salto, y la bayoneta entra en el estómago de la madre con una suavidad notable. “Mi muchacho, mi Vadya, mi hijo”, dice con calma, agarrando la bayoneta que la atravesó y sonriendo. Y todo está en esta sonrisa: el hecho de que ella sabe que fue por orden mía que no le permitieron verme, y el hecho de que se está muriendo, y el hecho de que no está enojada conmigo, que me comprende. , entiende que alguien como su amor es imposible. no puedo más Me apresuré con lo último de mi fuerza, algo desagradable se retorció dentro de mí y me desperté. Era una noche muerta. Me acosté vestido en el sofá. Una lámpara ardía sobre la mesa bajo un gorro verde. Me agaché, bajé las piernas y de repente me asusté. Me sentí asustado de la forma en que solo los adultos desafortunados se asustan, cuando de repente, en medio de la noche, despertando, una persona de repente comienza a darse cuenta de la vida que ha vivido últimamente. “¿Qué me está pasando aquí en esta terrible casa? ¿Por qué vivo aquí? ¿Cuáles son estos pensamientos que deliraba en esta habitación? Me senté en el sofá, temblando por el frío de esta habitación sin calefacción y sin limpiar durante semanas, y mis labios susurraron palabras que no necesitaban respuesta, porque al mismo tiempo, imágenes aparecieron en mí, brumosas y terribles, y era tan espeluznante mirarlos, que una de mis manos se estaba volviendo más y más fuerte apretando la otra. Así que me senté durante mucho tiempo. Entonces, sacando una mano de la otra (estaba tan apretada que los dedos se pegaban), comenzó a ponerse los zapatos. Fue difícil, mis calcetines estaban completamente podridos, mis pies olían terriblemente, los cordones estaban rotos, todo estaba enredado. Sintiéndome disgustado conmigo mismo por mi suciedad y pegajosidad, me puse de pie, me puse otro abrigo, gorra, chanclos, me subí el cuello, y solo cuando fue a la mesa a apagar la lámpara lo obligaron a sentarse. debilidad repentina. Al sentarme inmediatamente sentí un cansancio del corazón que llegaba al desmayo, venciéndome estiré la mano, apagué la lámpara, me quedé así un rato en la oscuridad, y cuando por fin me levanté, las náuseas y la debilidad ya me habían dejado. Vaya, y ya con cierta tranquilidad salí de la habitación y avancé a tientas por el pasillo. Sin encender el fuego, Llegué a la puerta de salida, la abrí con cuidado y apenas la sostuve, se apresuró. Un viento helado sopló a través del callejón. En la lejanía del desierto, cerca de las farolas amarillas, se podía ver cómo la nieve seca soplaba desde las ventanas, desde las cercas y los techos. Sin aliento por el viento, lastimando la espalda por el frío, caminaba desesperado y aún no había llegado al final

del callejón donde empezaba la plaza, cuando ya sentía que tenía mucho frío. Un fuego ardía en la plaza. El viento desgarró su llama, como cabello rojo y plata rosa. Enfrente, toda la casa estaba iluminada y la sombra de una farola baja volaba hacia el techo alto. Cerca del fuego, sin moverse, corría el abrigo de piel de borrego, ahora agarrándose, luego soltándose del abrazo. Caminé rápidamente, acelerando mis pasos. Bajo mis chanclos, como bajo un tren a toda velocidad, la nieve se derramaba como leche de un balde. En la larga calle por la que ahora caminaba, el viento había amainado. A la luz de la luna, la calle estaba claramente dividida en dos partes: negro como la tinta y esmeralda delicada, y caminando por el lado sombreado, fue divertido para mí ver cómo la sombra de mi cabeza, saliendo del borde negro, rodaba en el medio del pavimento. No podía ver la luna misma. Pero alzando la cabeza, vi como corría por las ventanas de los pisos superiores, alumbrando a su vez en los cristales con destellos verdes. Entonces, en el fondo de mí mismo, no presté atención a las calles por las que caminaba, giré, guiado por el instinto, de una a otra, cuando de repente noté que ya me acercaba a la puerta de la casa en la que vivía mi madre. . aferrándose a un anillo que se tambalea ruidosamente, abriendo el portón y derramando un cuadrilátero verde con una mancha negra de mi sombra en el medio sobre la nieve negra, entré al patio. La luna estaba ahora en algún lugar alto detrás. Y altas y sólidas puertas se extendían como un campo negro a lo largo del estrecho patio. Sólo donde terminaba la cerca del jardín todo estaba bañado en una luz verde vidriosa. En la banda de esta luz, me volví frío. Mientras subía los escalones del porche, me detuve. En la pesada puerta, la manija de latón brillaba deslumbrante. Desde el borde pulido del vidrio, una estrecha franja de luz caía sobre los escalones de la escalera. Cuando, después de quedarme quieto, tiré del pomo de la puerta, esta tira solo tembló un poco: la puerta estaba cerrada. Me resultó inconveniente despertar a Matvey y, por lo tanto, después de haber escapado del porche, me metí en un túnel oscuro y húmedo debajo de la casa, que se abría a un patio de basura. de donde salía una puerta trasera a los apartamentos. Las astillas de madera y la corteza de abedul estaban esparcidas en este sitio incluso ahora. Aquí, el conserje siempre cortaba leña, chasqueando deliciosamente con un hacha, poniéndolas en brazadas sobre un basurero, donde, habiéndola atado con una cuerda previamente tendida, la tiraba pesadamente sobre su espalda y arrastrando pesadamente, subía al cocinas Al mismo tiempo, la cuerda se estrelló contra el hombro y

los dedos se envolvieron alrededor de ella: por un lado, se hinchó con sangre, por el otro, sangró hasta las articulaciones blancas. Ahora estaba subiendo esta escalera oscura y con olor a gato, agarrado a la estrecha barandilla de hierro, y recordé una época en que estos cubos de basura aún no existían. Recordé el día, era verano, cuando de repente se oyó un estruendo procedente del patio, muy parecido a un trueno teatral, y cómo se cortaron inmediatamente cubos de basura de estas láminas de hojalata arrojadas a los carros. Luego, al anochecer, se golpearon penetrantemente entre sí, y todo me pareció como si estuvieran haciendo lo mismo en el patio vecino, tan fuerte golpeó contra la casa más cercana. ¿Cuándo ocurrió? ¿Y cuántos años tenía entonces? En completa oscuridad, ahora subiendo más y más arriba por las hediondas escaleras y sin contar cuántos rellanos había pasado, yo, pasando uno de ellos y girando y subiendo más alto, de repente sentí en mis pantorrillas eso extraño, como si no dejara ir más lejos, cansancio, que de inmediato me dijo que en el andén que acababa de pasar estaba la puerta de nuestro apartamento. Bajando y con cierta dificultad en darme cuenta de qué lado estaba la puerta que necesitaba, Subí y solo quería tocar y ya había preparado mi rostro para encontrarme con la enfermera cuando noté que la puerta no estaba cerrada con llave, sino solo ligeramente cubierta. “Tal vez esté en una cadena”, pensé, pero solo la toqué con la mano, “cómo la puerta se abrió fácilmente y sin crujir. Frente a mí estaba nuestra cocina. especial, con un salto como un hombre cojo por las escaleras: dos veces rápido, punto, y otra vez - uno-uno.

Todo lo que sucedió a continuación en esta noche, como si fuera un apartamento abandonado, se volvió algo extraño, y claramente sentí que esta extrañeza había comenzado o tal vez se había intensificado, justo desde el momento en que entré al corredor. Entonces, deteniéndome frente a la puerta de mi antigua habitación, no recordaba y no sabía si había cerrado la puerta de la cocina detrás de mí, ni siquiera podía recordar si había una llave en la cerradura. Solo que de la misma manera, habiendo entrado en el comedor, ya no podía descifrar a qué lugar iba con calma y desde dónde comenzaba a avanzar, sigilosamente. De pie ahora en el comedor, tratando de no respirar, todavía recordaba que la puerta de mi habitación estaba cerrada con llave, pero por qué estaba tan preocupada, con tanto miedo de que alguien me encontrara allí, ya no podía entenderlo.

El comedor estaba muy silencioso. El reloj no corrió. En la vaga oscuridad, todo lo que pude ver fue que no había mantel en la mesa del comedor y que la puerta del dormitorio de mi madre estaba abierta. Y de esa puerta abierta vino el miedo. Me quedé inmóvil, me quedé mucho rato, sin mover las piernas, y ya me parecía que yo o algo en mí se tambaleaba lentamente. Ya estaba completamente decidido a salir de este lugar y regresar por la mañana, ya estaba listo para regresar al pasillo (cada vez más asustado de este susto que despertaría en mi madre esta brusquedad de mi llegada en la noche), cuando de repente se escucho claramente un crujido desde el dormitorio, y luego fue como si alguien más me jalara de la cuerda, grité abruptamente: ¿mamá? ¿Madre? Pero el susurro no se repitió. Nadie me respondió.

Aunque, de hecho, no pasó absolutamente nada especial durante ese minuto, pero ahora, después de que levanté la voz, ya me parecía completamente imposible irme y regresar solo por la mañana. Tratando de caminar lo más silenciosamente posible, avancé, apagué el punto brillante del samovar, rodeé la mesa y, agarrándome de los respaldos de las sillas que estaban a su alrededor, me deslicé en el dormitorio. Las cortinas estaban abiertas. Lentamente, sigilosamente, llegué al centro de la habitación. Sin embargo, ahora se volvió tan terriblemente oscuro ante mis ojos que involuntariamente me volví hacia la ventana. La luz de la luna lo golpeó, pero no penetró en absoluto. Incluso en el alféizar de la ventana y los pliegues de las cortinas no se acostaron. El respaldo de la silla, en la que mamá siempre se sentaba y bordaba, se ennegrecía frente al cristal como un muñón claro. Cuando me alejé de la ventana, se volvió aún más oscuro ante mis ojos. Ahora sabía que estaba de pie a unos dos pasos de la cama. Podía escuchar los latidos de mi corazón y ya podía oler el cálido olor de un cuerpo durmiendo cerca de mí. Yo soy todotodavía de pie con la respiración contenida. Ya abrí la boca varias veces, aunque no fue necesario abrirla para decir “madre”. Pero, finalmente, me decidí y llamé: ¿Mamá? ¿Madre? Mi llamada esta vez salió de alguna manera sin aliento, ansiosa. Nadie respondió. Pero fue como si los sonidos que emitía lo hicieran posible: me acerqué a la cama y decidí sentarme con cuidado a los pies de mi madre. Sentándome y tratando de no hacer ruido para que los resortes no chocaran, primero apoyé las palmas de las manos en la cama. E inmediatamente sentí bajo mis dedos ese cobertor de encaje que permanecía sobre la cama sólo

durante el día. La cama estaba sin abrir, vacía. Inmediatamente desapareció el cálido olor a dormir cerca del cuerpo. Pero de todos modos, me senté, giré la cabeza hacia el armario y luego, finalmente, vi a mi madre. Su cabeza estaba alta, en lo más alto del armario, donde había terminado la última viñeta. Pero, ¿por qué subió allí y sobre qué está parada? Pero en el momento en que apareció en mi cabeza, ya sentí una asquerosa debilidad de miedo en las piernas y la vejiga. La madre no se puso de pie. Se colgó y me miró directamente con su hocico gris de mujer estrangulada. “Ah”, grité y salí corriendo de la habitación, como si me estuvieran agarrando por los talones, “ah, grité salvajemente, volando airoso por el comedor y al mismo tiempo sintiendo que estaba sentado, que estaba Levanto lentamente mi cabeza hinchada de la mesa y me cuesta mucho despertarme. Fuera de la ventana, ya amanecía un amanecer de finales de invierno. Me senté a la mesa con el abrigo y las botas de agua, me dolían el cuello y las piernas a causa del resfriado, mi gorra yacía en un plato de sebo y un nudo de lágrimas amargas que no había derramado me llenaba la garganta. Ya sentía una repugnante debilidad de susto en las piernas y en la vejiga. La madre no se puso de pie. Se colgó y me miró directamente con su hocico gris de mujer estrangulada. “Ah”, grité y salí corriendo de la habitación, como si me estuvieran agarrando por los talones, “ah, grité salvajemente, volando airoso por el comedor y al mismo tiempo sintiendo que estaba sentado, que estaba Levanto lentamente mi cabeza hinchada de la mesa y me cuesta mucho despertarme. Fuera de la ventana, ya amanecía un amanecer de finales de invierno. Me senté a la mesa con el abrigo y las botas de agua, me dolían el cuello y las piernas a causa del resfriado, mi gorra yacía en un plato de sebo y un nudo de lágrimas amargas que no había derramado me llenaba la garganta. Ya sentía una repugnante debilidad de susto en las piernas y en la vejiga. La madre no se puso de pie. ella colgó, y me miró de frente con su hocico gris de mujer estrangulada. “Ah”, grité y salí corriendo de la habitación, como si me estuvieran agarrando por los talones, “ah, grité salvajemente, volando airoso por el comedor y al mismo tiempo sintiendo que estaba sentado, que estaba Levanto lentamente mi cabeza hinchada de la mesa y me cuesta mucho despertarme. Fuera de la ventana, ya amanecía un amanecer de finales de invierno. Me senté a la mesa con el abrigo y las botas de agua, me dolían el cuello y las piernas a causa del resfriado, mi gorra yacía en un plato de sebo y un nudo de lágrimas amargas que no había derramado me llenaba la garganta. que levanto lentamente mi cabeza

hinchada de la mesa y me despierto con dificultad. Fuera de la ventana, ya amanecía un amanecer de finales de invierno. Me senté a la mesa con mi abrigo y mis chanclos, me dolían el cuello y las piernas a causa de un resfriado, mi gorra yacía en un plato de sebo, y mi garganta se llenó con un nudo de amargas lágrimas no derramadas. que levanto lentamente mi cabeza hinchada de la mesa y me despierto con dificultad. Fuera de la ventana, ya amanecía un amanecer de finales de invierno. Me senté a la mesa con el abrigo y las botas de agua, me dolían el cuello y las piernas a causa del resfriado, mi gorra yacía en un plato de sebo y un nudo de lágrimas amargas que no había derramado me llenaba la garganta.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 6

Una hora más tarde ya estaba subiendo las escaleras, y tan pronto como vi la puerta familiar y querida, inmediatamente sentí un estremecimiento de alegría. Me acerqué y en silencio, para no molestar especialmente, llamé brevemente. Hubo un ruido en la calle: con un rugido y ventanas temblando, un camión rodó. Abajo, muy abruptamente, por la mañana, sonó el teléfono. La puerta no se abrió. Entonces decidí presionar el timbre nuevamente y escuché. El apartamento estaba en silencio, nada se movía, como si nadie viviera allí ahora. “Dios mío”, pensé, “hay algo mal aquí. Hay algo mal aquí. ¿Qué será de mí entonces? Y pulsé el botón del timbre, lo pulsé con desesperación y con todas mis fuerzas, y pulsé y pulsé y soné hasta que se oyeron pasos arrastrados al final del pasillo. Pasos se acercaron a la puerta, se acercaron a ella, luego se hizo audible cómo manos jugueteaban con la cerradura y, finalmente, la puerta se abrió. Di un suspiro de alivio y alegría. Mis temores resultaron ser en vano: frente a mí, en la puerta abierta, vivo y coleando, estaba el propio Hirge. “Ah, eres tú”, dijo con perezoso disgusto, “pero realmente pensé que una persona realmente vino. Bueno, entra. Y fui.

Aquí es donde terminan las notas de Vadim Maslennikov, más precisamente, se cortan las notas de Vadim Maslennikov, quien, en la helada de enero de 1919, en un delirio, fue llevado a nuestro hospital. Cuando recobró el sentido y fue examinado, Maslennikov admitió que era un adicto a la cocaína, que ya había intentado muchas veces luchar contra sí mismo, pero siempre sin éxito. Sin embargo, a través de una dura lucha, logró abstenerse de la cocaína durante un mes, dos, a veces incluso tres, después de lo cual invariablemente se produjo una recaída. Según su confesión, resultó que su ansia de cocaína ahora era más dolorosa, ya que últimamente la cocaína ya no le provocaba excitación, como antes, sino sólo irritación mental. Más precisamente, si al principio la cocaína contribuía a la claridad y agudeza de la conciencia, ahora provoca confusión con ansiedad, llegando a una alucinación. De este modo, las sensaciones que una vez le dio la cocaína, sin embargo, cada vez se convence con desesperación de que estas sensaciones ya no surgen en ninguna dosis. A la pregunta del médico jefe: ¿por qué sigue recurriendo a

la cocaína, si sabe de antemano que esta última solo despertará en él un tormento mental? Maslennikov con voz temblorosa comparó su estado mental con el estado de Gogol cuando este último trató de escribir la segunda parte de sus Almas muertas. Cómo Gogol sabía que las fuerzas alegres de sus primeros días como escritor estaban completamente agotadas y, sin embargo, todos los días volvía a los intentos de creatividad, cada vez convencido de que era inaccesible para él y, sin embargo, (impulsado por la conciencia de que sin ella el significado no sería posible). perderse) estos rapés, a pesar del tormento que causan, no sólo no cesaron, sino que por el contrario, aumentó su frecuencia - así que él,

Era obvio que no tenía sentido dejar a un paciente así con nosotros, en un hospital militar. Nuestro Médico Jefe, un hombre de extrema ternura, le expresó inmediatamente esta consideración y, evidentemente sufriendo por la incapacidad de ayudar, también agregó que él, Maslennikov, no necesitaba un hospital, sino un buen sanatorio psiquiátrico, que, sin embargo, adentrarse en la época socialista actual no es tan fácil. Por ahora, al recibir pacientes, se guían no tanto por la enfermedad del paciente, sino por el beneficio que ese paciente ha traído, o en el peor de los casos, traerá a la revolución.

Maslennikov escuchó con tristeza. Su párpado hinchado cubría sus ojos siniestramente. A la pregunta cariñosa del Médico Jefe -si tenía algún pariente o allegado que pudiera brindarle patrocinio- respondió que no. Después de una pausa, agregó que su madre había muerto, que su antigua niñera, que lo ayudó heroicamente todo este tiempo, ahora necesitaba ayuda, que uno de sus compañeros de clase, Stein, se había ido recientemente al extranjero y el paradero de los otros dos. , Egorov y Burkevits, le fueron entregados. desconocido.

Cuando dijo el apellido, todos se miraron. —Camarada Burkevits —volvió a preguntar el médico jefe—, pero estos son nuestros superiores directos. Por qué, una palabra suya es suficiente para salvarte!

Maslennikov hizo preguntas durante mucho tiempo, aparentemente temiendo si todo esto era un malentendido, si era un homónimo. Estaba muy emocionado y, al parecer, alegre cuando se convenció de que este camarada Burkevits era el mismo que conocía. El médico jefe le indicó que la institución que dirigía el camarada Burkevits estaba ubicada en la misma

calle de nuestro hospital, pero que solo tendría que esperar hasta la mañana, ya que ahora, por la noche, difícilmente encontraría a alguien. A esto, Maslennikov, después de haber rechazado la oferta de pasar la noche en el hospital, se fue.

A la mañana siguiente, a las doce, tres correos de esa oficina, donde trabajaba el camarada Burkevits, llevaban a Maslennikov en sus brazos. Era demasiado tarde para salvarlo. Solo pudimos constatar una intoxicación aguda por cocaína (sin duda intencionada, aparentemente la cocaína se diluyó en un vaso de agua y se bebió) y la muerte por paro respiratorio.

En el cofre, en el bolsillo interior de Maslennikov, se encontraron: 1) una vieja bolsa de calicó con diez parches de plata cosidos en ella, y 2) un manuscrito, en cuya primera página, en letras saltantes grandes y feas, se garabatearon dos palabras : "Burkevits se negó.

OceanofPDF.com

NIKITA STRUVE MISTERIO ROMANO

La novela con la cocaína, aparecida en 1934 en la revista *Números*, que pretendía abrir paso a jóvenes autores emigrados y nuevos gustos, es todavía un enigma literario sin resolver. Esta brillante historia, notada por los críticos emigrados cuando apareció, y medio siglo después en francés y otras traducciones recibidas con entusiasmo por toda la prensa occidental, no tiene un autor tangible. Bajo el seudónimo explícito de M. Ageev, en la misma primera mitad de 1934, se publicó la historia "The Mangy People" en la revista de corta duración "Meetings", luego el nombre Ageev desapareció tan repentinamente como apareció, si lo haces. No tenga en cuenta el hecho de que, por completo, como un libro separado, la novela apareció solo en el otoño de 1936.

En aquellos tiempos antiguos, se decía que el manuscrito fue enviado desde Constantinopla. Al mismo tiempo, la joven poetisa Lydia Chervinskaya, que viajaba a Constantinopla para visitar a sus padres, recibió instrucciones de ponerse en contacto con el remitente. L. Chervinskaya todavía vivía en los años 80, pero los periodistas que acudieron a ella ya solo podían obtener información extremadamente vaga de ella: nombró a un tal Marco Levi, que llegó a Constantinopla desde Berlín, que sufría de un trastorno mental (supuestamente después de escapando de la URSS a costa de asesinar a un oficial rojo), quien supuestamente luego regresó a Rusia ... La traductora francesa, Lydia Schweitzer, quien le dio una segunda vida a la novela, logró establecer que un tal Mark Abramovich Levy murió en febrero. 12, 1936 en Constantinopla, que L. Chervinskaya no sabía,

De los críticos emigrados, D. Merezhkovsky fue el más agudamente consciente de lo inusual de la aparición repentina de un nuevo talento, y él, nos parece, estuvo más cerca de la verdad. En una encomiable reseña de "Numbers"

— El "milagro" de la vida literaria de los jóvenes emigrados: Merezhkovsky destacó solo a un novelista completamente nuevo ... Ageev, y preguntó:

“¿No es esto lo primero que hace? ¿Cuándo se las arregló para "verificar", si necesitas cerrar sesión? Tiene un hermoso lenguaje figurativo. No inferior, por un lado, a Bunin, por el otro, a Sirin. Combina en lenguaje (en figuración) denso, tejido según patrones antiguos, materia del estilo Bunin con la novísima tela brillante de Sirin. Esta es la apariencia. Y luego, debemos olvidarnos de Bunin con su densidad, y Sirin con el brillo vacío del rayón, y recordar ... quizás Dostoievski, solo Dostoievski de los años treinta de nuestro siglo.

Esta reseña de Merezhkovsky era desconocida para nosotros cuando hace cinco años, después de leer *El romance con la cocaína*, nos llamó la atención la idea de que esta novela emocionante, hermosamente cortada, con su hermoso lenguaje figurativo y audaz, no podría haber sido escrita por un novato que accidentalmente vagó por la literatura, pero solo un maestro completamente desarrollado de la nueva generación y que, por la primera similitud, solo Sirin-Nabokov podría serlo, quien, por cierto, absorbió tanto la densidad de Bunin como la sofisticación psicológica de Dostoievski (pero no su profundidad metafísica) y los fundió en su propio, incomparable estilo y modo de "jugar" de Nabokov.

Pero la intuición no es suficiente, e inmediatamente comenzamos a leer y releer todo lo escrito por Nabokov-Sirin en ruso e inglés: un análisis comparativo de construcciones artísticas y tejidos.

"El asunto de la cocaína" y "La gente sarnosa" por un lado, y la totalidad de la obra de Nabokov, por el otro, nos llevaron a la convicción final y aún inquebrantable de que Ageyev era el supergenio imitador de Nabokov, que sabía de antemano toda su obra posterior, su alter ego más perfecto, es decir, simplemente el propio Nabokov, que nos acostumbró a los seudónimos y las patrañas.

EMPECEMOS CON LA TRAMA

La historia (como se llamó originalmente la novela) nos muestra en vísperas de la Primera Guerra Mundial a un colegial depravado (más tarde un estudiante): un barchuk, un marica, que se relaciona de manera inhumana y grosera con su madre, una viuda empobrecida, en quien él depende económicamente. Habiendo contraído una enfermedad venérea, infectando a una víctima inocente, satisfaciendo su sensualidad con encuentros casuales, Vadim Maslennikov aprende la posibilidad del verdadero amor, pero de la completa dualidad de la sensualidad y la espiritualidad, el amor no se logra. Del fracaso, el héroe recurre a la cocaína, bajo cuya influencia nacen en él pensamientos asesinos sobre la equivalencia del bien y el mal, y muere.

La bifurcación, la devastación, la locura, la muerte del protagonista, en cuyo nombre se cuenta directa o indirectamente la historia, tal es el eje de la mayoría de las novelas de Nabokov. Luzhin ("La defensa de Luzhin", 1930), Martyn Edelweiss ("Hazaña", 1932), Herman ("Desesperación", 1936), Cincinnatus ("Invitación a la ejecución", 1938) - cada uno de estos héroes se divide en dos, deja realidad, en un sueño, en una enfermedad, y perece, se disuelve en la nada.

Como Vadim Maslennikov en *Romance with Cocaine*, el héroe de Nabokov está dividido; si no depravado, entonces sucio; vive y actúa fuera de las categorías morales, y más aún religiosas, en un mundo solipsista y no espiritual. *Romance con Cocaína* tiene la mayor similitud temática con

"Hazaña" Nabokov. El protagonista de Podvig, Martyn, también es estudiante de secundaria, luego estudiante, la historia gira completamente en torno a su destino: es un barchuk, vive al principio con su madre viuda (ella se vuelve a casar, y Martyn dependerá económicamente de un padrastro rico, con quien es grosero); en la primera parte, como en "Affair with Cocaine", se describe un gimnasio (en Crimea), luego, siguiendo el camino de la vida del autor, la emigración, los estudios en Cambridge, y aquí, como Vadim, Martyn experimenta una gran, pero no realizada amor, por el cual emprende una hazaña sin sentido, cruzando la frontera soviética, y perece. EN

"Feat", como en "Affair with Cocaine", el núcleo de la historia es el amor incumplido.

En su crítica condescendiente de *Affair with Cocaine*, desde el punto de vista de un maestro omnisciente, Khodasevich resumió la segunda parte de la novela de la siguiente manera: "Mientras el héroe ama a Sonya, es incapaz de convertirse en su amante, y cuando se desenamora, se convierte en amante, pero luego la novela adquiere un tono sucio que disgusta a Sonya". Es sorprendente que Khodasevich no recordara la descripción de la relación amorosa entre los personajes de

"Mashenka": Ganin, cuando ama a Mashenka, no puede convertirse en su amante, y solo cuando rompe con ella se enamora de ella nuevamente. Cuando Masha de Rusia debe llegar a Berlín, Ganin se va para que su amor ideal, que en ese momento aún no se había enfriado, no se estrellara contra la realidad... La discrepancia entre el amor ideal y el sensual está en el corazón de Nabokov. canción de amor. Emerge, en una variante positiva, en la trama de "Lolita": "Lo espiritual y lo físico se fundieron en nuestro amor en una medida tan perfecta, que ni siquiera se sueña... los adolescentes de hoy". Pero de este amor "sin cópula" ... "una grieta atravesó toda la vida del héroe" ...

Echemos un vistazo más de cerca: en "Affair with Cocaine" la cronología coincide sorprendentemente con el período ruso de veinte años de la vida de Nabokov (1899-1919). Vadim es literalmente su compañero: en 1915, cuando comienza la historia, Vadim, de dieciséis años, como Nabokov, está en el último grado del gimnasio. La guerra tuvo poco efecto en él: "Cuando la guerra con Alemania duró más de un año y medio, los estudiantes, incluyéndome a mí, perdieron todo interés en ella". En los mismos tonos, Nabokov recuerda su pasión por una tal Tamara en el verano de 1915 en "Otras orillas": "La guerra lejana se prolongó por segundo año". Vadim muere en enero de 1919; en marzo de ese año, Nabokov abandonó Rusia para siempre.

Si la cronología de *Un romance con la cocaína* coincide más con la biografía de Nabokov que en *La hazaña*, donde el héroe tiene sólo 15 años, o incluso en *El regalo*, donde el héroe tiene un año más que el autor, entonces la topografía de la novela no es formalmente de Nabokov. La acción no tiene lugar en San Petersburgo ni en Crimea, que Nabokov

conocía bien, sino en Moscú. Pero Moscú en la novela no es muy diferente de cualquier otra gran ciudad, excepto por la mención del anillo de bulevares, Tverskaya y el monumento a Gogol: este es el paisaje habitual y preciso de la ciudad de Nabokov, en su mayoría brumoso, nevado o lluvioso, con asfalto mojado y luz compleja el juego de faroles. ¿No fue la misma pluma que escribió sobre Londres en "Invitation of a Beheading":

“Enormes autobuses salpicaban furiosamente y pesadamente los lagos en el pavimento”, y en “Asunto con la cocaína” sobre Moscú: “Las aceras y el asfalto todavía estaban mojados y las luces brillaban en ellos, como en lagos negros”?

Un gimnasio privado de Moscú se describe más específicamente. El autor usó los nombres reales de su director, Richard Frantsevich Kreyman(habiéndolo cambiado a Richard Sebastyanovich Kaiman), y dos maestros, von Volkmann y el filólogo Semenov (habiéndolos mantenido sin cambios). Pero el carácter burgués del gimnasio Kreyman también lo relaciona con la escuela Tenishevsky, de la que Nabokov se graduó en 1917. En *Invitation of a Beheading*, la escuela Tenishevsky se describe pálidamente. Las memorias orales de Nabokov registradas por su biógrafo Andrew Field brindan más información. El líder de la clase, recuerda Nabokov, era el rico judío Samuil Rozov; se le opuso el hijo no menos rico del dueño de una empresa de transporte, un tal P ... Nabokov también recuerda a un armenio gordo, perezoso y encantador, Savely Kiyanjuntsev ... no es necesario ser demasiado inteligente para reconocer en estos compañeros los tres alumnos descritos en “El romance con la cocaína”: aquí “el jefe de la clase” está en manos del judío Stein, hijo de un rico peletero, que vivió "en un palacio con escaleras de mármol", después de la revolución, como Rozov, que se fue al extranjero; de vez en cuando es "horneado" por un vagabundo ruso, rústico y depravado Egorov (Yag), hijo de un empresario de Kazan; ambos son protagonizados por un alto y amable armenio Takadzhiev, holgazán y eterno trío... Agregamos que entre los compañeros de clase de Nabokov había quienes se convirtieron en comisarios después de la revolución (como Burkevits en la novela).

Pero, quizás, llama especialmente la atención la similitud onomástica de los personajes.

"Una novela con cocaína" con personajes no solo de "Feat", sino también de otras novelas de Nabokov. En ambas obras, la principal heroína "fatal" se llama Sonya. Vemos el nombre de Vadim en Podvig, donde pertenece a un personaje secundario, pero en la última novela en inglés de Nabokov, ¡Mira a los arlequines! se le devuelve al protagonista, uno de los interminables dobles del autor. Además, Vadim Nabokov explica la elección del nombre por el hecho de que en una rápida pronunciación rusa, su propio nombre y patronímico "Vladimir Vladimirovich" se convierten en

"coloquialmente similar al nombre Vadim". El nombre de Nelli se encuentra en las tres obras nombradas por nosotros. El nombre del personaje principal de *Affair with Cocaine*, Sonya Mintz, es fonéticamente cercano al nombre de la heroína de *The Gift*, Zina Mertz. Una víctima inocente de la moral depravada de Vadim lleva el nombre de Zina. En *The Many People*, el nombre del fiscal Sinat presagia el nombre del futuro acusado, *Invitación a la ejecución*, *Cinnatus*, etc.

Estas coincidencias y reordenamientos de nombres y situaciones podrían ser el resultado de una imitación si no fueran características del estilo de escritura ajedrecística de Nabokov. Más claramente que otros autores, en sus novelas hay personajes similares, situaciones similares, pero siempre con un giro, con un cambio de combinaciones, según el principio de un juego de ajedrez: la misma trama, pero en otras combinaciones. ¿No recuerda la relación de Vadim con Sonya la relación de Martyn con Alla Chernosvitova al mismo tiempo (tanto aquí como allá, los amantes están casados y sus esposos son extremadamente similares), pero también la relación del mismo Martyn con Sonya Zilanova? .

Vera Nabokova, que no aceptó nuestra hipótesis, afirmó que Nabokov "no tocó la cocaína en su vida", lo cual creemos fácilmente. Después de todo, es bastante obvio que la novela no fue escrita por un adicto a la cocaína destruido que se ha vuelto loco (como se retrata a Marco Levi), sino por una persona que tiene control total sobre su imaginación creativa. Y no es menos evidente que si Nabokov-Sirin tuviera que pasar por todos los estados que describe en su vida, sería al mismo tiempo un asesino, un suicida, un estafador, un loco, etc.

Pero el tema de la cocaína ocupó a Nabokov desde el comienzo de su carrera. Una de las primeras historias cortas, *Chance*, completamente

olvidada por Nabokov hasta que Andrew Field lo localizó en la década de 1970, describe el suicidio de un adicto a la cocaína: "Alexei Lvovich Luzhin, separado de su esposa que se ha quedado en Rusia, sirve como lacayo. en la cantina de un tren expreso alemán. Su vida quedó destrozada. No sabe que su esposa finalmente viaja en el mismo tren y, después del último rapé, se suicida. En la historia, el único "rapé" moribundo se describe brevemente (15 líneas), pero aproximadamente en los mismos términos que en "Asunto con la cocaína". Luzhin vive como "en un columpio de hierro", con Maslennikov tanto la vida como la filosofía están determinadas por el columpio; "caídas y columpios" en Luzhin,

Pero la técnica de olfatear en sí misma se describe de la misma manera. Es cierto que en la novela ramificada, todos huelen el polvo a su manera: algunos a través de un tubo, algunos con el lado romo del palillo, otros con el "dorso de la mano". En la historia, Luzhin "en el vestidor del tren, contando cuidadosamente los choques, vertió un montículo de polvo en la uña del pulgar, lo aplicó rápidamente y con avidez en una fosa nasal, en la otra, lo chupó, lamió el polvo brillante de la uña con un golpe de lengua, entrecerró los ojos por su amargura elástica y salió del baño borracho, alegre: la cabeza estaba llena de aire helado dichoso. En la novela, Zander "acercó la nariz al cerro de cocaína y, sin tocarlo con el polvo, torció la boca para pellizcar la otra fosa nasal, olfateó ruidosamente el aire. La corredera ha desaparecido de la mano. Hizo lo mismo con la otra fosa nasal ... Al mismo tiempo, haciendo una mueca de asco, sacando la lengua, lamió varias veces el lugar de la mano en la que se derramó y, finalmente, notó que una pelusa se le caía de la boca. nariz sobre la mesa, se inclinó y lamió la mesa ". ¿Es solo una coincidencia? Desde 1924, Nabokov ya sabía todo sobre cómo las personas inhalan cocaína.

La cocaína, por comentarios casuales o comparaciones, está presente en al menos cuatro de las novelas de Nabokov: en *The King, Queen, Knave* (1928) (en adelante - KDV) se menciona dos veces: "Por supuesto, hay calabazas ... como esas que venden cocaína" y "... como si después de una bocanada benévola estornudara". " En *Desesperación* (1936) (en adelante, *Otch.*) El doble de Herman "con un alma como un violín, se dedicaba al robo, la falsificación, la inhalación de cocaína y finalmente cometió un asesinato". Y la última mención en el final "¡Mira a los arlequines!" ("¡Mira los arlequines!"): "Probé la cocaína una vez, pero vomitó", ¿quizás una

confesión automática? Sin embargo, para el artista de la autodestrucción humana (a través del amor, la pasión, el juego), la cocaína presentaba un rico campo de observación, sin necesidad de tocarla. Recuérdese que en los años en que

“Un romance con la cocaína” (¿1932-1933?), la cocaína hizo estragos en la bohemia literaria rusa, y en 1935 provocó la muerte, por una dosis excesiva accidental o deliberada, de uno de sus más talentosos representantes, el poeta B. Poplavsky .

Pero no solo los principalesel pensamiento, la estructura general, el volumen hacen que el trabajo de Ageev se relacione con las novelas de Nabokov: una serie de temas secundarios, descripciones separadas, pequeños toques que son claramente la impronta de Nabokov están dispersos en El romance con la cocaína. Estos son algunos de estos rollover temáticos.

1. En Podvig, el héroe Martyn Edelweiss, habiendo llegado a Londres, decide no ir de inmediato a la familia rusa que lo espera, sino pasar la noche con la primera mujer que encuentra, no una prostituta, sino una mujer obediente, y recibe de este

"pelea" llena de placer, a pesar de que el contador le roba diez libras de la cartera por la mañana: "Cuando salía del hotel y caminaba por las amplias calles matutinas, quería saltar y cantar desdefelicidad".

En Romance with Cocaine, Vadim Maslennikov explica en detalle por qué no acude a las prostitutas, en aras de la satisfacción egoísta. “para obtener gratis lo que ofrecen para comprar por dinero”, luego describe la búsqueda de una mujer que conoció y la noche después de la cual

“Me sentí tan asombrosamente bien, tan limpia, como si me hubieran lavado las entrañas”.

2. La primera parte (por cierto, esta división en partes, y no en capítulos, es característica de Nabokov) termina con una asimilación brillantemente desarrollada de las relaciones humanas con un juego de ajedrez (para rendir homenaje al oponente). ¿Y no es sin temor a ser reconocido que el autor considera necesario declarar que no entiende nada de ajedrez? De manera similar, pero puramente por jugar, afirma en "¡Mira

a los arlequines!" que "no sabe nada de mariposas", aunque todo el mundo sabe que Nabokov era un gran experto en esta materia.

3. Romance with Cocaine contiene una enérgica denuncia del antisemitismo. En casi todas sus novelas, Nabokov habla de esta debilidad pequeñoburguesa de algunos círculos rusos, especialmente en el exilio. En Ageev, el antisemitismo es expuesto por el estudiante de secundaria ruso Burkevits, en respuesta al judío Stein, quien se defendió débilmente de las payasadas antisemitas de sus compañeros de clase. Por su agudo aforismo, esta reprensión merece ser citada íntegramente:

“El antisemitismo no es para nada terrible, sino tan sólo repugnante, patético y estúpido: repugnante porque se dirige contra la sangre, y no contra el individuo, patético porque es envidioso, aunque quiera parecer despectivo, estúpido porque une aún más fuerte cuál es el objetivo fijado para destruir la suya.

4. Nabokov no escatima en todas sus cosas en comentarios sarcásticos sobre el sistema soviético, que él, indiferente a la política, odiaba con todas las fuerzas de su alma. (Incluso durante la Segunda Guerra Mundial, no sucumbió a los sentimientos patrióticos de muchos emigrantes). "Asunto con la cocaína" no pasó por alto este tema: en el final, Vadim Maslennikov es llevado al hospital en un estado delirante. “Podría haber sido salvado por un buen sanatorio psiquiátrico, que, sin embargo, no es tan fácil de ingresar en la época socialista actual. Por ahora, al recibir pacientes, se guían no tanto por la enfermedad del paciente, sino por el beneficio que ese paciente ha traído, o en el peor de los casos, traerá a la revolución. Necesita protección, Maslennikov descubre accidentalmente que su destino depende de Burkevits, un antiguo amigo del gimnasio (un hecho poco probable, se preocupaba por la plausibilidad de los desenlaces). Maslennikov inmediatamente recurre a Burkevits en busca de ayuda, pero él se niega. Esta negativa es la causa última y directa de la muerte de Vadim: se envenena deliberadamente con una sobredosis. Las últimas palabras, "garabateadas con letras saltantes" en el manuscrito dejado por Maslennikov, "Burkevitz se negó", sirven de epígrafe a la historia. Tan algo artificial que para Nabokov, por lo general, se asocia el final con el principio, y al mismo tiempo se avergüenza al gobierno soviético con su ideal pseudohumanista y su crueldad en la práctica. Negativa de Burkevits

una ilustración de los pensamientos malditos de Vadim, quien llega a la conclusión de que cualquier movimiento hacia el bien implica, como en un columpio, un movimiento aún mayor hacia el mal. Así, la pena

"Profetas de la humanidad", en particular los socialistas, pero no sólo a ellos.

5. La condena de la vulgaridad, que se pone en boca de Burkevits, se parece casi literalmente a la definición de vulgaridad en la monografía inglesa de Nabokov sobre Gogol:

"... una enfermedad... que, en la era actual de mejoras tecnológicas, ya ha infectado a una persona en todas partes. Esta enfermedad es vulgar. Vulgaridad, que radica en la capacidad de una persona de tratar con desprecio todo lo que no comprende, y la profundidad de esta vulgaridad aumenta a medida que crece la inutilidad e insignificancia de aquellos objetos, cosas y fenómenos que en esta persona causan admiración.

Es significativo que el único nombre literario mencionado en

"Un romance con la cocaína" - Gogol. Gogol se menciona dos veces, ambas veces al estilo de Nabokov. Primero, un monumento de Moscú a Gogol, que es simplemente típico de la escritura de Nabokov: en casi todos sus paisajes urbanos hay algún tipo de monumento que, por su discrepancia con la vida, atrae la atención del héroe. "Los candelabros gigantes a los lados del granito Gogol zumbaron en voz baja: "... Y cuando pasamos, una gota de lluvia cayó de una nariz afilada de piedra, atrapó la luz de una lámpara en la caída, se iluminó en azul e inmediatamente se apagó". miércoles V

"Hazaña": "Martyn notó que la parte reparada de la cola del león de piedra Hércules todavía es demasiado ligera ..." Al final de sus notas, Vadim Maslennikov compara su estado mental de un adicto a la cocaína "con el estado de Gogol", cuando este último intentó escribir la segunda parte de *Dead Souls*. Cómo Gogol sabía que las fuerzas alegres de sus primeros días como escritor estaban completamente agotadas y, sin embargo, cada día volvía a los intentos de creatividad, cada vez convencido de que le resultaba inaccesible y, sin embargo (impulsado por la conciencia de que sin este gozoso quemar la vida pierde su significado para él), estos intentos, a pesar del tormento que causan, no solo no se detuvieron, sino que, por el

contrario, aumentaron su frecuencia; también él, Maslennikov , continúa recurriendo a la cocaína ... " , no se escucha en este brillante, magistralmente frase construida, que denuncia no sólo una relación interna con Gogol, sino también un deseo de menospreciar su drama religioso, la voz no es de algún Ageev, que se enterró en Constantinopla, sino del propio Nabokov, que colocó toda su obra bajo el signo de el autor de El abrigo y escribió sobre él el único libro literario tuyo?

6. Todos los admiradores de Nabokov saben qué lugar ocupa el deporte en su vida y obra. No hay libro que no trate de ciclismo, boxeo, tenis, fútbol... En "El romance con la cocaína" el tema del deporte se presenta de forma grotesca en la pesadilla de Vadim Maslennikov, pronunciando un elocuente discurso ante un público de lisiados y frikis. los beneficios del deporte y sobre la vulgaridad de adorar a los atletas y sus muslos sanos...

TRUCOS

Podríamos continuar con este juego de pases de lista temáticos. Sin embargo, no sólo los temas determinan la obra de ficción, sino en no menor medida su ejecución: técnicas, estilo, lenguaje.

Al menos tres dispositivos estructurales utilizados en *Romance with Cocaine* son innegablemente nabokovianos:

1) La brecha entre Sonya y Vadim se indica mediante la inserción de una carta larga y racional de Sonya, que ocupa un capítulo entero: "Es difícil para mí, es amargo para mí pensar y, sin embargo, sé que esta es mi última carta para tú ..." Nabokov recurrió exactamente al mismo método al final de su vida en la novela en inglés ¡Mira a los arlequines! para marcar la brecha entre Annette y Vadim. La carta de Annette ocupa un capítulo, en cursiva y, sorprendentemente, comienza en los mismos términos que la carta de Sonya: "El paso que he dado, Vadim, no está sujeto a discusión. Debes aceptar mi partida como un fracaso consumado".

2) El punto culminante de "*Affaire with Cocaine*" debe reconocerse como la doble pesadilla de Vadim Maslennikov, en la que él, todo impregnado de debilidad y miedo, ve dos veces la muerte de su madre, la primera desde la bayoneta de un guardia asignado a su madre por él mismo, y luego a través de la suspensión automática. Cómo no recordar, leyendo esta pesadilla, la filosofía del sueño esbozada por Nabokov en la novela *Invitación a la ejecución*. "Hace tiempo me acostumbré", dice Cincinnatus, "a que eso que se llama sueños es la realidad a medias, la promesa de la realidad, su umbral y aliento, es decir, lo que contienen en sí mismos, en un estado muy vago, diluido, es más verdadera realidad que nuestra cacareada realidad..."

Vadim ve la muerte de su madre en un sueño, y solo en la última página del libro nos enteramos de que su madre realmente murió. Su sueño era una promesa y un umbral de realidad.

3) Casi toda la cuarta parte de "*Affair with Cocaine*" está ocupada por la presentación de la cosmovisión de Vadim Maslennikov. Esta cosmovisión "terrible" "consistía en ofender a ese brillante, gentil y puro,

que, sinceramente y en un estado de calma, ni siquiera el más vil sinvergüenza ofendió: el alma humana”. Una filosofía igualmente desesperada del héroe se establece en Desesperación: el capítulo VI (y el último) desarrolla la convicción de que "la inexistencia de Dios simplemente se prueba", y aunque los pensamientos de Vadim parecen estar inspirados por la cocaína y los pensamientos de Herman. son provocados por el desequilibrio mental, detrás de estos razonamientos similares uno puede sentir el terrible patetismo metafísico de la negación inherente a Nabokov.

4) con un equilibrio constante de percepciones opuestas o vecinas (“por un lado... por otro”, “no porque, sino porque”, “al mismo tiempo”, etc.). Tanto Nabokov como Ageev (y, de hecho, ¿es Ageev?) dominan a la perfección estos períodos difíciles (ver arriba la frase virtuosa sobre Gogol). Para ambos autores (si es que son dos), un párrafo de media página o de página entera constituye una unidad semántica, una especie de minúsculo cuento con trama, desarrollo y desenlace distinto en forma de punta.